

Misereres y exsultates

Celine Armenta

Misereres y exsultates

Celine Armenta

Premios DEMAC 2009



México, 2009

Primera edición, agosto de 2009

Misereres y exsultates
por
Celine Armenta

© Derechos Reservados, primera edición, México, 2009, por
Documentación y Estudios de Mujeres, A.C.
José de Teresa 253,
Col. Campestre
01040, México, D.F.
Tel. 5663 3745 Fax 5662 5208
Correo electrónico: demac@demac.com.mx
librosdemac@demac.org.mx

Impreso en México

ISBN 978-607-7850-02-1

Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualesquiera de los medios –incluidos los electrónicos– sin permiso escrito por parte de los titulares de los derechos.

ÍNDICE

Introito: Escribir	9
2000: Del continuo en mi identidad	9
2005: De las dificultades para escribir	11
1991: De mí y de la verdad, cafecitos de por medio	13
Adolescencia precoz	19
1962: De púberes pálpitos y pedaleos.....	19
1963: Del fin de la culpa y el principio de la luz	22
1964: Del martirio, su embrujo y alguna consecuencia	29
1965: De la cálida sorpresa de amar en bola	34
1966: De dos decisiones no por tempranas menos lúcidas...	39
1967: De rosas amarillas y besos en la frente	46
Ensayo: Vocación: ginafecto y congruencia.....	59
De mi propia vocación, a la distancia.....	59
De la monja como mujer entre mujeres	61
De, ahora sí, el Ginafecto de Janice Raymond	64
Entrada al noviciado.....	69
1969: De mi rápido paso por la militancia universitaria	70
1970: De los pálidos hechos que precedieron mi entrada al convento	71
1971: De mi cegadora experiencia de entrar al convento.....	76
Ensayo: Ignorancias eruditas.....	81
De lo poquito que sabemos de las monjas.....	81

De la vocación según Las trampas y según yo	85
De si, como sugieren Las trampas, las monjas aborrecen a los hombres	89
Del amor en abstinencia.....	93
A la mística por la ascética	97
1972: De la empalagosa dulzura de negarme	97
1973: De escenitas y pesadillas	99
1975: De virtudes extremas.....	105
1976: De arrebatos místicos que sí lo son	116
1976: De arrebatos ascéticos que casi son algo más.....	118
1976: De una mañana cualquiera en Cuaresma.....	124
1977: De una excursión al otro planeta variopinto.....	126
1977: De exsultates, salmodias y cantares	128
1978: De santas inocentes, que no son ni lo uno ni lo otro ...	131
Ensayo: La voz de quienes sí saben	139
De los demonios de un convento casi actual	139
De quienes se atrevieron a romper el Gran Silencio.....	140
Lucidez y esquizofrenia.....	145
1988: De decires en las páginas de diarios viejos.....	145
1991: De los mismos cafecitos presentados en el introito	149
1991: De conciencia social y acción inconsciente	152
Ensayo: Respuesta a Marcela y sus monjas	157
De monjas sin tiempo ni lugar, pero con distancia.....	157
De votos que oprimen y liberan	158
Deserotizadas, desdibujadas, desidentificadas.....	165
De la obediencia ciega y cegadora	167
El final de la aventura.....	171
1979: Del diagnóstico siquiátrico que abrió paso a la luz	171

1980: De mi salida	175
2001: De sueños libres y vestidos amarillos	177
Glosario	183
Bibliografía.....	195

INTROITO: ESCRIBIR

no debe desdeñarse sin más la potencia de los mecanismos paranoicos para revisar ese pacto epistemológico que solemos llamar realidad.

SÁNCHEZ VISAL, 1994

2000: DEL CONTINUO EN MI IDENTIDAD

Durante veinte años no me interesó ordenar ni entender mis años de convento. Parecían tan distantes de mis opciones presentes que simplemente los ignoré, como al sueño que la vigilia arrumba en la irrelevancia. Pero ahora —lucidez o nostalgia de la menopausia— entiendo que entre la monja mística y obediente que fui y la lesbiana asertiva y atea que soy, hay más coincidencias que disparidades; aunque cueste creerlo. Hay una misma atracción, ¿vocación?, por las decisiones radicales que demandan compromiso e intensidad poco comunes. Además, entonces y ahora me percibo como una paradoja: atada a destinos irrenunciables y, a la vez, reinventándome, libre, en cada encrucijada.

La adolescente que decidió dejar todo atrás se parece demasiado a esta mujer que hoy quiere desnudarse en el papel. Es la misma urgencia implacable —quizá codificada en mis genes, comprometida en pasadas reencarnaciones o dictada por voluntades superiores— y la misma emoción de estar eligiendo, consciente, empapada del dolor y el júbilo de la libertad. La monja que fui y la activista que soy viven lo que creen —lo que creo—, y son lo que quieren —lo que quiero—. Gozo sabiendo que me he construido,

que he decidido mis caminos, mis estilos e identidades. Pero con escepticismo inteligente no puedo negar que, cuando me invento y reinvento, posiblemente me limito a obedecer un mandato inexorable.

Respecto a mi intensidad, pasión y vehemencia, la continuidad es evidente: entonces y ahora sello con jirones de vida mis creencias y decisiones; así las demuestro o tal vez así las fabrico, y la recompensa no es despreciable: en cada momento resulto creíble ante mí misma.

También hay continuidad en mi interés por escribir. Escribir siempre ha estado en mis planes, en mis propósitos, en mis futuros, y ahora decido —¿o descubro?— que no voy a posponerlo más. Podría empezar con cualquier tema, pero sé que en aras de la autenticidad, de la libertad, de la honestidad, debo empezar por escribir sobre mí y, de golpe, exorcizar demonios, desencantar mitos, conjurar fantasmas que pueblan mis decisiones y mis destinos asumidos a lo largo de muchos años. También elijo —o acepto— escribir con mi actitud favorita: la insolencia, tal como la define Julián Marías, como el cuestionamiento vital de las solencias que, curiosamente, son usanzas negativas: lo que no suele hacerse. No se suele contar la vida del convento; es insolencia, definida como “lo inhabitual, desacostumbrado, que no se suele hacer, raro, extraño; y por ello —conste, por ello primariamente— irritante, impertinente, desafiador, insolente en el sentido moderno de esta palabra”.

Generalmente niego concesiones a la solemnidad, por ser incompatible con mi convicción de que la absoluta levedad de mi ser —lejos de ser insoportable— es simpatiquísima. Mi intrascendencia es la fuente de mi descanso, mi satisfacción y mi risa. Además, la insolencia combina bien con lo inédito —insólito— de un libro sobre la vida en un convento de mujeres. Iconoclasta, irrespetuosa, insolente y gozosa: así soy y no puedo ni querría escribir de otra manera.

2005: DE LAS DIFICULTADES PARA ESCRIBIR

Pasan los años, y mi deseo “inaplazable” de escribir no se materializa. Amontono hojas sueltas y anécdotas deshilvanadas. Además de las razones y excusas que los escritores potenciales creamos tan prolíficamente —exceso de trabajo, falta de tiempo—, tardé en entender —¿o inventar?— una excusa más importante: un miedo paralizante a distorsionar lo entrañable, a que al absorber el papel mis memorias, seque su esencia misma, su travestismo fluido y caleidoscópico.

En un taller de DEMAC, con Bety Meyer, descubrí esta excusa enroscada entre mis sueños:

Sobre sonidos y sensaciones mezcladas —olor lejano a detergente, ladrido de un perro, cenefa gastada del sarape, ronroneo de refrigerador—, se materializa un escenario inexistente en los rincones de mi memoria: una habitación de paredes verde intenso, manchadas de grasa, de tiempo y descuido. Ocupa el centro de la habitación una mesa larga, muy larga y angosta, rodeada por varias mujeres. Es un atardecer caluroso. La luz entra horizontal y caprichosa, arroja cardillo y proyecta sombras, además de esconder los rasgos de las mujeres en vez de revelarlos.

Sobre la mesa, conos y tubos de hilo, tizas, greda y escuadras se escurren entre retazos de terciopelo, crepé de seda, tul, organza, encaje rebordado con lentejuela, fieltro de lana, y lino, mucho lino. Enredadas entre las telas, tijeras de piquitos, de ojales, de desbaratar, de sastre. Debajo de las telas, hilos y tijeras, se entrevén los patrones de docenas de objetos, dibujados en un solo pliego enorme de papel de China que, estoy cierta, yo misma desengrapé y separé de una revista de manualidades.

Las mujeres hablan impacientes, aunque no distingo sus palabras. Intento concentrarme. En la mano derecha tengo unas tijeras de sastre, enormes, como de pollería, pero más largas y finas; con la izquierda aliso los dobleces del papel, que se resisten a mis esfuerzos. Sombras y reflejos me impiden ver con claridad, pero empiezo a

cortar. Cada vez que bajo la hoja de las tijeras, la mesa responde al tijeretazo con un clac. Clac, clac.

Las mujeres estiran el cuello para ver los cortes. No distingo sus caras, no entiendo sus palabras, no identifico ni una voz, pero sé que quieren que acabe de una vez; están impacientes y cada clac parece impacientarlas más.

En los dos lados del papel se aprietan y superponen patrones de ropa y juguetes, colchas y guantes de cocina; todos en tamaño real, en varias tallas anidadas unas en otras; tan trenzados entre sí los patrones, que basta un párpado remolón para perderse entre las líneas.

La luz horizontal no me deja abrir los ojos del todo; además, empuja la sombra de las tijeras justo sobre la línea que intento cortar. Los patrones, aprovechando esta confusión de luz y sombra, se mueven y confunden. Clac, corto donde no hay raya; clac, clac, las líneas juegan escondidillas bajo las pesadas tijeras.

Me esfuerzo en separar los patrones que quiero de entre la maraña de los que no quiero. El delantero de una falda al bies, no; ni las vueltas del cuello de un traje formal ni las bolsas de un saco ni el torso de una muñeca. Sí quiero el babero de piqué y la manga de la camisa vaquera. No la corbata ni el cojín ni los parches de gamuza para el suéter aranés; en cambio, quiero las rosas de seda.

Las mujeres ríen y me apuran, cada vez más impacientes. Las tijeras clac, clac, pesan hasta entumir mi brazo. Los patrones están dibujados en azul y rojo, con líneas continuas o punteadas; parecía fácil distinguirlos, pero ahora se confunden y no logro atinar a los que quiero. La tijerota, clac, clac, no me obedece; ¿o es que las líneas se mueven en cuanto sienten su filo?

Yo sólo quería la camisa, el babero y las rosas, pero al tratar de recortar sus patrones, no sólo destrozo veinte proyectos que no me interesan, también mutilo una de las rosas. Además, al cortar las mangas de la camisa, confundo la sisa con el fondillo de un pantalón, y los puños con la corbata. Los cortes son cada vez más amplios; separo trozos grandes de la hoja de papel de China, los arrugo y los tiro al suelo. Sé que ahí van partes de lo que yo quería.

Las tijeras pesan más con cada corte. En el suelo va creciendo el montón de patrones desechados, retacería de papel, pedazotes, tiritas, bolas arrugadas y confeti.

Las mujeres se impacientan, dan manotazos; mi mano tiembla con la tijera de sastre, clac, clac. Ya no hay rastros del babero; a la camisa le faltan piezas; y de las tres rosas, una la perdí y las otras dos ¿las tomaron las mujeres o las arrugué sin saberlo?

Mientras no me puse a escribirlos, mis años en el convento eran un discurrir de imágenes, sentimientos, rechazos y nostalgias sin bordes distinguibles. Al ir escribiendo, los defino; selecciono esto y eso y lo de más allá. Recorto mucho, lastimo, reparo, transformo. Trato de ceñirme a lo que decido, pero página tras página compruebo que tijereteo y pierdo no sólo lo que quería dejar a un lado, sino también lo que había elegido rescatar. Al final queda lo que quedó. La palabra impresa en el papel, como la tijera en el pliego de patrones, segmenta sin remedio. Palabra escrita —y tijeretazo dado—, ni Dios ni el tiempo lo quitan.

1991: DE MÍ Y DE LA VERDAD, CAFECITOS DE POR MEDIO

Lo que escribo se parece a la realidad; al menos es casi tan increíble como la realidad. Pero no es la realidad. Y esto se debe a que la tal realidad no existe independiente de los recuerdos, las fobias y los amores. Hoy lo constato cuando me siento a tomar café con tres amigas ex monjas. Tratamos de reconstruir entre las cuatro lo que en verdad pasó ese día, alrededor de tal hecho, detrás de tales palabras.

Por primera vez, tras años de silencio, comparamos lo que recordamos, lo que al paso de los años hemos construido, recreado e inventado para dar sentido a lo que vivimos. En el convento todo lo callábamos; aprendimos a no compartir y, en general, lo hicimos heroicamente. Tanto silencio acumulado ha tenido efectos deformadores, muy diferentes en cada una.

Por otro lado, confirmo que la realidad se construye en el diálogo; el sentido, el significado, las secuencias, la causalidad misma, no existían antes de que habláramos. Queremos hablar, necesitamos hacerlo; hablamos. Hablamos todas a la vez, y superponemos al menos cuatro versiones de cada hecho y de cada día en que compartimos el aire mismo. ¿Qué pasó, cómo pasó, por qué pasó? A cada pregunta, cuatro, cinco, seis respuestas incompatibles. Sospecho que, como protección y defensa, hemos eliminado imágenes y palabras de nuestras memorias. Las versiones suelen ser pálidas, romas e ininteligibles, al menos en su primera expresión; pero si insistimos en definirlas, aparecen los colores y las aristas, las texturas, los contrastes, lo inverosímil. Al final, cuatro o más versiones se enfrentan primero, luego se trenzan, pero se resisten a fundirse en una sola realidad; tardamos mucho en compartirlas; cada una ha crecido por su lado.

Curiosamente, coincidimos sin esfuerzo en los recuerdos marginales o envolventes, como los olores, la temperatura, la intensidad de la luz y el tono de la voz. Compartimos también la desazón ante la ambigüedad de un estilo de vida que podría ser vanguardia de una cultura femenina, feminista y amazónica, pero que en realidad fue, y en gran medida sigue siendo, una versión radical del patriarcado misógino imperante.

Entreveramos nuestra necesidad de comparar, contrastar y validar nuestras versiones del convento con anécdotas de nuestras vidas como ex monjas. A fuerza de ser más cercanas, de haberlas vivido en condiciones de mayor diálogo y menos secrecía, encontramos más coincidencias a pesar de la variedad natural. Identificamos la experiencia de estar fuera con el argumento de El bulto, de Gabriel Retes. También nosotros estuvimos en coma durante diez, quince, veinte años; como Lauro, el protagonista de El bulto, tuvimos que re-anudar nuestra existencia con un México que no conocíamos, con una música que jamás habíamos oído y que no comprendíamos; con ropa, estilo de hablar, precios y

mercancías diferentes a los de nuestra adolescencia. Además, las fechas coinciden: como Lauro, salimos del mundo a principios de los años setenta y volvimos a él bastante después.

Como casi siempre que dos o más ex monjas nos reunimos, dedicamos tiempo a comentar lo que sabemos de nuestras contemporáneas en la congregación; especialmente de las que ingresaron junto con nosotras; nuestra cohorte, nuestra tanda. De las dos o tres que siguen en el convento, solemos saber de sus andanzas. De las que van saliendo, salvo excepción, lo común es perderles la pista. Repasamos nombres e historias de las pocas que ubicamos: una es madre de familia bastante convencional; otra sigue de amante de un cura; otra vive en una comuna; tres viven solas y trabajan en colegios privados, católicos. Del resto, no sabemos con certeza qué hacen ni dónde viven. Apostamos a que la mayoría no reconoce en público sus años como monjas, aunque una, en contraste, sigue vistiéndose como monja y haciéndose llamar hermana o madre.

Tras compartir lo poco que sabemos de quienes no están con nosotras, tomando café en esta mesa, volvemos las cuatro, con las tazas recién rellenas, a lo que originalmente nos reunió: sintonizar recuerdos. Intentamos describir nuestros sentimientos actuales hacia la vida religiosa: hay quien se lamenta de no haber salido antes; quien confiesa que normalmente prefiere no recordar esos tiempos, y también quien, como yo, cree que valió la pena ser monja: como vale la pena escalar picos nevados, saltar en paracaídas, enamorarse o cualquier otro deporte extremo.

Ante lo notable de nuestros desacuerdos, desistimos de validar nuestras memorias; preferimos refocilarnos en describir al detalle —y volver a experimentar— la intensidad del clima conventual, que en diferentes tiempos nos hizo gritar de dolor o de éxtasis, de culpa o de santidad; que nos empujaba a la inmolación martirial o al suicidio desesperado. El clima emocional del convento era intenso, denso y complejo. La consigna de una entrega incondicional,

heroica, no neutralizaba una serie de impúdicas luchas por el poder, envidias y rencillas. Superpuestos, pero distinguibles, vivimos generosidades, escrúpulos, depresiones, excentricidades e infantilismos, envueltos en una exaltación que, por ser habitual, resultaba imperceptible; que se alimentaba de mortificaciones, secretos, lealtades, ayunos afectivos y emocionales, y ayunos corporales y anoréxicos; cilicios, flagelaciones y otros extremismos que con notable frecuencia generaban —o al menos se alternaban con— una paz entrañable, serena, dulce y balsámica; energizante, sanadora y humilde, que contrastaba con una insaciable hambre de perfección, con la altanería de quienes saben —eso sabíamos, lo creíamos sin margen alguno de duda— que profesábamos la verdad y avanzábamos en la santidad. Y todo ello, todo, enmarcado por el extraño binomio de una convivencia sin tregua y una absoluta soledad.

La tarde y el cafecito se acaban. Es la primera vez que nos reunimos desde que vivimos juntas en la congregación hace veinte, diecinueve, quince años; y no creo que repitamos la experiencia pronto. El encuentro reforzó mi compromiso con este libro y mi responsabilidad de proteger identidades en el relato. Para ello, me propongo velar a todas las monjas y ex monjas; mezclar a varias de ellas en uno o dos personajes, y a otras, dividir las; maquillar a todas, dejar que mis olvidos las distorsionen y estilicen; y, por supuesto, alterar nombres, fechas y lugares. Al resultado le llamo “mi historia” y asumo de ella toda la responsabilidad. Se trata de una realidad literaria que, según Revueltas (1978), es “tentativa de [...] realismo. No el realismo de quienes se someten servilmente a los hechos como ante cosa sagrada”. Porque, como señala el mismo Revueltas:

La realidad literalmente tomada no siempre es verosímil, o peor, casi nunca es verosímil. Nos burla, nos “hace desatinar” (como tan maravillosamente lo dice el pueblo en este vocablo de precisión

prodigiosa), hace que perdamos el tino, porque no se ajusta a las reglas; el escritor es quien debe ponerlas [...] Lo terrible no es lo que imaginamos como tal: está siempre en lo más sencillo, en lo que tenemos más al alcance de la mano y en lo que vivimos con mayor angustia y que viene a ser incomunicable por dos razones: una, cierto pudor del sufrimiento para expresarse; otra, la inverosimilitud: que no sabremos demostrar que aquello sea espantosamente cierto.

La realidad literaria que aquí escribo es bastante más verosímil que la realidad desnuda. De eso se encarga mi memoria y sus olvidos, que matizan y enriquecen, mutilan y sesgan lo que viví. A ello contribuyen también mis mecanismos de defensa, mis amores y mis nostalgias; y en forma señalada, mis compromisos con las causas del feminismo y el lesbianismo. Escribo como activista; parto de reconocer que sólo tengo palabras acuñadas, gastadas y apropiadas por “otros”: básicamente por el patriarcado vigente, las mayorías y los “normales”. Al escribir, trato de domesticar estas palabras ajenas para hacerlas propias: las uso, las tiño con mi experiencia, las perfumo con mi cuerpo y las obligo a hablar de mí; al final, serán dócilmente mías.

Mi activismo busca comunicar pluralismo y dignidad. Las mujeres y las minorías hemos callado tradicionalmente, y cada vez que cedemos a otros la palabra, echamos doble llave a nuestros cautiverios; reforzamos nuestra marginalidad y la de las generaciones por venir, y reforzamos los muros de segregación, ignorancia y silencio.

Escribo, además, para cumplir compromisos, para proclamar descubrimientos y para descubrir, al escribirlas, otras verdades mías. Escribo para liberar gozos, traumas y temores; escribo como testimonio de gratitud, como reclamo, como aullido de júbilo y de llanto. Y también escribo porque las palabras se me agolpan dentro y ya no soportan seguir mudas.

Finalmente, escribo, y quiero dejar aquí constancia, porque lo he prometido a nueve mujeres y hombres jóvenes —uno de ellos

jovencísimo—, a quienes la intolerancia, la incomprensión y la ignorancia empujaron a buscar la muerte con una soga, barbitúricos, arsénico, relaciones desprotegidas “a propósito”, o una pistola. Creo que la intolerancia y la ignorancia se curan, y yo puedo contribuir a la sanación, diciendo, gritando, que está bien ser “diferente”, que ser lesbiana o gay es una manera válida de vivir; que es un privilegio ver la vida con ojos de minoría y escribir con la autoridad de quien conoce en carne propia la repulsa y la marginación.

Asumo que, por tratarse de una experiencia religiosa y minoritaria, este texto puede causar malestar, desagrado e incomprensión. Para algunos lo dramático resultará ridículo; lo sublime, aburrido; y lo íntimo, grotesco. Quizás hasta haya quien vea pornografía, descaro o agresión donde yo sólo puse la compleja cotidianeidad de mujeres juntas. Pero tal riesgo no puedo ni quiero evitarlo.

ADOLESCENCIA PRECOZ

1962: DE PÚBERES PÁLPITOS Y PEDALEOS

Es segundo martes de mes, faltan dieciocho días para el próximo retiro; muchos más para Navidad y una eternidad para regresar al colegio. Cuando hay clases los días corren, ahítos de gente, tareas, concursos; pero ahora, en vacaciones, se arrastran despacito, flácidos, vacíos. Hace frío; ¿alguna vez caerá nieve en vacaciones?

En el colegio no pienso: oigo, contesto, aprendo historias, resuelvo matemáticas cada vez más de prisa; leo, tejo, bordo flores de lana en las faldas de danzantes; o me tumbo de panza sobre un mapa, repasando para un concurso entre escuelas de la zona. En vacaciones, pienso y pienso. Cuento los días que faltan para el primer día de clases del año que entra; las horas que faltan para Navidad y Reyes; los minutos que faltan para el retiro. Y cada vez que me acuerdo, ajusto mis cuentas, todo el día y hasta bien tarde en la noche. Gracias a mis ejercicios interminables de calcular cuánto falta, domino la tabla de multiplicar del siete y del doce, que al doble es la del veinticuatro. Así transformo las semanas en días, y los días, en horas.

Estoy estrenando los diez años más grotescos del planeta: el cuerpo pesado, las piernas torpes, el pelo esponjado y demasiado largo, las uñas comidas; barros, nariz grasosa, pelos y más pelos en las piernas, en los sobacos, y ahí abajo, en el pubis. Podría jurar que también me salen pelos por dentro; una maraña de chinos gruesos que me llena y se desborda.

Lo sabroso de lo grotesco es que a ratos resulto invisible, aunque sospecho que se debe a que soy repelente; saboreo el efecto de mi repelencia: nadie se mete conmigo. Tengo quehacer, pero no es mucho: me toca limpiar la planta baja de mi casa, un departamentito en el centro de Puebla. Barrer, limpiar, ordenar la cocina, la salita, el estudio; ventanas, pisos, trastes. También me toca planchar. Es lo que más me gusta; dos día a la semana prendo el radio y ni siento que el tiempo camina: Kalimán, Javier Solís, el Hit Parade y el beis; los juegos largos, largos, que imaginaba al detalle apoyada sólo en las palabras; veo a los titanes correr almohadillas, romper bates, lanzar, coronarse: Musulungo Herrera, Zacatillo Guerrero, Moy Camacho y Jiquín Moreno. Por los oídos entran muchos detalles más de los que ningún ojo puede ver.

Otras veces, a salto de mata con Chucho, el Roto, o al micrófono con los cantantes todos, en la estación HR y la CD canciones y más canciones, mientras almidono cuellos de camisas y crinolinas sin dorarlas con la plancha. Doblo calzoncillos con perfección, marco las tablas de faldas y el pliegue de los pantalones. Y como el quehacer sólo ocupa mis manos, y como el radio me aísla, pero no me pide atenderlo, puedo pensar sin parar, contar plazos, planear, tristar.

Cuando no plancho, en cuanto termino el quehacer ni siquiera aviso: saco la bici y me pongo a dar vueltas y vueltas en el patio de la vecindad. Aclaro: la verdad es que ni hay patio ni es vecindad. Es un edificio de diez departamentos, construido sobre un local comercial. Los departamentos, pegaditos uno al otro, se aprietan alrededor del tragaluz del local. Lo que llamamos patio es el pasillito angosto que enmarca al tragaluz y comunica los departamentos.

El patio es el espacio común de la vecindad, del edificio: donde las mamás se saludan; intercambian probaditas de sus guisos —comida yucateca, de la sierra poblana, del país vasco, de Apizaco, de Siria y de Tecamachalco—: un taquito nomás, para el hoyito de la

muela, para devolverle su platito. Madres y abuelas se quejan, se aconsejan, se diagnostican, se medican. Los papás apenas cruzan palabra, muy formales; tocan el ala del sombrero. Los niños —los otros, yo no porque nací vieja— juegan a la escuelita, a la casita; beis, fut, vaqueros, policías y ladrones, estatuas de marfil. Yo prefiero salir en la noche, sola en mi bici. Entonces, sorteando triciclos y macetas, doy vueltas y vueltas, largas, largas horas.

Pedaleo con furia. El primer día de vacaciones las manos me quedan ardiendo; al día siguiente me salen ampollas; al tercero, las ampollas se revientan, los pellejos se pegan al manubrio. Hoy traigo las palmas desolladas en partes, y en partes ya con callos. Cada tres vueltas descuento cinco minutos de mis cuentas; de mis plazos.

Mientras pedaleo, creo historias heroicas con finales trágicos; o escenas simples, con finales melancólicos. En algunas de mis historias aparece la madre Inés, la de los retiros. A veces le va muy mal, le da lepra y se va a Molokai; otras veces la salvo de precipicios, de trenes desbocados, tormentas de granizo o mamuts en estampida.

Inés es monja de clausura, joven y delicada. Más que pálida es transparente; a través de la piel de sus manos veo pulsar sus venas. Su hábito es negro, sin mancha ni arruga; perfecto. Del cinto, también negro, cuelga un rosario, negro también y enorme, que percute al ritmo de sus pisadas. La veo, la oigo con sólo cerrar los ojos. No he platicado nunca con ella; y cuando pienso —en vez de inventar historias—, sospecho que jamás lo voy a hacer. Mi mamá me manda a los retiros mensuales del convento de Inés, que duran todo el sábado; allá comemos en silencio mientras Inés lee historias de santos; la mayoría, bien sangrientas.

Una madre nos arrulla con una plática, otra dirige la oración, otra nos enseña cantos. Pero yo me dedico a mirar a Inés, aunque ella no se encargue de nosotras, y aunque esté lejos. La miro y la miro, la sigo donde puedo, la ayudo sin que ella lo note, la acompaño

muy piadosa en su adoración en la capilla y, como ella, me quedo quieta los largos sesenta minutos.

A Inés le toca llevarnos de la salita de pláticas a la capilla, al comedor, a los jardines. Para ir a la capilla debemos usar velos, y como casi todas olvidamos llevar el nuestro, o las mamás temen que perdamos las mantillitas de domingo, Inés nos refacciona con triangulitos y rueditas de tul. Yo nunca llevaba velo, a propósito; era buen pretexto para acercarme a Inés. Hasta que un día, hace meses, pesqué liendres y tuve que escarmenarme el pelo largo con el peine de metal empapado en matapiojos. Desde entonces llevo mi velo y ya no tengo pretexto para acercarme a Inés en el reparto de velitos.

Ella sabe que existo, pero no sabe nada más de mí. Yo sé mucho de ella, aunque nadie me lo ha dicho. Lo que sé, lo aprendí en la Historia de un alma de santa Teresita. Porque Inés es idéntica a Teresita: callada, sonriente... y enferma. Inés está enferma, lo sé aunque nadie me lo diga; creo que tiene anemia aguda, tuberculosis o leucemia. Temo que ahorita ya esté en el hospital o, peor todavía, que ya no esté en ningún lado. No la vi en el pasado retiro y creo haber oído, o entendido, que estaba en el hospital.

Mientras ando en bici la imagino sufriendo; adivino que ya nunca la veré. Llora un poquito su ausencia y la veo morir en mi imaginación, siempre heroica, despidiéndose de mí. Mañana cambiaré el final de la historia de Inés; mañana imaginaré algo más trágico y en una situación que me requiera más. Mañana quizá la vea caer asaeteada por una columna de ángeles o desangrarse tosiendo por una tuberculosis fulminante. Y entre vuelta y vuelta, me entrego al dolor solitario de perder lo que nunca tuve ni tendré.

1963: DEL FIN DE LA CULPA Y EL PRINCIPIO DE LA LUZ

Mi angustia es intensa, pero veleidosa: me abandona por meses y, justo cuando bajo la guardia, me ataca abusiva, se trenza conmigo,

me derrumba, me derrota. La primera vez lo hizo en sueños; ahora llega en plena vigilia. Su nombre es escrúpulos.

Cuando enfermo de escrúpulos, no atiendo a nada más que a su asfixia: la sospecha de mí, el arrepentimiento y la desesperanza, se persiguen en ciclos agotadores en los que “mentiras”, “robos”, infidelidad y “perezas” preceden ¿o suceden? al tormento de ser mala y a la culpa virulenta que se alimenta de detalles, como morder la hostia o comulgar sin estar en ayunas.

La menarquia me llegó a los diez y meses, en plena ignorancia; a la mitad de un forcejeo con los escrúpulos. Por eso ni me asusté; apenas reparé en la sangre que, de tan oscura, ni parecía sangre; no le puse nombre, atención ni cuidado. Se pasó el primero, el segundo y hasta el tercer mes mi mamá se dio cuenta; saltó en reclamos —ya los conozco; los esperaba— porque no le dije nada, porque lo escondí, porque soy tan grandota como imprudente. ¿Pero a quién le importa las excentricidades del cuerpo cuando el alma agoniza? La agonía me arrebató hasta el último respiro:

Deseo intensamente volver a vivir esta mañana, y callar en vez de hablar; guardar los secretos, no lastimar, no exagerar, callar, callar. Es mi único deseo. Recoger las palabras dichas, borrarlas de los oídos que las acogieron. Como este gran deseo es imposible, busco uno de segunda clase: que el olvido empolve lo que hice; que el tiempo nuble cuanto hago mal. Pero tampoco puedo lograrlo. Tengo un tercer deseo, inferior, casi despreciable: llorar, lamentarme, ahogar en arrepentimiento mi existencia; jamás ser perdonada; sufrir la culpa.

Mi mamá tiene mucho trabajo estos días; cose ajeno y en temporada de primeras comuniones se recupera de las épocas flojas. Por eso puedo usar todo el tiempo para atormentarme. En mi escondite, entre los tanques de gas en la azotea, pienso, pienso, sufro y me angustio hasta que el miedo corta mis ideas o hasta

que suena la campana de Santa Clara y me recuerda que debo salir corriendo por el pan: quince tortas de agua, a un quinto la pieza. El pan de agua se acaba pronto; luego sólo quedan bolillos de diez centavos.

¿Qué faltas cometo? Todas; el pecado es mi respiración, mi latido. ¿Cómo evitarlo? No puedo. Me asalta temprano y tarde; y sucumbo. Día tras noche y noche tras día.

La temporada de escrúpulos termina cuando el cansancio satura mis sentidos a tal grado que aunque la angustia aumente y se pasee frente a mí, no la noto siquiera. Gano entonces una tregua y, agotada, triste, vacía, voy desentumiendo mis ideas, mis deseos, mis preocupaciones. La tregua, sin embargo, siempre es corta; en cuanto empiezo a distraerme en vivir y crecer, me confío, bajo la guardia, y un día, demasiado pronto, amanezco otra vez entre las garras de los escrúpulos y sus agonías. En ese momento, al empezar una nueva temporada de tortura, entro en un túnel negro; no veo la salida, pero percibo luz a mis espaldas porque estoy cerca de la entrada. En ese momento, puedo pensar un poco; si no lo hago pronto y avanzo en el túnel, tendré que esperar a que llegue otra tregua de cansancio. Por eso, cuando ayer me descubrí enzarzándome en una nueva batalla, cayendo en otra derrota, decidí que no soportaría otro ciclo; que hoy actuaría para impedirlo.

Las vidas de santos explican que la única manera de vencer los escrúpulos consiste en obedecer ciegamente al confesor. Esto supone que los escrupulosos, al menos los que luego se vuelven santos, tienen confesor, un cura de cabecera que los guía espiritualmente. Los libros dicen también que el síntoma más visible de este mal es, precisamente, la urgencia de confesarse a menudo, varias veces al día. Santos de todas las épocas vivieron una incontinencia de culpas que los atormentaba día y noche.

Mi caso es diferente: eso de la confesión no me gusta. Creo en el pecado que cometo a cada paso, pero no creo en el poder reparador de la confesión. Me confieso pocas veces, y no me pesa.

Además, en el confesionario hablo en clave, con un lenguaje cifrado que sólo entiendo yo misma. Al padre, lo creo de verdad, no le importan los detalles. Lo que yo quiero con mis pecados no es que el cura los perdone, sino echar el tiempo atrás a cada momento; quiero que no hayan sucedido.

Pero si los libros tienen razón, y alguna deben tener, tengo que buscar un confesor y obedecerlo ciegamente. Mi escasa luz me alcanza para decidirlo.

Primero pienso en ir a la parroquia, pero el señor cura no me da confianza. Mi mamá lo invita de vez en cuando a comer, y me horroriza pensar que algún día comente algo o que mi mamá adivine aunque nadie diga nada. Porque ella lee las mentes, adivina las miradas, o tal vez sólo imagina, pero casi siempre acierta. Descarto, pues, al párroco y ni me preocupo, porque me quedan muchos curas más. Vivo en el centro de Puebla; caminando en diferentes direcciones hay siete templos, a menos de seiscientos metros el más lejano. Decido ir con los dominicos; ahí siempre hay monjes diferentes; muchos sólo están de paso, no hay peligro ni oportunidad para indiscreciones, y quizá me toque uno amable, paciente y de preferencia desconocido.

Santo Domingo, el templo quiero decir, me sobrecoge; su olor es sólo suyo: sudor acumulado durante siglos, mezclado con humo, cera y sebo, incienso, mugre y comida. Esto lo distingue de otros templos; a la derecha, muro de por medio está el mercado, y el cilantro, pápalo, cebolla y ajo, rancios todos, se confunden con el resto de olores. A la izquierda, también muro de por medio, está la cocina del convento: garbanza, frijoles, papa y pollo, en pleno hervor, se deslizan hasta la nave de la iglesia, previo recorrido por la dorada capilla del Rosario.

Los respaldos de las bancas acumulan mugre en granos; rosarios de granos negros, suaves, que ceden a mis uñas ociosas los domingos, pero que en conjunto me hacen arquear la espalda, cerrar los ojos y rechinar los dientes. Son como viruela persistente,

progresiva, aunque seguramente curable si un estropajo diligente se atreviera. El conjunto parece adecuado: repelente y asqueroso. Así se cumple el consejo de mi abuela: los remedios curan mejor cuando duelen, y cuanto peor saben sanan mejor.

Me formo en la fila más corta del confesionario. Hoy no esconderé nada al cura; repaso una y otra vez mi discurso. Me prepararé leyendo la biografía de santa Teresita y de otros dos santos. Usaré un lenguaje preciso y maduro; el lenguaje que —según mis lecturas— se maneja en el mundo espiritual; seguramente el que acostumbran oír los curas, sobre todo en los confesionarios.

Al llegar mi turno me arrodillo sin saber quién se oculta tras la rejilla. Él dice: Ave, María Purísima, y yo me doy cuenta de que es el padre calvito de misa de ocho. Tiene una lengua enorme que lo hace hablar raro, confuso; escupe chorritos de saliva con las eses y las tes; se come vocales, y aunque debe de tener más de veinte años en México, habla como recién llegado de otro lado; es español, pero habla como portugués.

Respondo: Sin pecado concebida y enseguida le digo que quiero un consejo y le explico lo que me pasa, con tanto detalle como puedo. Por un ratito parece oírme, pero no me deja terminar. Dice que la confesión es un sacramento y que yo estoy burlándome. Contesto que no he terminado de explicarle, pero él empieza a interrogarme sobre lo que pienso, lo que leo, lo que veo; sobre mis amigas primero, lo que hago con ellas, lo que platicamos; y luego sobre mis amigos; yo respondo lacónica: sí y no; un poco y a veces; respondo incluso si no descifro lo que él dice; o si lo descifro, pero no lo entiendo; en estos casos, almaceno las palabras en mi memoria para luego aclararlas con libros. No quiero hablar de más para luego arrepentirme durante semanas. Mi parquedad parece amuinarlo, pero no se me ocurre casi nada sobre lo que él me pregunta. Ya bien encorajinado, pasa a interrogarme sobre lo que siento; eso me parece raro, y de verdad no sé qué responder. Dice que necesita saber sobre mis sensaciones en todo el cuerpo,

temperatura, humedad, presión; me pregunta si me toco las piernas, adentro, arriba, abajo, si me sobo, si sobo a alguien más, si me soban. Quedo muda y eso lo amuina aún más; me dice entonces que soy hipócrita; y como esta palabra siempre me ha sonado a chilpotle, no sé porqué me gana la risa. Por supuesto que eso lo enoja ahora sí en serio. Hasta la voz le sale chillona.

El interrogatorio ya ha tardado lo que dura una velita nueva en chorrearse toda; mucho, mucho tiempo. Mido el tiempo por las velitas que arden a mi derecha, en el altar del Ecce Homo, al que mi abuela le dice Santoixiomo. Nomás lo recuerdo y me da risa, ¿por qué me distraigo con este disfiguro —otro decir de la misma abuela? No me puedo concentrar en lo que dice el padre; soy repelente al enojo; las velitas están apagándose, son bien corrientes; al chorrearse tan pronto, se queda el pabilo desnudo, sin parafina; entonces se levanta una llama larga, por tres o cuatro segundos, y quema todo, para luego apagarse de golpe y dejar sólo el olor a ahumado. El padre sigue hablando; otra velita se apaga; al padre lo oigo, pero no lo escucho; escucho al pabilo. En ese momento tampoco siento nada, me hipnotiza el fuego; más tarde, mucho más tarde, me dolerán las rodillas, las piernas y los brazos de tanto apretarme a mí misma, bien tiesa, bien tensa, bien quieta.

El padre está tan enojado que suelta un grito; la gente de la fila voltea y luego disimula; yo sigo quieta, bien quieta. Soy una estatua de madera: no me muevo, no pienso, no siento. Al principio el susto me hizo llorar tantito, pero ahora hasta mi boca está seca. Él respira con ruido, resuella, le cuesta jalar aire; ya no habla de tendido, sino a trancazos. Y por eso, o a lo mejor por otra causa, todo se va alargando: el tiempo y las cosas, sus palabras y mi silencio; todo se vuelve largo y lento, como las llamas de los pabilos desnudos. Me dice ahora que soy una mujer hipócrita. Nunca antes nadie me había dicho mujer; lo pienso tan largo y tan lento que no me da risa mi confusión de chilpotle con hipócrita; ni se parecen, ¡pero yo los confundo!

Él escupe las palabras, me rocía a través de la rejilla; huele feo. Me dice que voy camino a la perdición por mis “desviaciones abominables” y que me va a enseñar lo que realmente debiera confesar. Y, entonces, sin pensar, sin quererlo, hago lo que jamás debe hacerse: me levanto larga y lenta del confesionario y lo dejo hablando solito, bufando, jalando aire. No espero a que diga que puedo irme en paz, no me persigno al salir ni me detengo un ratito arrodillada en las bancas. Salgo rapidito y en silencio. Lo hago en paz, y al darme cuenta de que la paz va conmigo, sonrío y respiro todo el aire, todas las estrellas y los olores de la noche. No confesé nada y no necesito perdón.

La calle, esta noche, es transparente; está lavada en luz de luna. Pienso que debería odiar al cura con toda el alma, pero hay algo tan dulce dentro de mí, que no cabe odio ni tristeza.

Esta noche estoy creciendo de golpe. Me desprendo de la dependencia, de la confianza en que alguien más puede resolver mis penas; de la complacencia ante quien quisiera manosearme el alma. Hoy soy grande; simplemente ya lo soy.

La historia no termina esa noche de viernes. El lunes, hojeando el periódico que trae cada noche mi papá, leo en la columna de sociales que fray Fulano murió intempestivamente. Un par de esquelas lo confirman; el bendito padre murió la mismísima noche del viernes. ¿Me tengo que sentir mal? No puedo ni quiero. Por primera vez en mucho tiempo estoy libre de escrúpulos y culpas; me siento bien, sana, limpia y grande, de veras grande; porque esto no es una tregua, es el fin de la guerra. Lo sé. El cura se llevó mis tormentos y desde entonces floto ligera.

Yo ya sabía que esto pasa con los escrúpulos; sanan por milagro y para siempre.

Lo malo, o quizás lo bueno, es que también desapareció mi capacidad para hablar de mí misma, de mi mundo interior. Eso lo intuyo a los once, a los doce, lo confirmo a los diecisiete; lo sufro a los veinte, veinticuatro, y después.

1964: DEL MARTIRIO, SU EMBRUJO
Y ALGUNA CONSECUENCIA

Todavía no cumpla doce, pero peso setenta kilos y le saco dieciocho centímetros a mi mamá. Mi tamaño genera privilegios de adulto. Antier, por ejemplo, acompañé a mi tía a ver *Diálogo de carmelitas*, cine de arte en blanco y negro, basado en una obra de Bernanos. Hace dos o tres meses leí una crónica de la película —voz de niña en la plaza del terror decía el artículo—, pero verla fue subyugante, arrollador y algo más. Sí lo fue. Me duele la panza de tristeza, de emoción, de tanto llorar. Ahora recreo, embellezco, distorsiono o elimino escenas de la película —hoy es mi película—, que proyecto en mi interior sin esfuerzo. No he dejado de llorar; a veces con lágrimas y a veces en seco. Esta película está cambiando lo más importante de la adolescencia: mi futuro.

Blanche, la protagonista, es una joven aristócrata que entra de carmelita descalza sin vocación, sólo para huir de la Revolución francesa. Al entrar conoce a Marie, una monja madura que trata de enseñarla a ser monja y, al mismo tiempo, la protege de la violencia que incendia París. Hay también otra novicia, una campesina que, además de vocación, tiene hambre de virtud y perfección.

Casi desde el principio mi corazón se aceleró con las miradas y los silencios que se cruzan entre las tres monjas. Comparten algo entrañable; exactamente entrañable: complicidad, incompreensión del mundo entero, y tres acercamientos distintos a la entrega absoluta, al radicalismo, la heroicidad, la santidad.

La emoción de la película crece y crece hasta que los revolucionarios se acercan al convento. Entonces Marie exclaustra a Blanche, para salvarle la vida. La obliga a salir y alejarse. El dolor en las miradas se regó en toda la sala de cine. La película estaba en francés y sin letreros, pero no creo haber dejado de entender ni una coma.

Marie despide a Blanche en una escena que se me clavó en el vientre. Ya en la puerta le entrega una escultura de la Virgen —¿o

era un Niño Jesús?— y le pide que lo salve de la destrucción. La imagen es la semilla de la vida religiosa, que volverá a dar frutos cuando la tierra se calme. Blanche no tenía vocación verdadera, no tenía que morir; bastaba y hasta sobraba con que salvara la imagen para mejores épocas. Todas las demás monjas, desde las ancianas hasta las muy jovencitas, hacen un voto de martirio. Las carmelitas se ven enormes, sin miedo, invencibles.

Los revolucionarios finalmente allanan el convento. Ante la entereza de las monjas, muestran respeto, casi temor. Las monjas no se resisten ni se acobardan; saben que morirán degolladas y respiran paz, gozo. Salen del convento a una plaza pública dominada por la guillotina.

Las monjas, las de clausura al menos, son pálidas. Las carmelitas de la película, además, son leves, aves, suspiros. Se forman en una fila serena, en chocante contraste con la multitud densa y desordenada que rodea el cadalso entre gritos y aullidos. El silencio y la paz del convento no se contaminan con el odio de la multitud; las monjas incluso salpican con su paz el estruendo de la destrucción, el griterío, la sed de sangre y muerte.

Blanche, envuelta por la masa, mira tristísima cómo avanza la fila de sus hermanas hacia el cadalso; ella va vestida de seglar; carga la imagen como se lleva a un niño pequeño: envuelto en una manta. La gente grita con ira, por venganza y envidia; las monjas transpiran paz, dignidad y gallardía. Sí, así es.

Marie encabeza la fila rumbo al cadalso y, en cierto momento, empieza a entonar el *Veni Creator*. Todas las monjas se le unen, cantan con energía, pero lenta, dulcemente. En ese momento lloré como nunca antes había llorado; y lloro de nuevo cada vez que repaso la escena.

Veni, Creator Spiritus,
mentes tuorum visita.
Imple superna gratia
quae tu creasti pectora.

Canto como lluvia mansa, que no salpica, pero empapa; la fila se desliza sin aspavientos, con la apasionada serenidad de las certezas.

Qui Paraclitus diceris,
donum Dei Altissimi,
fons vivus, ignis, caritas
et spiritalis unctio.

Tu septiformis munere
destre Dei tu digitus
tu rite promissum Patris
sermone ditans guttura.

Ven Espíritu creador y llena de gracia los corazones que tú has creado; Tú, fuente de consuelo, fuente viva, fuego, amor, bálsamo para el espíritu, dedo de la mano derecha de Dios: danos lo que el Padre nos prometió: una voz firme.

El canto simplísimo, la cadencia virginal; el coro de mujeres al unísono, una misma seda, un solo terciopelo. El convento completo, todas en fila menos Blanche; un arroyo de paz en medio del odio; en fila hacia la guillotina, fuente de vida, aunque nadie más lo sepa, con abundante serenidad, confianza, gozo genuino, certidumbre, y también con melancolía, tristeza y un dolor tan sabroso.

Accende lumen sensibus
infunde amorem cordibus
infirmi nostri corporis
virtute firmans perpeti.

Ilumina nuestros sentidos, derrama luz en nuestros corazones, transforma la debilidad de nuestros cuerpos en arrojo y fortaleza.

Una a una suben las monjas al cadalso, y la guillotina, de un tajo ruidoso, degüella y silencia a una por una. La intensidad del

coro se va adelgazando con cada cabeza que rueda, pero lejos de flaquear o quebrarse, el canto gana en fortaleza, aunque cada vez son menos las voces que lo sostienen. El Veni Creator se diluye en un martirio abrazado voluntaria y heroicamente. Cada frase es más pura, más clara; son menos las voces, pero la emoción y la serenidad aumentan; no se anulan una a otra; compiten, avanzan; ganan.

Hostem repellas longius
pacemque dones protinus
ductore sic te previo
vitemus omne noxium.

En Sol natural, las notas vibran sin esfuerzo en mi garganta. Alejas a los enemigos y nos envuelves en paz que resiste la adversidad; si tú vas delante, nada nos puede dañar; nada nos puede dañar irreparablemente; ni la muerte.

Marie bendice a cada monja que sube al cadalso. Cruzan miradas, sonrían con los párpados; se despiden, tranquilas, se abrazan con los puros ojos.

Blanche, desde la multitud, se agita por la absoluta soledad de su cobardía; segregada de las mártires, expulsada del altar donde se consagra a los héroes, marginada, gris, con su ropaje desgarrado y la mirada fija en el espectáculo de las monjas pulcrísimas, con sus hábitos carmelitas, elegantes, austeros, simples.

Per te sciamus da Patrem
noscamus atque Filium
te utriusque spiritum
credamus omni tempore.

A medida que las monjas son martirizadas, la angustia de Blanche crece en la pantalla: sufre, se arrepiente, se ahoga en nostalgia, se hunde en el vacío de la pérdida, de la soledad, de las miradas heroicas que la excluyen.

En el centro de la plaza, el martirio continúa. Con cada caída de la guillotina, con cada voz cercenada, disminuye el volumen del gregoriano. El convento ha dejado de ser una comunidad, un grupo, y se va convirtiendo en mujeres distinguibles. Siete mujeres serenas, cae la guillotina; seis mujeres enormes y hermosas, guillotina; cinco gargantas —sopranos y mezzos— cantan al unísono, guillotina; cuatro rostros distintos, guillotina; se apaga una voz más, y el coro ya tampoco lo es; claudica de su voz única y diversa para dejar que se distingan tres voces individuales: una ya cascada, otra vibrante, la otra enérgica, guillotina; queda un dueto, guillotina, y la voz de Marie suena sola, entera, intensa. Me ahogo en llanto. ¿Qué quedará cuando también ella calle? ¿Quién puede resistir la invitación a morir cantando?

Presta, Pater piissime,
patrique compar unice

En la última escena, cuando no le quedan más estrofas al *Veni Creator*, Blanche se rinde ante la seducción de un martirio abrazado sin aspavientos y se acerca al cadalso. Con la pura mirada interroga a Marie, la monja madura que puede llevar su propio martirio al extremo sobrehumano de renunciar a la muerte. Marie asiente; tejen sus miradas en una complicidad de la que nadie puede comulgar sino ellas mismas.

Blanche inclina la cabeza; la fila se ha acabado; sólo quedan Marie y ella, intercambiando silencios que anulan a la muchedumbre y sus gritos. Marie, cantando con sereno aplomo, se quita toca y velo; su cabello se derrama, y con ese puro gesto se transfigura en seglar. Sin dejar de cantar, pero alargando las frases, corona a Blanche con su propio velo negro, pesado, y así la reingresa a la vida conventual, pero ya no como novicia, sino como monja consagrada y, sin palabras, le cede el último sitio hacia el cadalso. Blanche asume su sitio, recoge de la garganta de Marie la última frase del himno y, a cambio, le entrega la imagen de la Virgen.

Marie se escabulle entre la muchedumbre, en tanto que Blanche transfigurada, toda paz, se arrodilla en el centro del cadalso, y con su voz de niña concluye el Veni Creator, en el momento mismo en que la guillotina se desploma sobre su cuello.

cum spiritu Paraclito
regnans per omne seculum.

Blanche venció su cobardía, su destino gris, y lo cambió por el martirio. Pero la grande, la inmensa, es Marie.

Repaso este final hasta el cansancio; lo arrullo, lo bordo, lo arropo, y me sigue cortando la respiración. Nunca había vivido tanta belleza; ser monja es una aventura heroica, martirial; y vivir como monja, como Marie, es más heroico que morir decapitada.

1965: DE LA CÁLIDA SORPRESA DE AMAR EN BOLA

Inés, mi primerísima fuente de entusiasmo, hace tiempo que ya no es memoria siquiera. Ahora, con doce años cumplidos, vivo pendiente de la madre Arcelia, antítesis de la frágil Inés. La madre Chela: fuerte, chapeada, llena de energía, determinación, ruido y aplomo; no usa hábito ni trae rosario al cinto ni tengo que esperar un mes para verla. La madre Chela es monja de mi colegio; la veo diario a la hora de recreo, y dos días en clase cuando le da descansos a la madre Lolita, que está tan viejita que se duerme en clases y ni cuenta se da de que organizamos torneos y campeonatos de matatenas y palitos chinos al fondo del salón.

La madre Chela es joven y tiene toda la cuerda del mundo: ¡ni siquiera se sienta en clase! Me cae tan bien, que en cuanto me enteré de que a ella le gustan las matemáticas, a mí empezaron a fascinarme; como a ella le gusta bordar, bordé un mantel y sus doce servilletas; y como ella canta, me metí a la rondalla. No sé si

se sienta halagada o hastiada por mis esfuerzos de agradarle; no me lo deja saber ni yo creo necesitarlo.

Chela celebra en estos días sus votos perpetuos. Me llama al terminar clases y me invita a acompañarla. Me pide llevar el anillo y presentarlo en cierta parte de la liturgia para que el sacerdote lo bendiga y se lo imponga, o algo así. Luego me entero de que sólo invita a seis alumnas, y de mi salón sólo a Pilar y a mí; las otras cuatro son más grandes. Tres días antes nos reúne a las seis y nos explica que la ceremonia es muy parecida a una extremaunción; que es una preparación para la muerte. También es un remedo de bodas por lo del anillo, por un vestido blanco y por otros detalles; en el fondo todo será triste; o al menos, así lo entiendo.

El día de la ceremonia amanece lloviendo, cosa rara por acá, donde siempre llueve después de la comida y hasta entrada la noche, pero se calma al amanecer y, entonces, cada día empieza despejado y frío; luego se torna soleado y no empieza a nublarse sino a mitad de la comida.

Salgo de casa muy temprano; tomo el camión en sentido contrario, para matar el tiempo sin mojarme. Cuando llego al colegio me encuentro con la familia de la madre Chela: una señora flaquita y cansada es su mamá; tiene hermanos, cuñadas, sobrinos que no se le parecen nada. Cuando llegan las demás alumnas, nos juntamos enseguida; estamos vestidas de uniforme y llevamos al cuello la cinta de responsables de la congregación mariana. Así nos dijo la madre Chela que nos vistiéramos. Nos vemos poquitas y calladas comparadas con la familia, pero tenemos la ventaja de saber dónde están la capilla, los baños, el teléfono que hay que pedir prestado a la madre procuradora o a la madre portera, y todo lo demás del colegio y de la ciudad.

Pasamos a la capilla que huele a nardos y azucenas; hay cientos de ellas. Las trajeron la mamá y una hermana, de su pueblo o ciudad; no sé bien. Una madre que no conozco —dicen que viene de Mérida— toca el armonio; otra, mucho más joven, enciende las

velas y los focos que alumbran por detrás la celosía de alabastro. Ella misma nos dice en qué banca sentarnos; cuando termina de acomodar gente, va al fondo de la capilla y organiza la procesión de entrada: dos acólitos, luego dos padres, muchas monjas, algunas conocidas y otras no, todas vestidas de hábito. Al final, dejando un espacio largo, aparece la madre Chela, también de hábito, pero con velo de novia.

Nunca antes había visto a todas las madres del colegio en hábito. Se ven tan diferentes; son teatrales, flotan, danzan con sus velos y sus faldas hasta el piso. Cambian totalmente: de fachudas pasan a sublimes y hasta elegantes.

Empieza la misa cantada, pesada y lenta. En cierto momento la madre Chela se levanta del reclinatorio que ocupa en el pasillo central y camina hacia un lado del altar; ahí se hincan en el suelo desnudo y, muy despacio, con enorme gracia, se tiende boca abajo con los brazos en cruz. El sacerdote dice algo de la muerte, que es para siempre. En ese momento a alguien de la familia se le escapa un sollozo; es una mujer ya mayor; quizá la abuela. Alguien más se contagia de sollozos, y otra y otra más. También yo quiero llorar.

A seis niñas de la familia y a las seis alumnas, nos pasan canastas de mimbre llenas de jazmines y azahares frescos sobre pétalos de rosa de castilla; los perfumes todos se mezclan y nos marean. A puras miradas nos maneja la madre superiora; nos dice que salgamos de las bancas, que nos formemos en dos filas en el pasillo del centro, que dejemos a las niñas delante y que, caminando muy despacio, rodeemos a la madre Chela, que sigue quieta tendida en el suelo de mármol, seguramente bien frío. Luego nos manda que la cubramos con los pétalos color de rosa, los azahares blancos y los jazmincitos mantequilla. La cubrimos toda; la enterramos en flores y perfume; el coro de monjas canta algo sobre la muerte también, que me pincha el alma y la desinfla. Me siento triste, suspiro; la alumna que está a mi derecha me tiende su mano;

no sé si la madre superiora lo ordenó así, pero acepto esa mano que acaricia mi tristeza; y tiendo mi mano a la compañera de mi izquierda; las seis grandes y las seis chiquitas —que van vestidas totalmente de blanco— acabamos llorando, agarradas de las manos.

Entonces, la madre Chela se levanta despacito; se pone de rodillas primero, sin apoyarse siquiera, y tan despacito que los pétalos y jazmines resbalan de su cuerpo y se amontonan dibujando el contorno de donde ella yacía. Es como si se desdoblara en dos: una madre Chela que sigue tendida, dibujada con perfumes y flores; y la otra Chela que se levanta hasta quedar de pie, quieta, sin llorar ni sonreír; con los ojos medio cerrados.

Nos soltamos todas a la vez, las alumnas y las niñas; tampoco sé si lo ordenó la superiora, porque ya no la veo. Nos secamos los ojos y sonreímos unas con otras; las grandes y las chiquitas, mareadas de perfumes y de tristeza. En ese mismo instante entiendo que he dejado de ser admiradora solitaria, para ser parte de una bola. La cercanía es inmediata, la sed de confidencias es urgente; y la picardía de la complicidad se impone como una enorme sonrisa en nuestras caras tiesas y ardientes a fuerza de tallarnos con las manos la sal de las lágrimas, en fallidos intentos por mantenernos secas.

El lunes siguiente, sin que nadie en particular lo propusiera, nos reunimos las seis alumnas a la hora de recreo; y nos volvemos a reunir todos los recreos desde entonces. Los treinta minutos son ahora cortísimos; todas queremos hablar, pero también queremos escucharnos; queremos conocernos, confirmar que nuestros gozos y agonías individuales de veras son comunes. Todas éramos adoradoras solitarias de la madre Arcelia; ahora somos solidarias en la misma adoración y pasamos los recreos hablando de ella, tal como otras compañeras hablan de artistas de cine y de cantantes. Tomamos fotos a escondidas, fotos de Chela; rescatamos de las papeleras las notas que ella escribe, jugamos a imitar su escritura y repetimos anécdotas de su pasado y su presente, reales e imaginarias.

Compañeras he tenido cientos, pero es la primera vez que soy parte de una bola. Las seis somos una sola: somos la misma, tenemos un lenguaje secreto y nos entendemos sin palabras. Y si a eso no se le llama amistad a los doce, ¿a qué se le llamaría, entonces?

El gozo nos duró seis meses muy cortos. Ayer la madre Arcelia nos sonrió al pasar. Como normalmente no voltea a mirarnos siquiera, no supimos qué hacer. Hoy entendimos: la madre Lolita nos dijo a todo el grupo que a la madre Chela le dieron destino; que la mandan a otra comunidad. ¡Ay, cómo lloramos! Le tomamos fotos; la seguimos todo el día, y por la tarde también.

Dos de mis ahora amigas son internas en el colegio e idearon la manera de pasar cerca de la madre Arcelia los poquísimos días que le quedan. Ella nos deja ayudarla a cambiar los periódicos murales, a preparar material para la madre Lolita, a arreglar los armarios, a mover libros de lugar y a trasplantar helechos.

Al fin, llega el día que no queríamos: hoy amanecemos sin madre Chela; y las seis llorosas decidimos darle nombre a nuestra bola: ahora somos el "Club esperanza", porque nos une la esperanza de que ella vuelva. Más apropiado hubiera sido llamarnos el "Club lágrimas", o "Club tristeza", porque lloramos hasta que nos duele el estómago. Y mañana lloraremos de nuevo, y muchos días también. No queremos que se nos acaben las lágrimas, pero día a día lo vamos digiriendo; y en menos de un mes dejamos de reunirnos, de sostenernos, incluso de saludarnos; todo se acaba.

La madre Chela salió de la congregación poco después de llegar a su nuevo destino; nos enteramos por la madre Lolita, senil quizá, pero perceptiva; nos llamó aparte para decírnoslo. Nadie más confirmó la noticia, y menos aún pudo o quiso alguien darnos razón de su paradero. Pasaron diez años, y una mañana encontré a Chela a la entrada de uno de los colegios de su antigua congregación, que para entonces era la mía. Las monjas no le dirigían la palabra, no la hacían pasar, ni le ofrecían una silla, un techo, un vaso de agua.

Chela, sentada en la banqueta, en plena calle, parecía esperar algo; yo imagino que había ido a recoger documentos personales.

Al notar mi presencia, giró la cabeza para quitarme de su campo visual. Por mi parte, no pude hablarle. Al igual que ella, ya había abrazado la ley no escrita de que a las ex monjas no se les habla, porque hay peligro de que su traición sea contagiosa o, simplemente, porque en cierta manera dejaron de existir.

1966: DE DOS DECISIONES NO POR TEMPRANAS MENOS LÚCIDAS

¿Cuánto sabe una niña, una adolescente de once, de trece, de catorce? ¿Y cuánto puede? Contra lo que opinan los viejos, esta niña puede muchísimo, porque no sólo entiende bastante de todo, sino que, además, tiene tiempo de sobra, y como carece de las responsabilidades y preocupaciones de los adultos, puede enfocarse por horas y por días, hasta encontrar lo que busca; sopesar situaciones, diseñar argumentos, discernir, imaginar, hallar verdades y caminos. Así es como yo, antes de los quince, he tomado dos decisiones. Y lo he hecho bien.

La primera decisión tiene la historia más larga. Todo empezó cuando al cumplir once, una tarde cualquiera en la que mi papá intentaba preparar los cursos con que completaba sus ingresos, mientras mi hermanita menor descubría, riendo, que no sólo podía caminar, sino correr sin caerse si equilibraba sus once torpes meses de vida con su bracito horizontal sobre la mesa de café de la sala.

La nena giraba, con su brazo extendido como eje de rueda; ¡cuánta diversión, cuánta libertad gracias al apoyo! La escena era puro regocijo y ruido, pero la escasa paciencia de mi papá no la soportó más de cinco minutos. Con un grito, le ordenó a la nena callar; ella le contestó chillando, berreando; no tenía ni un año. Entonces yo, por primera y única vez, me enfrenté a mi padre; le

reclamé lo irracional de su enojo: “Si sabías que eras tan impaciente, ¿para que la trajiste al mundo?” La nena se calló. La escena toda era totalmente nueva. Mi papá se calló todavía más. Yo me callé también. Nadie sabía qué hacer. Los tres nos quedamos quietos y en silencio por un rato. Mi papá y yo nos mirábamos a los ojos. La nena me miraba y luego a mi papá, y de nuevo a mí; y justo cuando se estaba volviendo insoportable tanta inmovilidad y silencio, la nena tomó la iniciativa y demostró su astucia: se dejó caer sentada. Lo hizo a propósito. Pegó un grito como si le hubiera dolido. En ese instante entendí lo brillante que era mi hermanita: a los bebés no les duelen los sentonazos porque traen pañal, y entonces los pañales eran muy gruesos, con varias capas de manta de cielo cubiertas con franela de algodón. Ella gritaba muy fuerte, yo corrí a levantarla, mi papá preguntaba si se había lastimado. No había manera de callarla; la cargué, la mecí, le decía ya, ya, nena. Papá sacó de algún sitio un terrón de azúcar, se lo ofreció, y entonces la nena se empezó a calmar, muy despacito.

Desde ese día mi papá me respeta, me toma en cuenta como a gente grande. Me pregunta, me escucha. También a partir de ese día empecé a fijarme en lo que piensan y sienten los niños; me fui dando cuenta de que, por su propia condición de dependencia, no son felices, son demasiado dependientes y vulnerables; su felicidad danza al ritmo que los grandes les imponen.

Empecé a juntar datos para apoyar mi descubrimiento: por un mecanismo evolutivo —debo aclarar que hoy ya soy evolucionista de hueso colorado—, los adultos creen en el mito de la infancia feliz; un mito tan eficaz, que borra los recuerdos de la propia infancia. Como no se acuerdan de lo infelices que fueron, tienen niñitos y perpetúan la especie. Otra función de este mito es anestesiar a los papás y mamás ante el dolor, el malestar y el enojo que ellos mismos causan a sus niños, sin importar cuánto los amen. Por supuesto, todo empeora cuando los papás no aman a sus nenes. Y muchos, muchísimos, no los aman. Otro mito dice que esto es

imposible, pese a ser evidente. Pero eso es otro tema y no quiero mezclarlo con el de la infelicidad de los chiquitos.

Al creer en el mito de que los niños son esencialmente felices, los adultos no se sienten culpables y pueden cerrar los ojos ante la absoluta y desgarradora impotencia infantil. Lo he comprobado: los adultos no ven el sufrimiento infantil. Creen absolutamente en el mito, aunque el niño lllore, patee y hasta deje de respirar a veces.

Le he dado vueltas y vueltas a este tema y cada día es más claro y contundente. Ahora no dudo, sé que he visto la verdad. Yo no podría ser más objetiva, porque aunque no se me ha olvidado la infancia, tengo la ventaja de no ser ya chica. Tengo catorce y me tratan como grande; mi poder y control es más parecido al de los adultos que al de los niños chiquitos; mis privilegios y responsabilidades se deben a que soy la mayor de cinco hermanos, a quienes cuido, protejo y mando; y, a veces, lo confieso, mangoneo. O sea, no me estoy quejando y exagerando algo que sufra en propia carne; sé que cuando algo duele personalmente perdemos objetividad; y éste no es el caso. Veo la infelicidad de los chiquitos; soy objetiva y sincera; no se me ha olvidado el lenguaje de la infancia; los oigo y los entiendo.

Desde mis privilegios observo que, sin importar si los papás son muy cultos o ni siquiera saben leer, sin importar el tamaño de su casa, los lujos o penurias, los niños sufren, sobre todo, por una absoluta falta de respeto. Nadie los escucha, nadie les concede siquiera tantita discreción, nadie cuida su prestigio: si se orinan en la cama, si se tropiezan y caen, si dicen tonterías porque se les traba la lengua, todo se cuenta. Todo, todo se divulga: sus problemas, sus accidentes, sus manías. Y no se comunica como confidencia de adultos, sino como gracejada de nadie. No se cuenta en clave, ni entreverando palabras en náhuatl, como hace mi mamá cuando comparte con sus parientas los chismes de adultos. Los asuntos de niños no se cuchichean con pudor; las miserias infantiles se

pregonan entre risotadas. De por sí, poca dignidad puede conceder a su niño quien se hace la chistosa con fuchis y muecas mientras le cambia pañales y le limpia la colita.

Como si les faltaran agravios, los niños parecen condenados a hacer el ridículo, y además se espera que gocen siendo objeto de risas y burlas. Los adultos se encargan de vestirlos como bufones: enseñando calzones vistosos, con moños en la cabeza, con disfraces de marineros, con crinolinas y otros estorbos.

El adulto pierde pronto la capacidad de ponerse en los zapatitos del niño, de la niña, y se olvida, por ejemplo, de lo molesto que es recibir caricias cuando no se quiere. Así, en vez de respetar la reticencia de los pequeños a ser besados, pellizcados y apachurrados, los adultos ríen y se burlan y desprecian los deseos infantiles.

El niño no tiene derecho siquiera sobre su cuerpo. Cuando el adulto quiere, lo levanta y hasta lo avienta al aire, quitándole la mínima seguridad de un piso bajo los pies. El niño debe comer lo que le pongan delante y vestirse como otros quieren. La impotencia infantil es insoportable, pero lo peor —creo yo— no es el maltrato y la humillación, sino que a los adultos ni siquiera se les ocurre, por un minuto, aceptar a los niños como son; ni menos aún ayudarlos a que sean lo que los niños quieren ser. Los adultos siempre, siempre, pretenden “educarlos”; lo hacen como un deber incuestionable, planean los futuros, las conductas, las personalidades, los sueños y hasta las creencias de los niños. Los despojan de lo único que nadie debería tocar: la propia esencia, la decisión de ser quien cada uno quiera ser.

Con esto que veo no estoy negando la enorme capacidad de gozo que tienen todos los niños. Cuando se les deja hacerlo, los chiquitos pasan largas horas viviendo simplemente; creciendo, aprendiendo, descubriendo. Los años nos quitan capacidad para disfrutar tan intensamente, pero las gotas de amargura salpican con demasiada intensidad y frecuencia la vida diaria de los nenes.

Yo no olvidaré lo que es ser niña y jamás seré tan irrespetuosa con otro ser humano; lo dije a los once, lo juré a los doce y lo sostengo a los catorce. No puedo cerrar los ojos a la infelicidad infantil —su sujeción, su dependencia, su impotencia, su estado de humillación sostenida, sus lágrimas, muchas y diversas—. Por eso ahora, a los catorce, veo con claridad que no hay razones válidas para tener un hijo, y que traer niños al mundo “para hacerlos felices” es, de todas, la razón más falaz. Otras razones son ingenuos frutos de la ignorancia: el mundo no necesita más niños, y ¿cómo saber que amaré a quien no conozco? Entre las mamás y sus nenes se puede dar una genuina antipatía; entre nenes y sus papás es más común una especie de desprecio e ignorancia.

En fin, hoy decido que jamás tendré un hijo. Lo decido sin lugar a dudas. Ésta no es una decisión temprana sobre mi maternidad; no soy el objeto principal de mi decisión. Es una decisión oportuna —no hay otra edad posible para ver la niñez “a su altura”— sobre la infancia. Estoy decidiendo sobre los niños, al menos sobre aquellos cuya mismísima existencia dependería de mí.

Dos meses después de decidirlo —o mejor dicho, de rendirme ante la claridad—, se lo cuento a mi mamá, y ella, como era de esperarse, no le da importancia: “Ajá, está bien; acaba de limpiar los frijoles y te vas a tallar las jergas, que están bien percutidas. ¿Ya barriste la escalera? No me obligues a que te lo repita. Y, cuando acabes, te vas rapidito por un quinto de cilantro. Ay de ti si te dejas engatusar para comprar diez, un quinto, ¿me oyes?”

Tiene demasiado quehacer y lleva varias noches desvelándose, pues cose ajeno y, cuando hay chamba, no se le da la espalda. Además, yo suelo decirle muchas cosas por minuto: ideas revueltas con anécdotas y un poco de imaginación; la mayor parte de lo que digo no merece ni la mitad de su oído; ya ni decir de su atención. Unas semanas después le suelto el mismo discurso a mi tía. Ella sí que me oye. Bebe mis palabras y las toma a tragedia; desde entonces trata de convencerme para que rectifique. Y yo,

ante sus argumentos, descubro nuevas razones. Gracias a ella, lo he pensado y repensado; hasta no dejar espacio para la más pequeña duda.

Mi otra decisión es más reciente. Estoy descubriendo —o decidiendo— que la existencia es buena. Quizá lo hago por llevarle la contra a “nuestro padre Sartre”, como luego descubriré que lo llama Savater. Lo cierto es que he decidido mirar la vida y sus acontecimientos como esencialmente buenos. Consecuente con esta visión, descubro que es insensato desear que las cosas, la vida, las personas o los acontecimientos cambien su curso natural. Decido así —o descubro— aceptar la vida tal como llega. Como consecuencia, considero absurdo “rezar”, o mejor dicho “pedir” algo en la oración. Querer cambiar el curso de la realidad es tan irracional como querer retocar los autorretratos de Frida o la poesía de Lorca y León Felipe, quienes se acaban de integrar a mi nutrido panteón, junto al Che Guevara, Benito Juárez y Darwin.

Mi fe en la bondad de la vida tiene raíces evolucionistas. A los catorce soy la más darwiniana de mi generación; más evolucionista que nadie que conozca. También soy existencialista, liberal y juarista. Tengo un pocillo de barro en el que he escrito frases de Juárez, y sólo bebo en él; nunca uso tazas de plástico, como mis hermanos. El suplemento cultural del periódico publicó en estos días varios escritos de Juárez; los leo con mucha atención, memorizo secciones grandes, voy entendiendo su pensamiento liberal y me adhiero a él.

Traigo un changuito de madera como amuleto. La monja que nos da clase de religión es especialmente intransigente, autoritaria e irrespetuosa; además de amante de las adulaciones y alentadora del culto a su propia persona. Está segura de que por ser española y adulta, es superior a cualquiera de nosotras, y en especial se cree superior a las alumnas más morenas y más pobres. Encuentra divertido burlarse no una sino docenas de veces de mis convicciones evolucionistas; usa argumentos burdos,

ignorantes; pretende demoler conocimientos y creencias con sus burlas: "Si te place pensar que tu abuelo fue un chango, créelo; el mío no lo era". Racismo, clasismo, etáismo. Pero sus esfuerzos para humillarme no causan efecto alguno. Me enorgullezco de mi abuelo chango, de mis raíces indias, negras y de todas las sangres juntas. Y empiezo a tomar distancia de quienes, como ella, encuentran orgullo en ser mayores, mejores, más buenas, más santas, más blancas y europeas, monopolizadoras de la verdad, más religiosas, más hechas a mano por Dios mismo. Me da flojera tanta perfección.

Mis verdades cambian a medida que aprendo. Me transformo a medida que mis creencias evolucionan. Así me gusta. No soy mejor; soy yo y me gusto. Por ahora atesoro mis dos lúcidas decisiones adolescentes: no traer niños al mundo; vivir satisfecha con la existencia. Llegará más tarde el momento de elegir con madurez no tener hijos y no dudaré siquiera. También años después caeré en depresiones clínicas y la vida me parecerá insoportable, pero no por ello "rezaré" para que mi situación cambie. Si la existencia es esencialmente buena —y lo es—, hay que beberla entera, dejar simplemente que sea. Si Dios existe y mi existencia depende de él —como creí muchos años—, es un sinsentido pedirle que cambie lo que hace; porque se supone que lo que Dios hace lo hace bien. Y si no existe Dios, o al menos no creo en él, aún es más absurdo pedirle algo. En este momento, a mis catorce, la decisión es casi religiosa; es congruente con mi fe en un Dios bueno y responsable. Ahora la religión está presente en mi vida, aunque no es central, o al menos no lo es todo el tiempo. Mi religiosidad ya no se parece a la que vivía cuando era chica de verdad, a los ocho o nueve; cuando "vi" no una sino dos o tres veces, en las manchas de jabón del fregadero de la cocina, un Nacimiento —la Virgen el Niño, el pesebre—, tan real y creíble como para hacerme llorar, pero suficientemente cuestionable como para no contárselo a nadie.

En suma, ya nunca, desde mi adolescencia, rezaré para pedir algo; ni en mis tiempos de creyente ni en los de agnóstica. Nunca me asaltaré tampoco la idea de tener un hijo. Y, además, desde entonces sabré con claridad que los once, doce, trece y catorce son, no sólo para mí, sino para todos, la época privilegiada para tomar decisiones: cuando a la madurez cognitiva se suma la libertad de responsabilidades y la generosidad del tiempo libre; cuando, como nunca más en la vida, soy rica en tiempo, en largas horas para andar en bicicleta hasta que las manos se ampollen y las ampollas se revienten y la carne viva sangre, y se seque... sin sentirlo siquiera, sin sufrirlo ciertamente, porque estoy embebida en pensar, en decidir, en construirme para el resto de mi vida.

1967: DE ROSAS AMARILLAS Y BESOS EN LA FRENTE

Me gusta pensar que en el principio hubo una rosa amarilla y un beso en la frente, que lo anterior a la rosa y al beso fue su gestación; y lo que ha seguido, su herencia. Quizá no sea así, y sólo sea efecto del tiempo —empeñado siempre en ordenar, jerarquizar y dar sentido a la maraña de recuerdos— el protagonismo que yo concedo al beso y a la rosa.

La madre Francisca Armendáriz celebra algo grande: cumple años y renueva votos en el mero día de su santo. Armendáriz — como la llamamos a sus espaldas— es la responsable de la escuela preparatoria: trata de resolver o evitar los problemas académicos, de conducta, y hasta de pagos de sus ochenta y cinco alumnas. En grupo somos insoportables, bien groseras con ella; nos aguanta más que nuestras mamás, y es mucho más joven que ellas; no debe llevarnos más de ocho o nueve años. Pero cuando la tratamos de una en una, o en grupos pequeños, somos agradecidas y hasta protectoras con ella. Por eso, cuando nos enteramos de su celebración, nadie cuestiona que hay que regalarle algo lindo.

Alguien propone comprarle un pastel enorme y yo sugiero que sería mejor darle flores: una rosa por cada una de sus alumnas, cuarenta y tres rosas rojas las de segundo y cuarenta y dos amarillas las de primero. Sin mucha discusión decidimos darle las rosas y un pastel pequeño. Nos dividimos el costo y las responsabilidades. Me autopropongo para arreglar las flores. Compro papel albanene, lo corto en tiritas que perforo con cuidado; en cada tirita, con plumilla y tinta china escribo el nombre de cada una de mis compañeras; escribo el mío también en una tirita cualquiera. Luego armo los ramos: limpio de espinas los larguísimos tallos, y de pétalos ajados los capullos rechonchos. Nos salieron caras las rosas, pero valió la pena.

En la mercería de mi madrina compro metros y metros de listón muy angostito, rojo y amarillo, y ato uno a uno los nombres a las rosas. Dejo para el final una rosa que me cayó bien desde el principio y que ha quedado en el centro del ramo; le ato mi nombre y le doy un beso. Son más de las diez de la noche cuando salgo del colegio para mi casa; los ramos, en un cuarto oscuro y fresco, sólo podrán mejorar durante la noche; los capullos abrirán seguramente un poco.

Tempranito en la mañana entregamos las flores. La rosa con mi nombre, discreta, apenas asoma su cabeza.

¿Las rosas tienen iniciativa o voluntad propia? ¿Cómo logra una rosa asomarse entre el resto de las rosas? ¿Cómo se escapa del ramo compacto, la rosa del lazo amarillo atado a mi nombre? ¿Cómo llega a la celda de Francisca; a su mesita de noche? ¿Ella misma la separa del ramo? ¿O fue una hermana bondadosa, celestial virginal, quien obedeció a la urgencia de mi beso, separó del ramo mi rosa, y con la rosa mi nombre? Nunca lo sabré. Lo que sí sé es que, mientras el resto de los dos ramos se marchita, a oscuras y a solas al pie del altar en la capilla, la rosa con mi nombre vela con Francisca toda esa noche, y la siguiente y la siguiente.

Lelia, vecina de celda de Armendáriz, me dice que la rosa sigue viva en esa mesita; sobrevive a los dos ramos de la capilla y, cuando su tallo empieza a encorvarse, Francisca la prensa en el centro de su breviario.

El asunto de la rosa amarilla, como cualquier evolucionista puede imaginar, no vino de la nada; no fue generación espontánea. Me gusta situar el principio de su historia en los duelos de miradas que Armendáriz inició desde la primerísima semana de clases de este año. Yo ni sabía quién era esa monja, tan joven, que pretendía entender —ya que no disciplinar— nuestros dos grupos rebeldes, engraidos e irrespetuosos.

Estoy formada en la fila, lista para volver a clases después del recreo, cuando siento el arponazo de su mirada en el centro de mis ojos. Me volteo a verla por puro instinto y lo confirmo: mira sólo mis ojos, y en ello se mantiene indescifrable. Trato de ignorarla, de bajar la mirada, de voltear la cabeza. Pero su mirada está enganchada en mis ojos, y tratar de evitarla sólo hace más doloroso el trance.

Así, el miércoles, el jueves, el viernes y el lunes de la siguiente semana. Su mirada entra y, ya dentro de mí, hurga, se pasea por mi mundo, me sondea. No me sirve ni esconderme detrás de una compañera ni agacharme dizque a amarrar mis zapatos. Armendáriz no parpadea; su mirada entra por mis ojos, revuelve mis entrañas, me oprime el vientre, esculca mis pensamientos, mis miedos y mis sueños.

Creyéndome yo muy lista, decido aceptar el duelo y mantenerle la mirada, a la vez que escondo mis pensamientos tras una muralla de distracciones, cuentas, cuentos, canciones, ruido. Al principio, la desconcierto, pero no dura mi victoria; su mirada en mí, desasosegada, duele más, es insoportable.

Al octavo día aprendo a ser capturada, a ceder primero, resistir luego un poco, retarla, abrirme un instante y cerrarme de nuevo; marcar el ritmo. En fin, aprendo a jugar el duelo de miradas en

los dos o tres minutos que tardamos en empezar a caminar. Al cabo de tres o cuatro semanas, concluimos cada encuentro con una sonrisa, el reconocimiento al esfuerzo, a las heridas abiertas, a la tensión soportada. Después de un mes, nos hemos domado mutuamente, hasta disfrutar el diario forcejeo. Ella, con sus veintipocos años, yo con quince y meses, somos fieles, siempre sin palabras, a esta tortura cotidiana, intoxicante y adictiva, deliciosa, entrañable.

Después de la rosa, rara vez aparece Armendáriz en la fila del recreo. Cuando llega, su mirada es esquiva y vagabunda. Si la reto, tal como ella me enseñó a hacerlo, simplemente se da la vuelta, habla con alguien o se aleja. Es silencio, vacío total. Esto es nuevo y el corazón me dice que es una antesala, ¿pero de qué? No sé qué espero, ni cuándo llegará; si será agradable o doloroso. Sé que será importante y, más aún: definitivo, pero aparte de eso, nada sé. La espera me sofoca. La impaciencia me obsequia un estado de alerta extrema que el silencio magnifica.

Pasan días; pocos. Hoy, miércoles, nos confirman que en tres semanas nos vamos de retiro. Eso cuesta dinero y yo no tengo. Armendáriz nos llama a tres de nosotras —las tres pobretonas, las becadadas— y nos ofrece ir sin pagar a cambio de que la ayudemos. Una de las tres se lo agradece, pero aclara que, de todos modos, no puede ir por un problema familiar. Mayra y yo aceptamos la oferta. Armendáriz termina la entrevista diciendo: “Me daba tanta tristeza nomás de pensar que ustedes no irían”. Y me sorprende enseguida, con el alma encogida por la tristeza que Armendáriz dice que sintió, pero que quizá no sea más que palabras, una frase hecha. Ahora sé porqué esto se llama pesar o pesadumbre: es un hipopótamo capón recostado en mi pecho. Sé también porqué se habla de inquietud: una gusanera pulula en mi vientre.

Enseguida empiezo a pagar mi beca; a ratos con Mayra y a ratos sola. “¿Puedes picar los estéciles? Piensa algo para la liturgia del sábado en la noche, y una canción que sirva de himno. Te los

encargo". Casi no tengo tiempo, pero las noches son largas. Mi mamá se burla de mis desveladas. Me pregunta si estoy reescribiendo la Biblia. En tres noches sin dormir acabo todo. La noche siguiente pico los esténciles, de modo que durante el día puedo ya sacar las copias, organizar materiales, empacar. El himno está listo; la letra reproducida con copia para todas. Al final selecciono diapositivas para una meditación, e invento actividades para la fogata. Todo está listo a tiempo.

Mi colegio es caro y exclusivo; desde hace años sé que no pertenezco a los círculos sociales de mis compañeras. Conozco sus casas porque algunas veces tenemos que hacer tareas en equipo; una de ellas me ha invitado a un cumpleaños, pero nada más; esto nos da a todas la tranquilidad de que jamás tendré que invitarlas yo, ni ellas tendrán la pena de negarse a venir a mi casa. Pienso en esto mientras saco copias en el mimeógrafo. No me siento mal; ni un poquitito. En estos días estoy empezando a convertirme en marxista, además de liberal juarista y evolucionista, que ya era desde hace tiempo; y un poco existencialista. Me identifico con el proletariado: mi mamá es costurera, mi papá es empleado y maestro; proletariado sirviente, que es una subclase interesante. Vivo en un departamento rentado en una vecindad moderna. Definitivamente tengo muy poco que ver con los cerdos capitalistas, y me enorgullezco de ello. Muy lejos quedaron en mi pasado las, por otra parte fugaces, comparaciones bochornosas de ropa, de estilos, de costumbres familiares. La última vez que me molestó ser diferente, yo era una nena de seis o siete años. Hoy soy orgullosa y emberrichinadamente distinta; lo descubro un poco, otro poco lo fabrico, y me voy gustando en general, bastante y cada día más.

Entre reflexiones y talachas, noches en vela y escapadas de clase, voló la semana. Al fin, llega el viernes. A las siete de la mañana, todas de uniforme y supuestamente desayunadas, las alumnas de la prepa vamos subiendo a los camiones de transporte escolar. Ayer nos hicieron copiar una larga lista de lo obligatorio y lo prohibido

para el retiro, incluyendo lo que había que llevar y evitar llevar en el equipaje. Como era absolutamente previsible, muchas de nosotras invertimos las listas, al menos parcialmente; llevamos casi todo lo prohibido, y quizás olvidamos algo de lo obligatorio. Hay quien lleva maquillaje, radio de transistores y chicles. Lo más común, sin embargo, es llevar comida: una enseña un saco de cinco o seis kilos de cacahuates japoneses; otra, malvaviscos, galletas, caramelos y chocolates; hay quienes traen muñecos y peluches. Este retiro sucede sólo una vez al año y, al menos en principio, sabemos combinar relajo con piedad.

Arrancan los camiones y nosotras arrancamos a cantar, a berrear canciones bobas: seis elefantes se columpiaban sobre la tela de una araña, como veían que resistía fueron a buscar otro elefante; siete elefantes..., seguidas de canciones melosas: “y yo que ni un momento puedo estar lejos de ti, ¿cómo iba a estar la vida entera ya sin ti?, te quiero..., entreveradas generosamente, con canciones prohibidas: “quisiera abrir lentamente mis venas, para poderte demostrar que más no puedo amar, y entonces morir después; sombras nada más...” “Ponme la mano aquí, Macorina, ponme la mano aquí...” “Esta vez, ya no soporto la terrible soledad, ya no te pongo condición, quiero ser tuya, sea por bien o sea por mal. Llévame, si quieres, hasta el fondo del dolor; hazlo como quieras, por maldad o por amor...” El retiro será en silencio total, y parecemos urgidas de practicar el ruido total cada minuto del viaje.

Francisca Armendáriz jala parejo; a ratos olvidamos que es la monja, la autoridad; parece parte de la bola. Ya roncas y aturdidas, llegamos a la casa de ejercicios. Desenrollo y pego en la entrada una cartulina con el plano de la casa y la asignación de habitaciones, aquí llamadas celdas. Hay desilusión en muchas compañeras; esperaban que, como en años anteriores, hubiera habitaciones dobles y triples para organizar noches de almohadazos, de confidencias o de simple charla interminable; pero ahora, sin excepción, por

ser retiro de silencio, todas ocuparemos celdas individuales. La otra becaria se encarga del manajo de llaves; lista en mano, las va distribuyendo.

Armendáriz nos instruye con seriedad, hasta con solemnidad. Habla bien bajito y eso nos va tranquilizando. Debemos ir cada una a nuestra celda, desempacar y en quince minutos reunirnos en la capilla; se terminó el relajo y empezó el recogimiento. Perdemos tiempo en ubicar nuestras celdas; es la primera vez que venimos a esta casa de ejercicios y nos perdemos en sus pasillos mohosos. Al llegar a nuestras celdas, descubrimos que no tiene sentido desempacar porque las celditas no tienen armario ni cómoda; ni siquiera una repisa para poner lo que traemos en la maleta; y como, además, la mitad de las maletas están llenas de secretos, lo mejor es no intentar desempacar. Yo traigo, además de mi maletita, una caja enorme con el material que mimeografié, recorté, seleccioné y demás: diapositivas, hojas de rezos, fichas, cartulinas, plumones, hojitas de papel y kilos de chunches.

Pasados quince minutos, nadie está lista aún: portazos, carreritas, llaves que no abren la puerta que deben abrir, y puertas que se cierran con la llave dentro. Armendáriz tiene una llave maestra y va resolviendo los problemas; yo me asumo como enlace entre los problemas y ella. Media hora después, nadie está lista tampoco: "el cuarto huele feo"; "hay un ratón muerto"; "se me olvidó traer sábanas"; "me bajó la regla y no estaba preparada"; "el baño está tapado". Poco más de una hora después, el silencio va ganando espacios. Nos reunimos en la capilla y, para cuando la encargada hace sonar la campana cascada, anunciando que el padre ya llegó, las pocas que faltaban de llegar ocupan sus lugares. El silencio es, al fin, perfecto; al menos momentáneamente perfecto.

La primera plática nos agarra hambrientas. ¿Quién puede desayunar antes de las siete? Yo no; estamos casi en ayunas. Unas cabecean, otras nomás no podemos concentrarnos; chillidos de tripas, risitas y el buen cura ni cuenta se da. La madre Armendá-

riz, brillante al fin, sale a pedir que la comida se adelante lo más posible.

El resto del día pasa tal cual lo planeamos; yo cumplo mis compromisos. Pego copias del horario, distribuyo lecturas, preparo la fogata de la noche. También llevo recados de un lado a otro y me asumo como oficial de información: ¿qué nos toca ahora?, ¿dónde están los baños?, ¿adónde le tocó dormir a Fulana?, ¿a qué horas comemos?, ¿quién trajo cacahuates?, ¿crees que las madres me presten un teléfono?, ¿me consigues la llave maestra, pero sin que se entere Armendáriz, porque ya es la tercera vez que se me cierra la puerta?

La comida es buenísima, o quizá no lo es, pero tenemos tanta hambre que la satisfacción puede verse, tocarse, oírse sobre el silencio del retiro. ¡Tanta hambre que nadie adivinaría cuánto hemos mermado las reservas prohibidas de malvaviscos, cacahuates japoneses y demás! Durante la comida suena en un tocadiscos portátil Mi Cristo roto. Casi no se entiende, pero lo hemos oído antes varias veces; muchas lo tienen en su casa.

El día avanza sin prisa. Tras la comida, un rato de siesta; luego rosario, meditación, lectura, meditación, cena, tiempo libre, y una ceremonia de confesiones y promesas públicas, plegarias y cantos alrededor de la fogata. Armendáriz, acompañada con su guitarra, estrena una canción que compuso especialmente para esta ceremonia de conversión. Su voz rasposa y grave, la melodía melancólica y la letra —sobre todo la letra— despiertan voluntades de cambio. Seguimos cantando un buen rato, hasta que la lluvia fina empieza a calarnos, el frío en la espalda empieza a doler, y el fuego en la cara, también. Armendáriz oficia la clausura de la fogata, canta sola, su voz se me clava. ¿Todas tendremos el mismo nudo en la garganta? Si ella me pidiera arrojarme al fuego, yo lo haría; sin titubear. Termina y nos pide retirarnos en silencio. La siguiente cita es al día siguiente, aún a oscuras. Armendáriz no da oportunidad a las quejas. Nadie lo sabe sino yo; mañana, con las

estrellas sobre la cabeza, subiremos al cerrito para ver amanecer desde la cumbre.

Con la mirada nomás, Armendáriz me confirma que debo revisar que no haya luces encendidas ni puertas abiertas en las salas que usamos durante el día; también debo pegar los horarios del día siguiente —o mejor dicho, de este día que empezó hace ya una hora—, y apagar con agua los rescoldos de la fogata, antes de meterme a mi cuarto.

Las luces estaban apagadas, excepto por un foco desnudo en la cocina, vigilante de una tina de frijoles ya hinchados, pero aún crudos, que hervirá toda la noche y mezclará su olor con el de los jazmines, el huele-de-noche, la madreSelva, las gardenias y los mohos y salitres que avanzan remolones por las paredes. Dudo un instante y lo dejo encendido. Estos focos siempre me han dado tristeza: son tan pálidos y desnudos, y arrojan sombras también pálidas y también desnudas.

Se ha terminado el primer día del retiro de silencio y no ha pasado nada. Se estira más y más mi espera; ya de por sí tensa, ahora es aguda. Por mi parte, aprieto silencio y alertas; sin poder ni querer dormir, a la escucha de una tragedia o un milagro. Son las dos de la madrugada. La luna llena es suficiente para leer mi reloj. Apago la luz de mi celdita; la humedad y las esporas negras pegajosas me llenan la nariz y los párpados cerrados. Los segundos reptan y se amontonan en mi pecho; lo apachurran, y casi casi le exprimen un grito de tanta espera acumulada.

A las dos cuarenta y nueve, de golpe, sé que no hay que esperar más, que ha llegado. No hay sonidos ni movimientos que confirmen mi descubrimiento. Mi corazón lo sabe; ha llegado. Francisca está sentada en el borde de mi cama. Estoy despierta, ¿o me acabo de despertar?, ¿o estoy ya dormida? La espera está por reventar en borbotones de paz. Armendáriz está llorando; toma mi mano y con ella seca su cara. Luego, un rato largo, no se mueve. Yo, llena de sorpresa, sólo espero. Enormes minutos después, se agacha;

siento su respiración en la cara; acerca sus labios a mi frente y me besa suave, seda y terciopelo que desatan un estallido de vientres, lágrimas y silencios. Y ya. Nada menos y nada más. No la veo ni la oigo salir. Son las tres treinta y tres.

La rosa amarilla, con mi nombre atado con una cinta también amarilla, fue el principio del principio, y este beso en la frente se asume como el fin del principio. Lo que suceda después será la herencia de la rosa y el beso; y lo que sucedió antes, ¿por qué habría de dudar?, fue la gestación del beso y la rosa; sólo su espera. Prueba de ello es una hoja suelta de mi diario, escrita un año después del retiro, con letra Palmer de colegiala y destinada a aparecer casi cuarenta años después en el fondo de mi archivero:

El fuego ronda las noches y tarde o temprano incendia los silencios. Eso me consta.

La humedad rancia que rezuman las paredes, las camas, las sábanas y especialmente los cobertores viejos, me confirman que estoy en la fría Casa de Ejercicios.

Me encargué de encender y esperar a que se consumiera la fogata. Esa responsabilidad no la comparto. El fuego es mío; al apagarlo, me obsequia toda su herencia, su resistencia a dejar de ser; me impregna con su humo de ocote; me unge con su hollín. Oliendo a fuego muerto llego a mi cuartito: cuatro metros cuadrados con un catre encajado en la pared y una silla coja sin respaldo. Todo gastado, pero todo en llamas desde hace un año.

Este mismo cuarto me miró temblar de emoción y de ternura; y también de frío: el dolor punzante que nace cuando el ambiente helado se enfrenta en la piel con el calor que a borbotones se derrama desde dentro. El cruce de miradas, la promesa más intuida que escuchada, la sutileza que resquebraja la solidez. No sé qué nombre darle; es un milagro y un tesoro. Mi soledad herida de muerte y mi infancia que se desintegra a gotas.

Yo nací entonces, y debo empezar a contar el tiempo de otra manera. Ella no tardará en volver. Me desvisto ritualmente, en una danza líquida de lentitud y fluidez.

Ella volverá y se sentará en la orillita de la cama; hablará sin palabras hasta dejarme de nuevo ahíta de ternura y asustada de recibir tanto amor atrapado en tanta simpleza.

Ella juega a ser maternal, pero jamás he sabido de madre que envuelva así a su niña: con humo y humedad, con dos o tres susurros, murmullos, siseos.

Y, al fin del silencio, me besará en la frente; otro real bautizo. Con sus labios imprimirá fuego en mis sentidos y mis sueños. Y de su beso nacerá la mujer y con ella mi vocación: fruto sazón y sol urgido de amanecer tras peregrinar en la oscuridad.

No ha habido más rosas amarillas; pero sí más besos en mi frente inexperta, con sus labios de inexperiencia aún más intensa, más inmensa que la mía. Sólo besos, que parten la frente y me taladran hasta el vientre tenso.

Francisca es distinta de cuanto yo conocía. Un tiempo me resultó insoportable, pero pronto se ha vuelto imprescindible. No se notan los diez años que nos separan; somos dos en una, caminando en la misma dirección. Apenas me acuerdo de los días en que ella me miraba fija y descaradamente, hasta obligarme a bajar la mirada, incómoda, cautivada por la incomodidad de saberme inundada por ella. Su insistencia venció mis defensas, poquito a poco. Hoy, aunque su interés aún me duele, su ausencia resulta insoportable. Todas las piezas caen en su sitio.

A los quince, a los dieciséis, escribo como sólo las adolescentes están dotadas para hacerlo: día y noche, diarios y poesía, cuentos, ensayos, teatro y cartas, cartas y cartas. Mi mamá sigue preguntándome con fastidio si estoy reescribiendo la Biblia, porque rara vez me voy a dormir antes de las dos o tres de la madrugada. Como comparto la recámara con mis tres hermanas, me quedo a escribir en la cocina.

A mis diecisiete, Armendáriz quema más de doscientas cartas mías, y me pide que yo quemé todo lo que ella me ha escrito —que es mucho también—, justo cuando empiezo a entretener la idea

de ingresar al Noviciado. Y así lo estoy haciendo. Sólo se salvan de las hogueras unas cuantas cartas y algunas hojas arrancadas de los diarios. El desasimiento es prueba de heroicidad, de bravura, de amor. Abrazo el desasimiento porque ahora mismo, locuras adolescentes, soy revolucionaria y enamorada.

Las pocas hojas sueltas de mis diarios adolescentes abundan en mieles, como certificados de legitimidad. Fotos del colegio, cartas de pocas, muy pocas amigas. Letras de canciones, armonías para guitarra y docenas de menciones de Francisca; nunca por su nombre, sólo la inicial de su nombre, de su apellido, o el pronombre clave, ella.

Eran las ocho de la noche, A. parecía tan frágil. Su abrazo me dolió, pero más me dolió su tristeza. Cada lágrima se clavó aquí, en mi mismo centro, y revolvió todo mi interior. Como un anzuelo me jalaba desde el vientre y creaba un dolor lleno de dulzura, que sólo aspiraba a seguir sufriendo.

La distancia entre las dos se vuelve nada; desaparece.

Al fin, me bendice. Me besa en la frente.

Yo tiemblo, todo en mí tiembla y llora. Ella me pide que supla con mi entrega sus cobardías.

ENSAYO: VOCACIÓN: GINAFACTO¹ Y CONGRUENCIA

DE MI PROPIA VOCACIÓN, A LA DISTANCIA

Disfruto preguntándome antes y ahora, ayer y mañana: ¿por qué entré al convento? Comparo respuestas; trenzo coincidencias y escarmeno incompatibilidades. Con el tiempo, años y años de responderme y explicarme mis propias respuestas, he llegado a dos causas: cada una hubiera bastado, pero al coincidir ambas, hicieron imposible que yo dudara o pospusiera mi ingreso. A ellas también se debe que, cuando ya adentro caí en una depresión clínica que me forzó a salir por un tiempo, no viera otra opción delante que mejorar, o al menos fingir mejorar, para volver a entrar. De modo que salí y, aún deprimida y sin tratamiento alguno, volví.

Como tantas otras decisiones en la vida, mi determinación de irme de monja no maduró lenta y consistentemente. Surgió de un forcejeo interno; lo pensé un día, y otro, y otro más. No me decidía; competía con muchos otros planes. Un día lo confíé a alguien. Mi bravata me cautivó, me gusté haciendo algo heroico, absolutamente insolente; creé expectativas que debía cumplir. Y las cumplí.

Una de las causas de mi decisión era puramente racional, evidente para mí misma, aunque no explícita en mi discurso. En la lógica católica en que me movía, la mejor manera de ser congruente

¹ Término acuñado por Janice G. Raymond (1986).

con mi fe era ser monja. Ésta era una causa lógica, contundente, irrefutable. Era martirial, naturalmente repugnante, pero, a la vez, clara, diáfana. Me la repetía a mí misma cada vez que flaqueaba; y me convencía. Me mantuvo en los momentos difíciles; necesitaba de la fe para tener sentido, pero, a su vez, vigorizaba mi fe, le daba tangibilidad.

La otra causa era embriagadora y gozosa, aunque dolía como sólo duele el amor. Yo estaba enamorada, lo cual era una causa irracional, cegadora, impulsiva, terca y resistente a cualquier esfuerzo racional para hacerme desistir. Estaba enamorada de una monja, de dos, de tres, de muchas monjas y de su estilo de vida; de lo que intuía e imaginaba: la renuncia, el desasimiento, el martirio y la cruz. Estaba horrorosamente enamorada. Y hubiera entrado arrojando lo que fuera necesario, por esta sola causa. Todo lo idealizaba, todo lo deseaba: estar con ellas, entre ellas, ser una de ellas. Y no creo que mi situación fuera muy diferente a la del resto de postulantes y novicias que entraron conmigo, o poco antes o después. Cada una interpretaba este enamoramiento de manera diferente; era el trasfondo de la experiencia casi mística que llamábamos vocación. Sin este ingrediente, creo que nadie hubiera superado siquiera las primeras semanas.

Públicamente, yo asumía una versión endulzada de la primera causa, la racional; pero en mi diario me explayaba en la segunda. Tanto la razón lúcida como el exaltado afecto apoyaron una decisión que sigo validando a treinta y cinco años de distancia: valió la pena. Así se vive. Así vivo yo. Los diez años que viví en el convento como resultado de esta decisión fueron una escuela intensiva de humanidad y, en particular, de afectividad humana.

En el convento hallé afectos de todo tipo, en todos los grados, saludables y sabrosos, enfermizos y angustiosos. Escribí y recibí notitas apasionadas, miradas intensas; amé y fui amada. También fui temida, humillada, despreciada. Como muy pocos seres fuera del convento —apuesto por esto— ejercité la solidaridad, la mística de

trabajo, y saboreé la soledad y los trastocamientos de prioridades: las reglas por encima de las personas; la obediencia y la humildad por encima de la caridad; el desasimiento y la negación por encima de la felicidad y la belleza. Sobre todas las cosas, en el convento amé; y me atrevo a creer que todas las que han vivido honesta y generosamente el convento, se han amado.

DE LA MONJA COMO MUJER ENTRE MUJERES

La monja católica es, por definición, miembro de un colectivo de mujeres; sus relaciones primarias son con mujeres, sus jefas y subalternas son mujeres. Por otra parte, nuestra cultura, nuestras familias y su historia adjudican a las mujeres un papel afectivo en la sociedad. Desde la cuna se nos impone el mandato de amar. Crecemos siendo premiadas al amar y rechazadas al volcarnos en nosotras mismas, o al eludir el papel de amadoras. Por ello, es explicable que el amor permee la estructura conventual en su conjunto.

Como, además, el convento es reducto acrisolado del modelo patriarcal, se espera y refuerza que la monja sea dechado de todos los rasgos impuestos a las mujeres: sacrificio, entrega al otro, amor incondicional y generoso, sin medida ni reciprocidad. Esto explica la especificidad e intensidad de las construcciones afectivas en el interior de los conventos. Y por ser este amor un fenómeno tan de mujeres por un lado, y tan dócil al modelo patriarcal, por el otro, resulta invisible para todos los estudiosos: tanto los de tendencia "ortodoxa" —básicamente misógina— como las feministas, como Marcela Lagarde, pasean sobre él su mirada sin percibirlo. El afecto en el convento ha sido básicamente inexplorado, ignorado y negado por el mundo seglar; y temido, descalificado, evadido, y hasta vilipendiado por quienes hablan de él desde dentro de la vida religiosa.

Ahora bien, el afecto entre mujeres —no sólo entre monjas— siempre ha recibido un trato marginal. “Históricamente,² las amistades entre mujeres se han considerado como un sustituto del amor erótico o como una preparación para él”; lo cual es comprensible, ya que la “historia” ha sido escrita por varones; las mujeres en general hemos escrito poco; y aún más poco hemos escrito acerca de nuestros afectos mutuos.

Los reglamentos y constituciones de las congregaciones religiosas de mujeres casi constituyen un género literario; son textos escritos directamente por varones, o supervisados y corregidos, aprobados y condicionados por varones. Seguramente no todos, pero sí varios que conozco, están clara y densamente poblados de prohibiciones y prevenciones hacia la amistad, hacia el afecto; parecen destilar miedo y hasta aversión al cariño, a las alianzas, a las solidaridades, a los silencios compartidos, a los vacíos sostenidos entre muchas soledades. Los fundadores, o los confesores y prelados de las fundadoras, saben que las mujeres tienden a quererse; y las reglas y constituciones previenen contra ello y proveen estrategias para evitar tal afecto. O, mejor dicho, imponen reglas para limitarlo, congelarlo, esterilizarlo; y si ello no fuera posible, para volverlo sospechoso, sucio, indeseable, intolerable.

La prédica en los conventos machaca que lo ideal es amar de manera universal, o sea, amar a todas las monjas de igual manera, sin mostrar preferencia por alguna. El corazón debe estar a raya para evitar que se incline por alguna o algunas más que por el resto. Se supone que amar así es posible y que debe combatirse el sentir y consentir de otra manera; se pide un amor personal, pero jamás particular; un amor que construya comunidades, pero sin cercanías; un amor con desasimiento, siendo que amar es apegarse, acercarse, importarse personal y comunitariamente. Este ideal resulta imposible; en cambio, el amor cotidiano, el que da calidez

² Elisabeth Porter (1999).

a la convivencia, más temprano que tarde resulta sospechoso; nunca falta una hermana de conciencia estrecha que denuncia, acusa, señala lo que ve e imagina. Las superiores, entonces, para romper los lazos de amistad, separan a las acusadas; transfieren al menos a una de ellas a otra casa y siembran culpas para prevenir reincidencias en un esfuerzo reiterado por eliminar rasgos y conductas muy humanas, muy de mujeres.

El cariño entre mujeres, en palabras de Porter, tiene como características principales: “la intimidad compartida, el apoyo mutuo y la responsividad preocupada ante determinadas relaciones especiales. La subjetividad femenina se estructura de manera que anima a las mujeres a dar un valor muy elevado a la amistad y facilita el aprendizaje de las destrezas necesarias para unas relaciones marcadas por la sensibilidad”.

Durante milenios, nuestras relaciones de mujeres se han caracterizado por su fortaleza, intensidad y trascendencia; nosotras hemos sido nuestras mejores amigas, tías, hermanas, madres, hijas, comadres, vecinas, compañeras estables, apoyos emocionales y económicos, sanadoras, parteras, maestras y también amantes. Sin embargo, lo significativo de nuestras relaciones suele pasar inadvertido, en tanto que se magnifican las dificultades reales en nuestras relaciones entre mujeres —suegras contra nueras, rivalidad entre hermanas, celos recíprocos de madre e hijas, odios entre cuñadas—, y nuestras historias de afecto no suelen protagonizar grandes novelas o películas, quizá porque, a diferencia de las historias de amistad entre varones, las nuestras no se construyen al calor de guerras ni de dramas políticos o macroeconómicos.³

Sin embargo, aunque se consideren intrascendentes los lazos que tendemos entre nosotras, y las poderosas redes que tejemos con esos lazos, no suele cuestionarse que las mujeres no sólo tenemos más amistades que los varones, sino que, además, nuestras

³ Cfr. Janice G. Raymond (1986).

relaciones son de mayor calidez y de diferente calidad que las amistades entre varones.

DE, AHORA SÍ, EL GINAFACTO DE JANICE RAYMOND

La filósofa Janice Raymond (1986) llama ginafecto a la peculiar emoción, atracción, apego y amor entre mujeres. El ginafecto no es sólo una relación amigable, sino un lazo elegido libremente que incluye reciprocidad, lealtad, afecto y apoyo efectivo; es amistad en muchas dimensiones.

Una pregunta que viene a la mente es si el ginafecto “es” lesbianismo, si lo prefigura, lo precede, lo incluye, es su complemento, consumación, sublimación u otra cosa. Raymond señala —y yo estoy totalmente de acuerdo— que hay que diferenciar ambos conceptos. Según la filósofa, ser lesbiana significa “extender lo que ha sido llamado una ‘preferencia sexual’... a un estado de existencia social y política”. Como en muchos otros ámbitos de la experiencia humana, es muchísimo más fácil vivir la diferencia entre ginafecto y lesbianismo, que describirla por escrito. La distinción forma parte de las vidas y relaciones de muchas de nosotras; las experiencias se tocan, se alimentan mutuamente, pero no se confunden.

En lo personal, prefiero pensar que ser lesbiana es una decisión, un compromiso, una postura política contracultural, una denuncia valiente, congruente. El ginafecto es requisito, pero no se identifica con el lesbianismo. Y, según mi percepción, la esencia de las relaciones entre monjas queda bien descrita por el ginafecto, en tanto que el lesbianismo —tal como Raymond señalaría— no existe en los conventos. En las comunidades sí hay atracción homosexual femenina, detalles y deslices. Pero no aparece regularmente el lesbianismo por las condiciones y cultura distintas. Me explico: en el convento hay afecto entre mujeres, puro y espiritual con

frecuencia, frío y estéril con aún mayor frecuencia, pero afecto al fin. La vida sería insoportable sin ese afecto, que no se limita a volver tolerables las rutinas y a sobrellevar el trabajo extenuante en jornadas de catorce, dieciséis, dieciocho horas diarias, que siempre pueden alargarse hasta el martirio. El ginafecto crea espacios de convivencia dulcísimos, apasionados, reconfortantes, energizantes. Y todo ello sin actitud revolucionaria y sin ánimo de transgredir ni un ápice lo establecido, lo acostumbrado, las solencias. Nos amábamos porque sí, naturalmente. ¿Había atracción física? Sí, en muchos casos y con notable frecuencia, pero si traspasaba los límites de la absoluta secrecía, era contenida, repelida, aborrecida, condenada, denostada, denunciada y demás. La “absoluta secrecía” se daba cuando las involucradas no se lo confesaban ni a ellas mismas; cuando a la ignorancia se sumaban la represión y las medidas preventivas estrictas: jamás estar solas dos hermanas, siempre en grupo de cuatro al menos; pasar el mayor tiempo posible con quien menos lo haríamos, y evitar a quienes nos son simpáticas. En fin, rechazar toda fuente de gozo y practicar ese desapego sistemático al que yo llamo “anorexia y bulimia afectiva”.

Por supuesto, en estas relaciones de absoluta ignorancia, las tensiones, la necesidad de cercanía y los celos se incuban por meses y estallan una tarde, en un paseo, a la mitad de una comida. Y tras la explosión manan la culpa, el odio, los reproches. Todo resulta intenso y magnificado por el silencio, la negación y la ignorancia. Pero tales crisis no son frecuentes; el ideal de masoquismo, de culto al sufrimiento, negación y ascetismo se nos instila tan temprano en nuestra formación, que casi gozamos negándonos unas a otras, distanciándonos, volviéndonos inaccesibles al menos por temporadas.

Las que hemos sobrevivido al convento —y entiendo por “sobrevivir” haber conservado o recuperado nuestra individualidad, nuestra razón de ser, nuestra energía—, lo hemos logrado en gran medida por el mismo ginafecto. Somos minoría las que nos asumimos

como lesbianas y no conozco personalmente ni una sola monja que se asuma como lesbiana mientras vive en el convento. Sin embargo, no es necesario rascar más allá de la superficie para que prácticamente todas reconozcamos el papel del afecto y de la atracción de una vida entre mujeres, al menos como determinante para el ingreso al convento.

No todas las estudiosas del afecto entre mujeres coinciden con Raymond; algunas afirman que las mujeres que aman a mujeres, que eligen cuidar y apoyar a mujeres y que crean un ambiente vital con mujeres para trabajar creativa e independientemente, son lesbianas. Juana Inés de la Cruz, según esta definición, junto con otros cientos de miles de monjas y no monjas, de todos los siglos, serían por ello lesbianas, incluso sin saberlo ellas mismas. Ante esto, Raymond reflexiona:

Por un lado mi sensibilidad lésbico-feminista quiere calificar la existencia de [estas] mujeres como lésbica, pero mis facultades éticas y filosóficas no están de acuerdo. Filosóficamente tengo la incisiva intuición de que llamarlas lesbianas es lógicamente incorrecto; y moralmente sé que tal afirmación trivializa la realidad de las mujeres lesbianas y es paternalista para quienes no lo son (p. 16) [Ser lesbiana] connota tanto el conocimiento como la voluntad de asumir una vida lésbica [...] Las mujeres que son lesbianas deben sumar a toda una historia de percibirse a sí mismas como tales, la decisión de asumir responsabilidad de sus actos lésbicos, eróticos y políticos.

Ser lesbiana, en el contexto de Raymond, es llevar el ginafecto a una dimensión pública, política y activista, una posibilidad que, en mi experiencia, está fuera del alcance del común de las monjas mexicanas. Salvo excepción, las monjas no existen como individuos asumidas, responsables, autónomas, o sea, adultas. Las niñas—dóciles o rejetas— no pueden ser lesbianas, porque asumirse con honestidad, coherencia, bravura, es la esencia misma de ser

lesbiana y esto requiere madurez, algo muy lejano de quienes han cerrado sus mentes y corazones a sí mismas. En general, la Iglesia católica desalienta la búsqueda de la propia verdad, en tanto que promueve la aceptación irreflexiva, irresponsable e incuestionable de la verdad, dictada por la jerarquía eclesial, a la que hay que calificar de abiertamente misógina, patriarcal a ultranza, e ignorante de lo que son las mujeres. Esto explica que, contra toda lógica, en los conventos se refugien las corrientes más intolerantes y lesbófobas, misóginas y antifeministas.

Finalmente, debo mencionar que la posición de la monja en la Iglesia católica no es envidiable. La vida en los conventos no es un lecho de rosas. Haría falta honestidad para reconocer que los conventos de mujeres han sido, son y seguramente serán un destino natural para mujeres generosas e idealistas que se hallan particularmente a gusto entre mujeres. Pero además de honestidad, para valorar, dignificar y comprender a las monjas se requeriría despatriarcalizar los conventos, humanizar y pluralizar el catolicismo, tornar las estructuras represivas en compasivas, y las excluyentes, en inclusivas. En otras palabras, se necesitarían demasiados milagros. Lo malo aquí es que, quienes creen en milagros no estarían de acuerdo en que estos, precisamente estos, sucedieran; y el resto, yo incluida, hace rato dejamos de creer y confiar en los milagros. ¡Ni modo!

ENTRADA AL NOVICIADO

I shall be telling this with a sigh Somewhere ages and ages hence: Two roads diverged in a wood, and I— I took the one less traveled by, And that has made all the difference.

ROBERT FROST (1874-1963)

Mi memoria es especialmente infiel en el tema de mi entrada al noviciado. Albergo al menos cuatro versiones diferentes, cuatro interpretaciones de las decisiones y los procesos, las circunstancias, los afectos y las inercias que me llevaron al noviciado recién cumplidos los dieciocho, al terminar el segundo año de ingeniería química. Lo peor es que no sé cuál de ellas tuvo lugar entonces; es más, no sé si la real, la "histórica", esté entre mis versiones. El noviciado es un eficaz lavado de cerebro; a este lavado se sumó una depresión clínica y un tumulto de emociones. La verdad de entonces no quedó siquiera en mis escritos de entonces; el montón desordenado de papelitos y hojas arrancadas de cuadernos tampoco son confiables ante los ojos de aquélla en quien me he convertido hoy.

Quisiera rescatar del tiempo mi complejísimo mundo interior de esa época, y no puedo. Esos meses están tan lejanos en el tiempo, en el tono emocional, en lo que creo y quiero, en lo que busco y espero, que ya no reconozco mi voz en mis propias memorias. Mis recuerdos borrosos, textos dispersos y reconstrucciones compartidas con ex monjas de esas épocas, me suenan bochornosamente ajenas, anticuadas, inanes. Aunque también albergo la sospecha de que lo bochornoso y distante sea consecuencia de que aún llevo en el corazón mucho de lo que hace años me empujó

a vestir los hábitos, y hoy no puedo poner la distancia suficiente para reconocerlo.

1969: DE MI RÁPIDO PASO
POR LA MILITANCIA UNIVERSITARIA

Tengo diecisiete. Vivo con intensidad las trepidaciones de certezas dolorosas, convicciones, temores y deseos nuevos. Ninguno de los sueños del resto de mis compañeras me parece atractivo, pero todo lo demás me entusiasma. Todos los futuros me atraen: investigar, escribir, explorar, actuar. Todo con pasión; todo con humor y todo con drama: agonías, poesía, sangre, muerte y vida.

Mi autodiagnóstico es genuino, pero increíble: estoy perdidamente enamorada; ¿de alguien? No, de la vida, del amor y de la justicia; de la esperanza, de un mundo nuevo que crearemos a fuerza de lucha. Y estoy enamorada junto a alguien más; no estoy enamorada de alguien; no de Armendáriz, pero las dos amamos lo mismo; una misma energía nos empuja. Y alguna que otra vez creo que quiero ser monja como ella, casi por pura coincidencia.

Hace un año, al terminar la prepa, entré a la universidad. No perdí tiempo en decidir la carrera. En realidad no me imaginaba ejerciendo una profesión en particular. Elegí un plan de estudios interesante y difícil. Pienso poco futuros posibles: no desperdicio tiempo en planes para mi vida adulta; cada día se basta a sí mismo; no hay sitio para futuros cuando el presente es tan intenso.

Pilar y Marisa dijeron en sus casas que creían tener vocación, nomás para crear pánico, suavizar a sus papás y sacarles permisos, e incluso viajes. El pánico lo lograron, pero, como dice mi abuela, se les volteó el chirrión por el palito, porque a Marisa le importaron un marido de España, su papá lo habilitó como jefe en la fábrica de sus suegros —los abuelos de Marisa, que hicieron exactamente lo mismo hace un montón de años, y que tienen al

papá de Marisa de yerno con sueldo— y los casaron. La pobre soñaba con ir a estudiar a Irlanda o, de perdida, a Madrid; y acabó casada con un chavo hermoso, pero tonto y sin estudios. A Pilar le fue mejor; tiene todos los permisos que quiere y una angustiada mamá, atenta y consentidora, pero tampoco consiguió viajar.

Yo, la verdad, lo he pensado una o dos veces. ¿Y si me fuera de monja? Pero al minuto siguiente se me ocurre algo más inmediato; y arrumbo el futuro en el olvido.

Lo mejor de la uni son las ideas: el 68 se pasea aún por los pasillos; el activismo, la rebeldía, el inconformismo. Tenemos himno: "Patria, patria: en el cielo tu eterno destino un rebelde en cada hijo te dio; un revolucionario en cada universitario te dio". Y tenemos corridos: "Granaderos asesinos, ojalá os lleve el diablo".

Hay urgencia por definirse: ¿trotskista o maoísta?, me preguntan los de tercero. ¿No puedo ser simplemente adoradora del Che? También amo a Frida: ¿eso no cuenta? Me inclino por el trotskismo, nomás porque Frida lo amó también. Nos organizamos, asambleas, pintas, manifestaciones. Por su lado, los de derecha se organizan; los anticomunistas, los católicos, los del FUA (Frente Universitario Anticomunista). Un día intentaron voltearme para su lado; se llevaron un buen susto. ¿A qué cerdo capitalista se le ocurre insultar así a una proletaria militante?

1970: DE LOS PÁLIDOS HECHOS QUE PRECEDIERON MI ENTRADA AL CONVENTO

Estoy terminando mi segundo año en la universidad y me está yendo muy bien. Doy unas clasecitas que me dan oportunidad de sentirme fuerte, proveedora; le doy dinero a mi mamá y ella lo gasta en golosinas para todos. Es poquito, pero lo gasta con enorme gusto.

Escribo y dirijo dos obras de teatro experimental. Los domingos salgo en la tele. Es un programa local de varias horas, dirigido por

don Enrique, pionero y líder regional en comunicación y periodismo. En el programa, mi papá y yo nos encargamos de la sección de ciencia. Mi papá elige y documenta los temas; luego, ante las cámaras, leemos notas e improvisamos comentarios, discusiones. Es divertido, sobre todo por la mezcla de bohemia, experiencia e idealismo del resto del elenco. Ahí confirmo mi sospecha: me resulta mucho más fácil e interesante tener amigos diez, veinte o treinta años mayores que yo, que relacionarme con gente joven. De mi edad tengo y he tenido compañeros, pero ni amigas ni amigos.

Durante cuatro meses ando con un chavo que lo único que quiere es sobarse conmigo; me da flojera, pero no se me ocurre cómo cortar sin lastimarlo. Como de milagro, un día le ofrecen un puesto en la frontera. Años después me enteraré de que se convirtió en poderosísimo capo del narco. Ahora nomás nos despedimos y no volvemos a vernos ni a saber del otro. Luego anda tras de mí un vecino muy tierno, pero demasiado serio. Su concepto de “salir juntos” consiste en caminar unos cuantos metros y comer; caminar otros metros y comer de nuevo; y así las tardes enteras: molote de tinga, paleta helada de galleta o flan, coctel de camarones. Siempre en el mismo orden porque así están dispuestos los changarros de comida en tres manzanas a la redonda. Los molotes siempre primero, porque los venden en el portón del edificio donde él vive; y los cocteles al último, porque los venden a la derecha del portón y siempre salíamos hacia la izquierda. A él le pido muy amablemente que dejemos de salir; no quiero mentir, tengo demasiado quehacer y no me gusta perder el tiempo ni comer camarones con limón encima del flan. Esto último lo pienso, pero al final ni se lo digo.

Por esos días, al iniciar mi segundo año en la uni, vivo una experiencia repugnante. Todavía no amanece; voy caminando a clase de siete de la mañana. De pronto pierdo piso: ¿me jaló?, ¿me golpeó? No lo recuerdo; un minuto después estoy tirada en el suelo, dentro del zaguán de la vieja casa gris. Un hombre mugroso me

apachurra; no le veo la cara, pesa encima de mí. Días después mis piernas siguen sintiendo sus dedotes tratando de abrirlas, mientras con la otra mano jalaba mis calzones sin poder romperlos. Sigo sintiendo sus pelos y sus uñas en mis muslos y huelo su respiración. Mi piel no olvida. En ese momento yo huelo, huelo, pero no veo ni puedo hacer nada; no puedo gritar, moverme, pelear. No estoy desmayada, pero como si lo estuviera: incapaz hasta de pensar. Alguien empuja el zaguán, el hombre peludo se asusta, pega un brinco y sale corriendo. Nadie entra; ¿para qué se empuja un zaguán si no se quiere entrar? Me sacudo; limpio con un klínex mis zapatos blanco y negro, casi nuevos, y corro para llegar a tiempo a clase. Tengo clase tras clase hasta las dos de la tarde. Voy a comer. No digo nada en casa; ¿para qué? Ni se me ocurre decirlo.

Tres días después se lo cuento a una compañera de la uni; dos días más tarde, a Armendáriz: “No pasó nada; no te preocupes”. No estoy preocupada; sólo me molesta no poder olvidar, seguir con su olor —alcohol, sudor, sexo, mugre— en la nariz, con sus uñas en mi ingle, con sus dedotes forzando mis muslos. Me gustaría olvidarlo, pero mi piel y mis mucosas no saben soltar sus sensaciones; ¿olvidarán algún día?

Lo cierto es que, excepto por la memoria de mi piel, la experiencia no es trascendente. Estoy decidiendo. Todo el día lo paso sopesando pros y contras de una opción, de la otra, de la otra. Podría hoy mismo conseguir la licencia de locutora y empezar a trabajar en serio con los micrófonos; o podría irme de monja, o unirme a algún grupo revolucionario, o salir del país. El corazón me jala hacia cualquier lado, pero la razón dice que el convento es mejor. Mi devoción por las monjas en general y por una de ellas en particular se alía con la vocación martirial que he ido construyendo desde hace años.

Me he puesto una fecha límite para decidir; ese día presentaré mi decisión irrevocable a mis papás y, una vez que la diga, ya no habrá marcha atrás.

Demasiado pronto este plazo se vence; la licencia de locutora me tienta, pero ya le dije a Armendáriz que me había decidido por el convento. Ella entendería si al fin decido ser locutora, pero la veo tan ilusionada, que no sé si sería capaz de decepcionarla. Lo martirial inclina la balanza hacia el convento; la lógica de salvación y fe la inclinan de la misma forma, pero la adrenalina de los micrófonos no se diluye lo suficiente para terminar con mi agonía. Así, aunque esta noche hablaré con mis papás, no sé definitivamente lo que diré. Llego al último minuto sin decidir; abriré la boca y me sorprenderé con lo que salga de ella.

Acabando de cenar les digo que tengo algo importante para ellos. Mis hermanos se levantan, como temiendo que la tormenta les salpique. Les pido que se queden: "He decidido entrar con las monjas del colegio". Mi mamá salta: "¡Pero tú eres comunista!, ¿o no?" Yo pelo los ojos. Es cierto, pero ni modo. Es difícil explicar que nada ha cambiado. Entonces empieza a llorar; llora y llora, pero no dice que no; mi papá dice menos aún. Hablamos poco porque no quiero que descubran la violencia que me estoy haciendo, mis muchas dudas, mi determinación sin entusiasmo y con miedo. Me asusta mi propia fortaleza; no lloro este día ni ninguno otro. Mi presencia de ánimo en los días y meses siguientes despertará la admiración de muchos. Es una especie de shock que especialmente las monjas interpretan como una entereza milagrosa que certifica la legitimidad de mi vocación.

Al hablar con la familia, mi decisión se torna pública y, por lo tanto, irrevocable. Mi destino, atado a las palabras poderosas, se ha anclado a un futuro insólito, ¿pero previsible?

Dedico, íntegramente, los escasos tres meses que faltan para mi entrada, a despedirme y preparar lo necesario para mi ingreso. Dada la situación financiera de mi familia, solicito y obtengo la dispensa de dote, pero no hay manera de que me dispensen de surtir la larguísima lista De lo que necesita una pretendiente:

- 1 maleta y un maletín
- 4 faldas de color
- 6 blusas de color
- 8 blusas blancas de dacrón, manga larga, camiseras
- 2 suéteres negros; 1 de ellos, grueso
- 1 velo negro
- 1 bata de manga larga, para levantarse
- 3 fajas
- 6 camisones
- 12 brassieres
- 9 medios fondos blancos
- 9 medios fondos negros
- 18 camisetas manga corta
- 18 pañuelos blancos
- 18 pantaletas
- 12 pares de medias de color, ajustables
- 6 toallas blancas
- 1 toalla de baño
- 2 cobertores
- 1 colchón individual
- 6 juegos de sábanas y fundas
- 1 cubrecama blanco sin flecos
- 1 juego de cubiertos
- 6 servilletas blancas
- 4 pares de zapatos negros, que sean resistentes
- 1 par de zapatos tenis
- 1 costurero sencillo y bien surtido
- 12 metros de tela según modelo
- Tubos de pasta dental, jabones, jabonera, peine, grasa de zapatos, etcétera
- Documentos conciliares
- Biblia
- Misal

Libro de meditaciones

Crucifijo negro pequeño, con cruz de madera

Un rosario negro sencillo

6 libretas gruesas para apuntes de clases

2 libretas pequeñas, plumas, lápices, gomas, etcétera.

No tengo ahorrado suficiente. Y mi familia no lo puede costear. Ahora me toca idear algo eficaz. ¿Estoy dentro de un sueño del que despertaré en cualquier momento?

Campamento de sombras gitanas y dolores felinos. Ellas viajan, ellos se enroscan. Ellas vuelan y ellos anidan. Despedidas que saben a muerte; ropa que cae como mortaja.

Debo dejar las sábanas color de rosa que mi mamá bordó con mis iniciales, porque sólo se permite en el noviciado el blanco muerte y el negro sepultura.

1971: DE MI CEGADORA

EXPERIENCIA DE ENTRAR AL CONVENTO

Yedras, helechos, piñanonas, espárrago, hoja elegante. ¿Y las flores? ¡Sólo está el follaje! ¿Las traerá alguien más tarde? Ya va a empezar la misa. Las flores son caras, en cambio las hojas nomás las cortamos de las jardineras, de los pasillos. Se respira humedad de follaje; aire espeso de rocío. Hace un año entraron Araceli y Carmela; Ana, hace dos. Las tres fueron vocaciones de la madre Sebastiana. Yo soy la primera vocación de la madre Francisca Armendáriz. Armendáriz fue vocación de la madre Josefa; y Josefa fue vocación de la mismísima primera general, una de las fundadoras; por eso Armendáriz dice que soy bisnieta de generala. ¿Dónde quedó mi risa? Se me entiesó la cara y se me secó el corazón: ni río ni lloro. El aire espeso de follaje mojado se condensa en mis manos, en mis ojeras.

La misa empezó; el sermón se acaba. Este tiempo no es el de siempre: es untuoso; y el aire, espeso. La misa se acaba; abrazos. Me despido. Lloro mi mamá, mi tía llora; lloran mis hermanitas. Yo respiro con trabajo.

¿Ya se fueron? No vi cuándo ni por dónde. Sólo sé bien que salieron. Estoy sola en el pasillo de piedra con sus siete puertas, pero ninguna verdadera; y con treinta ventanas, pero ninguna se abate. El follaje medra en el encierro: helechos, musgos resbalosos. Y yedras; verde intenso, verde amarillento, blanco. El aire debía aquí estar más mojado, pero mi nariz lo prueba y ya no es mojado; ya no está cargado de rocío denso. El aire tiene humus, tierra negra recién podrida, suspendida de techo a piso; y humo persistente. Sin la transparencia del rocío, apenas adivino lo que tengo delante; abro los ojos y el humus me los escuece; lloraré pronto, sin control y sin medida. Pero no ahora.

Hace años desperté asustada por una pesadilla más realista que ninguna escena de vigilia: mi papá, con su propia cabeza bajo el brazo, me ofrecía una taza de café. Ahora recuerdo que él estaba en este mismo pasillo que yo no había pisado hasta hoy. Lo conocí en una pesadilla y hoy lo reconocí solamente.

La bruma se homogeniza; ver sólo sombras me agita, me duele dos, tres minutos, cuatro horas. Al fin me acostumbro. Ya no recuerdo lo que es ver diáfananamente.

Suena la campana; alguien viene a buscarme. Es hora de cenar. En mi primera comida en el convento sirven elote en mazorca, huevo tibio, tacos duros y naranjas. Entre la bruma que ya me arropa densa y estable, hago lo que todas: como con cubiertos. Resbala el cuchillo; choca con el plato. La naranja suelta su jugo mucho antes de llegar a mi boca; los tacos, los granitos de elote, casi no los probé. Al fin que no quería.

La noche se escurre por todos lados y el aire, entonces, además de denso y opaco, se vuelve oscuro. Alguien me acompaña a un cuarto de visitas; no puedo entrar aún a la clausura. Agito la

cabeza para tratar de encontrar burbujas de transparencia, pero no las hay. Me pongo el camisón, me voy metiendo despacito a la cama. No quepo bien, me topo con algo o alguien. La cama está ocupada. Abro mucho los ojos, pero no distingo. Me acerco con susto y la veo. Es Armendáriz: quieta, quieta, quieta, metida en mi cama.

No duermo; siempre con los ojos abiertos, trato de ver sin éxito. La luz del día se cuele entre las persianas y va absorbiendo la oscuridad del aire, pero no le quita el humo denso ni el humus suspendido. El sol de mediodía tampoco se lo quita, ni el calor ni la velocidad del camino ni la distancia ni el tiempo. Espeso se queda por mucho tiempo. El día siguiente a la ceremonia de entrada, cuando me llevan al noviciado, a varias horas de distancia, el aire sigue espeso; y los días siguientes, cuando me acostumbro al frío de la montaña, al olor a magnolia y pino, el aire también sigue espeso. Y así sigue por semanas, y luego meses, y años después. Hasta que de veras olvido lo que es mirar sin nada de por medio; con nada entre mí y lo que veo, sin esta bruma, lodo volátil, espuma de mugre.

Aire denso, silencio espeso, tiempo reptante y perezoso. Es el noviciado helado, escuela de despojo y desapego, de austeridad extrema, sabañones en las manos, tos terca y, sobre todo, frío que se apodera un día de mis pies, por ejemplo, y por semanas no los suelta, hasta que ya no los siento. Siento que duelen, pero no siento que son ni ellos sienten sino dolor.

Pienso, rezo, leo, escribo, escribo, escribo. Todo lo quemaré algún día; sólo quedará una notita que escribí a Armendáriz semanas después de haber entrado y que nunca envié; no sé porqué:

Madre: todo marchando creo que bien.

Aquí estoy despierta, con una lucha pequeñita, apenas suficiente para recordarme mi pequeñez, mi condición de niña y obligarme a correr a los brazos de la noche.

La tengo cerquita del Sagrario, cosida a mi piel y a mi futuro que no veo ni entre brumas. No se olvide enviarme, "vía estrellas", su bendición y un beso en la frente.

Hace frío, mucho frío. Frío.

ENSAYO: IGNORANCIAS ERUDITAS

En la tradición católica hace siglos se inventó y se practica la Vida consagrada, que consiste en dedicar la totalidad de la existencia — tiempo, energía, pasión, sueños y demás— al servicio de la fe, de su promoción directa o indirecta y de su práctica radical. Eso es ser monja en teoría, pero es mucho más difícil decir qué, cuáles, cómo y cuántas son las monjas de carne y hueso.

DE LO POQUITO QUE SABEMOS DE LAS MONJAS

Al empezar el siglo XXI hay en México alrededor de setenta y cinco millones de católicos. Según datos oficiales mexicanos y cálculos del gobierno estadounidense (como aparece en un Informe del Departamento de Estado), en México hay alrededor de catorce mil sacerdotes y, aunque no hay censo confiable de las monjas, por datos indirectos he estimado que hay más de cien mil mujeres consagradas adscritas a alguno de los cerca de mil institutos religiosos que operan en México. Parece obvio que las monjas —en contraste con los varones consagrados— desempeñan un papel muy marginal y ejercen tan poco poder en la Iglesia católica, que poco importa censarlas; textualmente, no cuentan para nada.

Por otro lado, aunque los números fueran transparentes, muy poco sabríamos de ellas; seguiría siendo un misterio lo que piensan y buscan, en qué sueñan y cuáles son sus pesadillas. No sabemos cómo sobreviven en un ambiente ideológicamente hostil, cómo

preservan sus estructuras medievales y sus creencias, cómo se apoyan, cómo aman, cómo viven las relaciones interpersonales, el poder, la sexualidad, el misticismo, la amistad, la economía, la soledad y la muerte. Nada, o casi nada sabemos de las mujeres de carne y hueso de los conventos contemporáneos; no sabemos por qué siguen entrando, ni por qué salen las que salen. Nuestra ignorancia confirma lo poquito que sí sabemos: que viven, de hecho, en sociedades secretas, con estructuras radicalmente patriarcales que, a pesar de haberse flexibilizado, cada día se alejan más del México y de los mexicanos que las rodean.

Es del dominio público que, como grupo, las monjas se están haciendo viejas. Si he de creer lo que ven mis ojos, en los últimos veinticinco años son muchas, muchas más las que salieron de los conventos que las que ingresaron. Y siguen saliendo.

Los textos sobre monjas casi constituyen un género literario, escaso en cantidad y desigual en calidad. Buena parte son textos prescriptivos; basta buscar en la red los temas “monjas católicas”, “religiosas”, “vida consagrada”, para constatar que desde el papa hasta los curas, pasando por los fundadores y los catecismos, los documentos conciliares y las propias monjas, son prolijos al decir lo que las monjas son —esto es, lo que deben ser—, los extremos a que deben llegar su negación y su entrega, y las recompensas que les esperan en la otra vida. También hay textos reguladores y castrantes que describen con hartos tapujos y remilgos lo que no deben hacer, pensar ni sentir las monjas.

También hay textos que se producen y consumen sólo en círculos académicos; en México hay varias tesis de posgrado que describen a monjas de la Nueva España, en que la vida conventual aparece como un hecho histórico, acabado. Bajo el escrutinio externo, las realidades son fantasmas y las monjas son objeto, y no sujetos de la literatura.

Hay, finalmente, unos pocos textos con mejor distribución, y aunque no suelen describir a las monjas de hoy, sirven para atisbar

en la realidad conventual que, en muchos rasgos, permanece la misma a través de los siglos. Tal es el caso de *Los demonios en el convento: sexo y religión en la Nueva España*, de Fernando Benítez, que es una sabrosa ensalada con sazón periodística. Por su parte, *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*, de Marcela Lagarde, merece mención aparte,¹ pues presenta una visión feminista, inteligente e ilustrada de la vida religiosa, pero no pretende acercarnos a las monjas de carne y hueso.

La más popular de las obras sobre monjas es *Las trampas de la fe*, de Octavio Paz, que mezcla erudición literaria con ignorancia biográfica. El problema de tal mezcla es que el lector común, acostumbrado a venerar a los consagrados, termina por claudicar de su propia inteligencia y acepta todo el libro como verdadero; el lector se traga juntas las clases magistrales de literatura con una colección de prejuicios envueltos en la más sinvergüenza de las ignorancias. Octavio Paz exhibe desconocimiento y escasa imaginación acerca de la psicología y las relaciones de mujeres; además, son evidentes su desinterés por la vida religiosa, sus prejuicios, su abierta misoginia y su lesbofobia. Y nada de esto le importa.

Lo que me resulta asombroso, a pesar de que me duele tanto prejuicio, es que aprecio muchísimo el libro, pues tiene varios méritos. *Las trampas de la fe* me urgió a leer otras obras, evidenció mis ignorancias, me forzó a documentarme, a armarme de datos, hechos y dichos para dialogar con el texto.

Sin embargo, es innegable que este libro expone de manera exquisita y depurada muchos de los prejuicios y mitos sobre las monjas. Al tratar de explicar, por ejemplo, la decisión de Juana Inés de unirse a las jerónimas, se pregunta Paz: "¿Por qué escogió, siendo joven y bonita, la vida monjil?" Prejuicio e insulto. Conozco cientos de monjas y ex monjas, y puedo atestiguar que entre ellas

¹ Más adelante dedico un ensayo a presentar y glosar la obra de Marcela Lagarde.

hay muchas bonitas, según los más ortodoxos estándares vigentes. Ello es perfectamente explicable: por un lado, la “perfección” física es requisito expreso o tácito para el ingreso en muchas congregaciones; y, por otro, no conozco un solo caso de alguien que decidiera ser monja por juzgarse fea. Monjas bellas, bellísimas, las hay a montones, pese a no recurrir a afeites, adornos, disimulos de imperfecciones y, en ocasiones, ni siquiera a ropa adecuada a su talla, figura y estilo. Hay monjas bonitas pese a sus pésimos cortes de pelo, a sus manos poco cuidadas, y a su aparente esfuerzo por verse feas; esfuerzo que Almudena Grandes describe con un sentimiento peculiar: “Monjas [...] las manos ásperas, descuidadas, para sugerir la dureza de un trabajo ficticio, una complacencia morbosa en una fealdad cultivada con más mimo que el maquillaje de una adolescente, y esa impaciencia histérica, en sentido literal, que surge de la aberrante tortura que la castidad impone a las hormonas”²

Según Paz, es también sorprendente que alguien tan joven ingrese al convento. Y me basta recorrer con la memoria a las legiones de adolescentes y jóvenes que vi entrar al noviciado; jóvenes con millones de posibilidades por delante, sanas, vitales, generosas, ambiciosas e inteligentes. Pero Paz casi plantea, con la seguridad que da la ignorancia y el prejuicio, que las mujeres que se meten de monjas son las feas, las quedadas, las viejas sin futuro. Esto no es cierto, y lo que Paz se pregunta de Juana se debería preguntar de prácticamente todas las monjas: ¿por qué las jóvenes bellas, Juana incluida, escogen la vida monjil? A lo que sólo se me ocurre responder: ¿y por qué no?

El androcentrismo centenario lleva a afirmar que una joven “prometedora” debe sentirse naturalmente inclinada a aprovechar su juventud y belleza para conseguir un buen partido. Pero la rea-

² Almudena Grandes, “Las cuentas de Valentina”, *El País Semanal*, domingo 11 de diciembre de 2005, p. 100.

lidad desmiente el mito. Los conventos tienen un buen porcentaje de mujeres bellas y, además, inteligentes. Es más, quizá tendría más sentido preguntarse: ¿por qué las jóvenes inteligentes —Juana incluida— escogerían un matrimonio convencional que —entonces como ahora— suele dejar tan poco espacio para la inteligencia? Olvidamos que ser inteligente tiene preeminencia en la apreciación de uno mismo. El inteligente bello apostará por su belleza sólo si su belleza es excepcional; si no, lo hará por su inteligencia. Incluso estimo que los muy inteligentes, Paz y sor Juana incluidos, se sentirían humillados si se les identificara por sus cualidades físicas.

El mito de la mujer-objeto está presente. ¿Se atrevería algún biógrafo o admirador a preguntar: ¿por qué un joven gallardo y de cuna privilegiada, como Octavio Paz, en vez de buscar un buen partido entre las jóvenes de su época, se dedicó a la poesía? Suena ridículo; Paz se hubiera sentido insultado, y con razón; aunque sospecho que nunca admitiría haber insultado a Juana Inés de modo muy similar.

DE LA VOCACIÓN SEGÚN LAS TRAMPAS Y SEGÚN YO

En las mismas Trampas, Octavio Paz tropieza en otros lugares comunes cuando escribe: “Todos los que se han acercado a la figura de sor Juana se han hecho la misma pregunta: ¿por qué, cuando nada en su vida era indicio de una vocación religiosa y la rodeaba la admiración general, abandona la corte y se encierra en un convento?” (p. 142). Lo cual no le parece incompatible con que “la mayoría de los críticos católicos piensan que Juana Inés escogió la vida religiosa por auténtica vocación, es decir, porque escuchó el llamado de Dios”, pese a que en esos tiempos “los conventos estaban llenos de mujeres que habían tomado el hábito no por seguir un llamado divino, sino por consideraciones y necesidad mundanas” (p. 149).

Las aparentes contradicciones de Paz no sólo revelan confusión, sino un mito elevado a categoría de dogma, según el cual existe una misteriosa “vocación” o “llamada”; un hecho sobrenatural que interviene en edades generalmente tempranas y convierte a niñas y adolescentes normales, llenas de planes para triunfar como empresarias, madres, conquistadoras o vaqueras, en mansos remedos de las imágenes que atestan nuestros templos: miradas entornadas, palidez cérea, manos juntas, rodillas al suelo y una expresión de sufrimiento inefable, ignorancia y pasividad. Esta vocación es evidente para todos, dice el mito. Las mujeres con vocación se caracterizan por precoces beaterías y falta de interés en la vida misma.

Pero no es así. En mi experiencia, poquísimas monjas “escuchan” la tan mentada vocación a la manera de las heroínas de las Vidas ejemplares. Conocí a dos niñas que desde los siete años pasaban todos los recreos de la escuela —escuela de monjas, naturalmente— arrodilladas en la capilla; que ayunaban los viernes y metían corcholatas en sus calcetines para sufrir por los pecadores o para expiar por sus propias y pueriles culpas. Y las dos entraron de monjas y ahí siguen. Pero sólo conocí a dos de éstas. Los otros cientos de monjas que conozco no se apegaron a este modelo. Abundan las que fueron chiquillas latosas. Y no faltan las lideresas que abandonaron no una corte como Juana, pero sí una posición desahogada, o una carrera profesional prometedor, un círculo de amigas y admiradores, una propuesta matrimonial tentadora o una promoción en su centro de trabajo.

Hace falta un estudio serio, amplio y desinhibido acerca de la “vocación”. Los resultados quizá corroboren mi hipótesis —nacida de la observación, la deducción, el análisis y algunas confesiones personales— de que la vocación y el ingreso a la vida religiosa son decisiones suicidas compuestas de irresistible atracción y terrible repulsa; algo de antinatural, algo de excelso y muchísimo de irrevocable. Aún hoy, cuando altos porcentajes de las mujeres que pronunciaron sus votos en los años sesenta, en los setenta y en

los ochenta, han vuelto a la vida seglar, las jóvenes que ingresan sienten que su decisión es definitiva, y los ritos que celebran este ingreso no cesan de remacharlo una y otra vez.

Para analizar la vocación religiosa me gusta distinguir en ella dos componentes: la “idea” o decisión de ser monja y los factores que contribuyen a mantener viva y operante tal decisión hasta ingresar al convento y pasar por los ritos de iniciación. Distingo estos elementos porque, aunque forman parte del mismo fenómeno, tienen tiempos y explicaciones diferentes, según he escuchado una y otra vez en boca de monjas y ex monjas.

Entre los factores que contribuyen a que nuestra “decisión” de ser monja vaya más allá de una “ocurrencia”, hay quien menciona la repulsa que sentía por las perspectivas familiares, sociales y personales del momento. En el otro extremo, hay quien reconoce que la animaron a dar el paso definitivo las oportunidades que creía tener para estudiar o para librarse del yugo paterno. Hay quien reconoce el deseo de estar cerca de las monjas a las que amaba y el entusiasmo de vestir un hábito preñado de promesas de heroísmo. Se menciona también la atracción de lo secreto que las monjas encarnan en forma eximia, la rebeldía contra los antivalores vigentes y cierto masoquismo o deseo de “probarnos” a nosotras mismas. Finalmente, hay quien confiesa que, una vez que hizo pública su decisión, se mantuvo en ella por temor de que su madre muriera de pena —o de ira— al saber que su hija “traicionaba la vocación”.

Aunque no creo que lo supiéramos en los días en que “sentimos” o decidimos la vocación, el tiempo nos hace caer en la cuenta de que también desempeñó cierto papel la culpa, tan socorrida por la tradición católica. La culpa toma mil formas: sentirnos responsables de que el Cristo sufriera tanto, culpa por los hermanos que pasan hambre, por los que no conocen la verdad, o por la intensidad de nuestros deseos, inclinaciones e instintos. El propio Paz parece referirse a ello al comentar que “la mayoría de los críticos

católicos consideran la decisión de Juana Inés de tomar el velo como la expresión de un conflicto psíquico de índole espiritual, que se resolvió en una auténtica renuncia al mundo” (p. 151).

El otro elemento de la vocación es la “idea” misma de ser monja que, a diferencia de los factores que la hacen operativa, generalmente se expresa en palabras y con mayor o menor claridad desde el principio. Entre los testimonios de mis amigas y conocidas, monjas y ex monjas, encontré que estas “ideas” van desde el frío raciocinio de quien consideró que valía la pena sacrificar una vida “temporal” para ganar la vida “eterna”, hasta el heroísmo martirial y el altruismo tan propios de la juventud, pasando por radicalismos rayanos en fanatismos también muy juveniles. Hay decisiones simplemente nacidas del amor. Amor a un Jesús que aparece más real y atractivo que cualquier mujer u hombre de carne y hueso; y también amor a una causa. Finalmente, hay quien en análisis sincero reconoce que no existió un motivo para entrar al convento; que no hubo una decisión clara y madura, sino una cadena de circunstancias y hechos, de decisiones propias y ajenas, que tuvieron como desenlace el ingreso al noviciado.

En suma, la vocación es una extraña mezcla de sentimientos y decisiones evidentes para la joven que decide ser monja, y otra serie de sentimientos y factores que no siempre están a nuestro alcance y que creemos descubrir años después de haber ingresado. Sin embargo, investigar estos factores y sentimientos no es sencillo, porque el paso del tiempo en la vida religiosa no clarifica el pasado. El tiempo, más bien, deforma el pasado debido a que en los primeros años en la vida religiosa se instrumenta un “lavado de cerebro” o conversión; además, las experiencias negativas de quienes dejamos la vida religiosa —y las lealtades, compromisos y limitados horizontes de quienes permanecen dentro— añaden un segundo filtro distorsionador del pasado. Así, lo que hoy creemos reconstruir es, en buena parte, creación pura; aunque por otra parte es nuestro único acceso al pasado.

DE SI, COMO SUGIEREN LAS TRAMPAS,
LAS MONJAS ABORRECEN A LOS HOMBRES

Sin querer ahondar más en la misoginia, y más precisamente en la lesbofobia de Paz, no puede soslayarse que entre las docenas de fuentes citadas en *Las trampas*, no haya una sola mujer que conozca la vida de los conventos y pueda hablar de primera mano sobre vida religiosa, afectividad femenina y relaciones entre mujeres. También es claro que a Octavio Paz le repugna que su heroína difiera de la imagen que los varones se han formado de la mujer, como esencialmente para el varón.

Tratar de conciliar este mito patriarcal de la mujer como esencialmente para el varón con la claridad de los textos de Juana Inés es una tarea que ni el coloso Paz pudo realizar. Juana es, y así se declara, mujer para sí, mujer para otras mujeres y mujer para Dios. De modo que cuando Paz intenta colocar al varón en este discurso, lo menos que crea son confusiones. Por ejemplo, Paz opina que “pensar que ella sentía una clara aversión a los hombres y una igualmente clara afición a las mujeres es descabellado [...] No: la frase indica, como he dicho varias veces, poca o ninguna aptitud para la vida doméstica” (p. 158).

Pero también admite que “si sería excesivo hablar de homosexualidad, no lo es advertir que ella misma no ocultaba la ambigüedad de sus sentimientos” (p. 145) y que “en esos años de extrema juventud no es fácil que ella tuviese conciencia de sus verdaderas inclinaciones” (p. 158).

Ahora bien, ¿qué puede decirse, en este terreno, sobre las monjas de hoy? Opino que lo mismo que sobre sor Juana: muy pocas certezas y muchos más quizás. Ni entonces ni ahora se promueve la reflexión sobre nuestras verdaderas inclinaciones. Y no sólo me refiero a inclinaciones sexuales, sino intelectuales, religiosas, políticas, estéticas y de estilo de vida. Estas reflexiones, desalentadas en la vida cotidiana y en los años de adolescencia, son totalmente proscritas y penalizadas en la vida religiosa.

La monja que se pregunta: “¿Soy lesbiana? ¿Me inclino por el ateísmo? ¿Me interesa profundizar en el papel de las estructuras católicas en la discriminación y violencia contra la mujer?”, ya ha dado el primer gran paso hacia la muerte social, la exclusión, la culpabilidad, la sospecha de traición, y una docena de penas más que operan efectivamente en las comunidades de monjas.

De Juana se pregunta Paz: “¿Cuál fue la verdadera índole de sus inclinaciones afectivas y eróticas?” (p. 13), y yo me pregunto: ¿cuál es la verdadera índole de las inclinaciones afectivas y eróticas de las monjas de hoy? Faltan la socióloga y la psicóloga, pero sobre todo las monjas mismas, que se adentren en las relaciones de una comunidad y desentrañen las realidades, sublimadas o reprimidas, pero presentes, de las afinidades, orientaciones sexuales y motivaciones de quienes optan por la vida religiosa y permanecen en ella por periodos significativos de sus vidas.

Paz parece evitar la hipótesis de que el lesbianismo o la ginafectividad de Juana fuera, si no la causa principal, sí un factor determinante de su vocación; por ello afirma, en el más puro barroquismo, que la “ambigüedad en su relación con algunas amigas [...] no [es] sinónimo de lesbianismo, sino de sentimientos más complejos” (146), como si el lesbianismo no fuera de una complejidad enorme. Y, más adelante, en lo que parece un ejemplo de virilidad herida, Paz se consuela pensando que: “la indudable atracción que sintió hacia algunas mujeres pudo haber sido una sublimación de una imposible pasión por un hombre, que su estado de monja le prohibía” (p. 146).

La naturaleza lésbica, o quizá con más precisión, la naturaleza ginafectiva de Juana, explica con diáfana simplicidad los travestismos de que habla Octavio Paz. Juana Inés, como muchas mujeres de hoy con similares inclinaciones, al no tener modelo alguno de mujeres que amen a mujeres, adoptó apariencias, ambiciones y conductas masculinas. Y empujada, al menos parcialmente, por el mismo ginafecto, entró a un convento que, superficialmente,

parece funcionar como un matriarcado donde se prescinde de los artificios que, directa o indirectamente, imponen la cultura dominante para que la mujer agrade y conquiste al varón, y donde se procura que reine la amistad, la cooperación y una armoniosa e intensa convivencia entre mujeres.

No es demasiado rebuscado comparar la apariencia casi viril de las monjas mexicanas actuales con la transgresión travesti de sor Juana. La primera vez que asistí a un congreso de lesbianas no pude sino asombrarme de los parecidos entre ellas y las monjas. Había demasiadas coincidencias en el vestido, los movimientos, las miradas y conversaciones, el liderazgo, las fricciones y la solución de conflictos. Y debo confesar que me he divertido llevando amigas lesbianas extranjeras a visitar comunidades de monjas mexicanas. Es divertidísima su perplejidad ante las que parecen ser lesbianas declaradas, pero que para el común de los mexicanos lucen inconfundiblemente monjiles.

Ahora bien, y de vuelta al tema que me ocupaba, ¿el rechazo a los varones es componente de la vocación? Creo que la respuesta es: “Con frecuencia sí”, aunque en diverso grado y con diversos matices. El rechazo puede ser al varón biológico o al sistema patriarcal que dicta definirse a sí misma en función del varón, o a una mezcla de ambos.

En cuanto al amor y las relaciones de Juana con la virreina, Paz busca exonerar a las protagonistas de lo que seguramente molesta su sensibilidad de varón excluido de un territorio: “La relación que unió a estas dos mujeres [...] fue una de esas amistades espirituales [...] Alianza extraña para nosotros, pero frecuente en esa época” (p. 131). Y la ignorancia de Paz respecto a las mujeres en general y las monjas en particular es de nuevo patente. La mencionada “alianza” es extraña para Paz, pero no lo es para gran número de mujeres, y en particular para quienes hemos experimentado la vida religiosa desde dentro. Muchas monjas, lesbianas algunas y otras absolutamente heterosexuales —en abrumadora mayoría

castas, sexualmente inactivas, sublimadoras heroicas de nuestras inclinaciones, deseos, impulsos e instintos, o simplemente sin tales deseos e instintos—, establecimos en forma más o menos duradera este tipo de alianzas. El platonismo exaltado, la rendida cortesanía, la veneración, la gratitud que menciona Paz, son alianzas cotidianas para muchas, muchas monjas y ex monjas de nuestros días. Las afinidades sentimentales y espirituales, las metas compartidas, las distorsiones de la mística, los excesos de la ascética y la necesidad de fortalecerse mutuamente contra un mundo materialista y ego-látrico; todo esto es real, actual, comprobable. Y los sentimientos de amistad amorosa se legitiman hoy en la vida religiosa, siempre y cuando no traspasen la finísima frontera que los separa de las amistades particulares.

Estas amistades amorosas hacen soportables los largos encierros, el trabajo agotador, las “noches oscuras del alma” y las incomprendiones de propios y extraños. Es imposible negar su existencia ante la rica literatura anecdótica, epistolar y autobiográfica de las monjas de hace siglos y de ahora mismo, de las famosas, las fundadoras, las santas y las comunes. Los testimonios literarios están llenos de pasión y enamoramientos, cuya sublimación, aunada a los esfuerzos conjuntos por la abstención sexual, suelen redundar en un mejor cumplimiento del resto de las obligaciones religiosas.

Octavio Paz parece insinuar que, para que la orientación lésbica sea considerada motivo de ingreso al convento, debe haber “clara aversión a los hombres y una igualmente clara afición a las mujeres” [itálicas mías] (p. 158). Lo que parece ignorar el poeta es que tal claridad no es premisa, sino consecuencia, y que, dadas las circunstancias, no existe claridad sino por excepción. Todos los jóvenes, pero especialmente los y las homosexuales, pasan por periodos de confusión más o menos prolongados y acentuados por la ausencia de modelos y expresiones públicas, por la homofobia generalizada que extiende sus tentáculos hasta las propias conciencias de las

adolescentes lesbianas y de los jóvenes gais. Y ningún terreno es más proclive a la confusión que el de los adolescentes inclinados por la vida religiosa. Tanto si provienen de familias religiosas y conservadoras, como si adoptan esta postura tras una búsqueda personal, lo indudable es que están inmersos en prejuicios, ignorancia, tabúes, silencios y culpas.

DEL AMOR EN ABSTINENCIA

La lesbofobia de Paz hiere. El poeta descalifica a la lesbiana como candidata al convento; es claro que, con más pereza e ignorancia que maldad e inteligencia, Paz contribuye así al mito-mentira de que las lesbianas somos ninfómanas incontrolables y, por lo tanto, debemos mantenernos lejos de los colectivos de mujeres castas. ¡Ay, don Octavio —pensé en un principio—, no te hubiera costado demasiado trabajo caminar a un convento, platicar con las monjas, mirarlas interactuar y luego sacar conclusiones! Pero luego supe que estaba equivocada: la mirada misógina del señor Paz no hubiera descubierto nada. El mito de la lesbiana como otra, como absolutamente diferente, aparece a lo largo de *Las trampas* sin empacho, sin pudor, sin disculpas. Este mito, precisamente por serlo, penetra los decires y sentires a tal grado, que no parece necesitar justificaciones. Y quien lo asume no puede entender que dos o más mujeres puedan amarse sin mantener relación sexual alguna, como quizá fue el caso de Juana y la virreina, ni que esas dos mujeres puedan incluso asumirse como lesbianas, y desear la cercanía de mujeres y evitar la presión social de buscar un varón para vivir con él de por vida. En suma, este mito que encasilla a la lesbiana como ninfómana depredadora, permanentemente en busca de ingenuas mujeres, anula toda posibilidad de que las lesbianas sean buenas candidatas para el convento. Pero se equivoca. Se equivoca totalmente.

Paz es burdo al tratar el tema del lesbianismo, los conventos y sor Juana; burdo, ingenuo, ignorante, superficial y prepotente: ¡una mezcla que no favorece la exploración compleja de temas complejos! Por ejemplo, Paz no llega a rozar siquiera los argumentos de subjetividad y compromiso que usa Raymond³ para llamar a alguien lesbiana. Paz es simplón en sus juicios, muy lejanos de los de Raymond, quien tras definir a las lesbianas por su responsabilidad política libremente asumida, excluye de tal categoría a quien no se asume libremente como tal; como sería el caso de Juana Inés, aunque por todos y cada uno de sus otros rasgos psicoafectivos puedan calificarse como “mujeres que aman a mujeres”.

Ahora bien, Juana Inés, en sus extensos escritos, parece ser todo lo lesbiana que le permitía su siglo; abiertamente enamorada de Leonor y María Luisa e, incluso, como parece descubrirse en los mismos escritos, tardíamente arrepentida de su fogosidad forzosamente casta. Por supuesto, este mito de que no hay lesbiana que no sea comehombres y ninfómana ha sido creado y mantenido por la literatura que medra en las fantasías de los varones.

Pero hay muchas otras realidades, como la de lesbianas que no aman a una mujer en particular, mujeres que aman a otras mujeres y no son lesbianas, y lesbianas que aman en abstinencia. No puede reducirse al acto sexual la esencia de una relación entre mujeres, so pena de lucir una ignorancia total de los rasgos básicos de la psicología de la mujer. Ya Masters y Johnson publicaron en su Informe que: “las mujeres continúan prefiriendo en general los aspectos emocionales de sus relaciones, en detrimento de los sexuales. En consecuencia, dada la posibilidad de elegir entre unas satisfactorias relaciones sexuales y un satisfactorio contacto emocional, las mujeres prefieren con mucho lo segundo: la participación, la intimidad... y la ternura”.⁴

³ En el capítulo dedicado al Ginafecto describo la teoría de Raymond.

⁴ Citado en G. Brown (1982).

La continencia en una relación no suele anular ni invalidar tal relación, ¿por qué se pretende que eso suceda en el caso concreto de la pareja lésbica? “Nos han obligado a creer que el amor separado del sexo no existe o, en caso de que exista, no significa gran cosa”, dice la doctora Gabrielle Brown (1982) en su libro que busca legitimar las relaciones continentales como auténticas, válidas e incluso más intensas que las sexuales. La doctora Brown explica que es común y fácil de entender que uno se sienta más a gusto, más relajado y capaz de disfrutar en relaciones libres de “las más absorbentes complejidades de las relaciones sexuales”. Cuando el amor fluye sin las explosiones de los encuentros sexuales, la intensidad puede alcanzar niveles insospechados, en lo que la misma autora describe como “un orgasmo sutil, pero permanente”.

El tema parece reclamar un espacio propio que este escrito no puede brindarle, pero mi experiencia dice que es cierto. Las relaciones en el convento son intensas, apasionadas y generalmente castas; aunque siempre hay espacios para las transgresiones, como Alicia Gaspar de Alba (2001) imagina, interpreta e ilustra en su novela *El segundo sueño*, a propósito de la tierna, romántica, sensual y apasionada relación entre sor Juana y su condesa María Luisa. Sin embargo, estimo que tales sucesos —insólitos o cuando menos escasos—, cuando se dan, tienen el mismo carácter que los que describe esa novela: trescientas setenta y cuatro páginas de preámbulos, tres de pasión amorosa y ciento setenta páginas y tres siglos de arrepentimiento, de nostalgia, de dolor o de locura.

A LA MÍSTICA POR LA ASCÉTICA

Desconfía de ti, de tu juicio, de tus ojos; y fíate de mí.
Es bello lo que no ves bello; y es dulce lo que paladeas
amargo; es vida lo que huele a muerte; y es muerte todo
lo demás.

1972: DE LA EMPALAGOSA DULZURA DE NEGARME

Mis libretas, mis casi diarios, permiten asomarme de nuevo a los procesos de formación, a la despersonalización sistemática y la desaparición de mí misma —adolescente sesentayochera y aullante—, para dar paso a la monja informe, dócil, inidentificable, común y callada; perfecta según cánones patriarcales estrictos. En el centro del proceso está la confesión sistemática ante la superiora.

El secreto para negarte hasta el extremo,
hasta desaparecer entre tus propios dedos, como chorrito de agua,
como estornudo,
como todo lo que es y en un parpadeo deja de ser;
el secreto es no guardarte nada; abrirte ante mí y dármelo todo.

Una vez a la semana me darás hasta el más pequeño pensamiento,
escudriñarás los pliegues de tus deseos y de tus sueños, de tus
pesares y gozos;
y me los darás todos.
Y una vez al día, todos los días, vendrás de carrerita, y en unos
cuantos minutos
te abrirás ante mí, y me entregarás también el alma.

Nada me será desconocido, secreto ni oculto;
nada será tuyo, sólo tuyo.
No hay espacio para el pudor, para los tapujos menos aún.
Abierta, transparente,
no te escondas, ábrete más, más.
Y desaparece.

Poco a poco, voy cediendo. Voy dejando de ser yo; me doblo, me vuelvo de plastilina, de chicle; dócil a quien debe darme forma: la madre maestra, el reglamento, las constituciones, el silencio, la soledad. Para llegar a este estado de docilidad sin límites, debí asir todas las negaciones impuestas e inventarme muchas más. Nadie puede ya reconocer en esto que soy la Celine que fui. Creo cuanto me dicen que debo creer; y más que creerlo, lo veo. ¿Quieres lograrlo tú también?

No desperdices oportunidad de negarte.
Abraza la austeridad, huye de todo estímulo; aléjate de las rosas y los jazmines;
y no voltees a ver los lirios que crecen entre las rocas;
no escuches los cenizales, no respondas a quien te sonrío,
sírverte dos cucharones de coles, y no pruebes la jericaya.
Lávate con agua fría, no uses jabón, tállate con estropajo,
permanece más tiempo hincada,
levántate media hora antes —a las tiernas tres de la madrugada—
y corre a ganarte el privilegio de lavar las ollas grasosas,
o hacer la colada con paños de sangre menstrual.
Dóblate, niégate.

No llames a tu madre el día de su cumpleaños, no le respondas si ella llama;
al final lo habrás logrado:
seca y vacía, perfectamente plástica y doblable; muerta ya en vida.
Podrás pelar papas todo el día, mientras tu madre agoniza;

y no derramarás ni una lágrima,
porque ya no tendrás dentro ni una sola.

Estas sábanas las bordó mi abuelita; este suéter me lo tejió mi mamá. Los entregaré enseguida. Y, de paso, voy a pedir a la madre permiso de avisar a mi familia que este mes no venga a visitarme. Otro triunfo de la negación.

Los dedos me sangran; son sabañones de frío, tan persistentes, tan duraderos, que ya ni los noto, aunque a mediodía, cuando por obediencia debo jugar volibol, cada vez que le doy a la bola se me revientan los vasitos y la mancho de sangre. Pero no soy la única; al menos cuatro de nosotras padecemos de lo mismo y dejamos manchones rojos en el cuero blanco del balón. Se ha vuelto necesidad lavarlo a diario, cuando acaba el sangrante recreo.

1973: DE ESCENITAS Y PESADILLAS

Con ambos pies en la palangana humeante, como cada sábado, la madre María de Jesús dirige a Hilda con la pura mirada. Hilda talla y pone a blanquear al sol toda la ropa interior de la madre; le seca los pies y, arrodillada frente a ella, siempre en silencio, le hace el pedicure. Al terminar le acerca una palangana pequeña con agua caliente en la que María de Jesús mete los dedos de las manos. Hilda entonces dedica unos minutos al pelo de la madre; recorta las puntitas con tijera, masajea con aceite el cuero cabelludo y lo cepilla. Luego le seca las manos a la madre y le hace el manicure. Al terminar descuelga la ropa interior antes de que seque por completo, y la plancha.

Muy pocas monjas tienen novicias a su servicio, pero Hilda es vocación de María de Jesús y considera un honor servirla. Lo excepcional del caso es que María de Jesús no vive en el Noviciado ni en la Casa Provincial anexa; vive a dos horas de distancia, y

hasta allá debe viajar Hilda cada sábado. Los privilegios de María de Jesús se explican por su larga amistad con la Provincial. Eso creo yo.

La madre María de Jesús revisa todo con la mirada, le señala a Hilda un par de detalles y sale de la habitación. Hilda entiende que eso significa el fin de la sesión semanal; atiende los detalles que le indicó la madre, sale de la celda, de la casa y de la ciudad, e inicia la vuelta al Noviciado; hasta la semana entrante.

El sábado siguiente consigo permiso de la madre maestra para viajar con Hilda a la comunidad de María de Jesús. Estoy a punto de profesar y quiero platicar con una monja que fue mi profesora. Sé que ella alimentará mi fortaleza, si lo considera prudente. Y si no fuera así, estoy segura de que me aconsejará esperar algunos meses o incluso no profesar. Me persigue un miedo intenso e insólito que no sé cómo interpretar. No sé qué le diré, pero confío en que interprete mi silencio; un silencio que se agrava con el tiempo.

Salimos tempranito Hilda y yo; en el camino platicamos poco, porque la regla de silencio no se interrumpe por salir a la calle; de todos modos, no me tienta siquiera platicar. Hace casi once meses que no salía del convento y encuentro novedades por todos lados. Al llegar, María de Jesús nos recibe en el portón; siempre parece enojada, pero esta mañana la veo más tensa; las ventanas de la nariz le tiemblan.

María de Jesús es singular: alta, tiesa, enteca, diría mi abuela; más bien seca, diría yo, pero fibrosa; plana por delante y por detrás, narigona y vestida siempre con ropa de El Corte Inglés, en marcado contraste con las fachas del resto de su comunidad. La saludo y ella no responde, pero como tampoco le responde a Hilda no le doy importancia. Digo con permiso y me alejo para buscar a mi amiga, mi antigua profesora.

La encuentro cerca; me espera. De puro gusto, quiero darle un abrazo; ella me detiene cortante, seria, silenciosa. Interpreto

el gesto como virtud de mantener distancia o como esfuerzo de autonegación, austeridad y sacrificio. El gesto me extraña, pero no me duele.

Total, empiezo a explicarle mis dudas, a las que ella ofrece oído reticente; parece tener prisa por irse. Trato de leerle algunas páginas de mi libreta. Me pide que mejor se la entregue. No tardamos ni diez minutos; intento explicarle, ella reacciona con nerviosismo; le pido consejo, y ella se levanta y se va. Esto sí me duele; me costó buen trabajo decidirme a pedir permiso para venir a verla, ¡para dejarme así, sin respuestas! En fin, habré de resignarme tarde o temprano; más vale que empiece a intentarlo.

Como Hilda suele tardar más de cuatro horas, mato el tiempo leyendo y escribiendo; una hermana joven me ofrece galletas que yo acepto, y sigo esperando. En la espera intento entender la actitud de mi amiga y no lo logro. Me dejó un vacío, una certeza de soledad, de abandono; una nostalgia y una necesidad creciente de asirme a alguien más, quizá sólo para llorar. No sé si quiero entender lo que le pasa o las razones por las que, quien supuestamente podía y debía reconfortarme, prefiere ignorarme.

Cuando al fin sale Hilda, lo hace detrás de María de Jesús. Me estoy levantando con desgana, cuando un grito de María de Jesús me hace dar un salto. Siempre me asusto con lo inesperado; y siempre salto, subo las manos y pelo los ojos. "Detente." Me detengo, por supuesto. Se voltea, dice algo que no oigo; Hilda sale corriendo y yo sigo asustada, el corazón se me sale. María de Jesús me clava con su mirada al piso.

Vuelve Hilda y, tras ella, mi antigua maestra, mi amiga. Se colocan flanqueando a María de Jesús, las dos con cara de asustadas, ¿o estoy usándolas de espejo y esas miradas de terror son mi mirada? Algo no está bien, pienso; pero no sé qué es. Con los ojos le pregunto a mi amiga: ¿Qué pasa? María de Jesús intercepta mi pregunta y la destruye con su mirada. Enseguida me busca los ojos; los encuentra y me revuelve el estómago.

Mi amiga baja su mirada; la adivino asustada y llorosa, adolorida y arrepentida.

María de Jesús no ha dejado de verme; yo la veo ahora. Es pura ira: los ojos enrojecidos, las manos crispadas y los gritos destemplados: “¿Qué te crees? Te ordeno que te largues y dejes en paz a esta pobre hermana —se refiere a mi antigua profesora—. Ya hablaré con Eugenia —la provincial, su amiga— y descubrirás las consecuencias de...” —¿de qué? Ya no oigo. Hay varias hermanas más y a María de Jesús no parece importarle el espectáculo que estelariza. Por mi parte, tengo un mecanismo genial de defensa: cuando la situación se vuelve demasiado dolorosa, me desconecto: empiezo a llorar y el llanto me ciega y me ensordece, me anestesia, me crea un nicho de aislamiento, de seguridad.

Salgo de la casa; una hermana mayor, claramente aturdida por la ira que salpica todo, abre el portón y me ofrece un pañuelo viejito. Me dice bajito: “Váyase, váyase pronto, hermana”. Camino, casi corro a la parada del camión. No tengo dinero para el pasaje; aún así, le hago la parada y me subo. Me meto hasta el fondo, sin pagar; el chofer algo entiende porque no me lo reclama; no puedo respirar bien de tanto dolor, me ahoga el llanto.¹

El trayecto a casa me calma. En el camión busco distraerme para romper el círculo de llanto-recuerdo-llanto-recuerdo. Los gritos airados de María de Jesús se enterraron en mis oídos y se repiten, sin que yo los evoque, una y otra vez en mi cabeza. Los oigo y lloro; en un respiro del llanto los vuelvo a oír, y de nuevo lloro. Pero en la siguiente pausa me acuerdo de la tabla del diecisiete y empiezo a repetirla a gritos internos; hasta que los suaves números,

¹ Tardé años en darle sentido a esta pesadilla que muchas monjas presenciaron, pero que sólo quiso comentar conmigo una de ellas, hoy también ex monja. Me dice que, honestamente, cree que el demonio, o las fuerzas del mal llenaban el ambiente. Que la superiora en cuestión usaba brujería para controlar a las personas, y cuando alguien no se plegaba a sus indicaciones, perdía control y decoro; que el mal la desbordaba. ¿Será?

diecisiete, treinta y cuatro, cincuenta y uno, sesenta y ocho, acallan la voz de María de Jesús. Números contra voces; números fríos, tersos, acerados, reparadores que, como cuñas, van abriendo un espacio donde se cuelan la cordura, la templanza y la paz por en medio de los gritos, la ira, la humillación y la incomprensión.

Llego de vuelta al Noviciado con los ojos hinchados y la nariz tapada. No me sorprende ver que Hilda llegó desde hace tiempo; seguramente la trajeron en coche. Evita mi mirada; me saca la vuelta este día y los siguientes. No puedo preguntarle nada; ella sabe lo que pasó. Sabe porqué me evitaba mi amiga, mi antigua profesora. Sabe en qué momento María de Jesús enardeció; y sabe lo que yo no alcancé a oír. Incluso, si Hilda se quedó a dar su famoso masaje de aceites, sabe lo que pasó después. Pero aquí no se estila preguntar; la curiosidad es una falta que hay que confesar, y debemos acostumbrarnos a lo absurdo, a las pesadillas en vigilia, a los ejercicios de humildad y humillación.

Ese día y los siguientes intento olvidar sin éxito. La ira salpica y penetra; ya dentro, cunde, invade todo y pudre. La ira no se deja manejar, atrapar ni encauzar cuando todos los canales están cerrados; cuando la primera reacción serena es: "seguramente lo merezco" que nada ni nadie rebate.

Los arrebatos emocionales son parte de la vida aquí en el convento tanto como afuera; pero éste en particular está rompiendo algo dentro de mí. Empiezo a pensar en irme, no del convento, eso está fuera de discusión, sino de la vida. Desaparecer, borrar. Si mi familia no fuera a sufrir, lo haría hoy mismo; ¿cómo morir sin que otros sufran?

He explorado cientos de estrategias; lo más simple serían las pastillas, hay cientos de ellas en todos lados.

No sólo en esta casa, sino en muchas, ¿en todas?, los gastos médicos sobrepasan los gastos de alimentación; los llegan a doblar. Lo interesante es que no sólo en esta casa, sino en muchas, ¿en todas?,

gastamos muchísimo en comida. Hay refrigeradores y cuartos fríos con jamones, cajas de frutas, latería importada, carne de primera, mariscos, quesos. Además, rige la consigna de comer mucho a diario. Capi dice que los únicos días de paz estomacal son los de ayuno; exagera, pero apenas. Muchas sufren teniendo que comer tanto en cada comida.

Educar niñas ricas no es mal negocio, sobre todo si no se gasta en salarios para quienes trabajan dieciséis horas diarias. Las monjas firman los recibos, pero no ven ni un peso. No se gasta en ropa; las familias, las alumnas y ex alumnas visten sobradamente a cada monja. Comida y medicinas son los gastos fuertes; medicinas, mucho más que comida.

Posiblemente tanta violencia contra una misma, tanto afán por doblegarnos, por nulificarnos y negarnos, causan nuestro patrón de enfermedades: gastritis, colitis, úlceras, sangrados gástricos, melena; depresiones, insomnio, anemia, nervios, anorexia. Y problemas psiquiátricos también: desórdenes bipolares, esquizofrenia, demencia. Esto explica que a buena parte de las monjas, algunas jóvenes incluidas, se les prepare comida especial.

En días fijos de cada semana, dos médicos pasan visita; hay cuatro hermanas dedicadas a trabajos de enfermería —en nuestra comunidad de veinticuatro—, y hay una enfermería bien equipada, con gabinetes atiborrados de medicinas, desde aspirinas hasta psicotrópicos.

De todas las formas de morir, sólo una es pasiva y suave, lánguida y sin violencia, evidente sin estruendo, casi sin ruido. Decido dejar de comer hasta donde sea necesario. Tomo el turno de la vela al Santísimo a la hora de comer; es lo más fácil. Otras veces, me ofrezco para servir la mesa o cocinar, y no me siento ni antes ni después a comer. En desayunos y cenas como lo menos posible. Cuando no puedo evitar sentarme normalmente a la mesa y comer como todas, vomito más tarde y ya.

En once semanas ya se notan los efectos de mi ayuno; estoy cansada, no logro subir seis escalones seguidos. No me baja la regla. Tengo calambres y espasmos en todo el cuerpo; lloro horas

y horas, días y noches enteras. Y nadie en la comunidad parece darse cuenta.

Ayer me desmayé y tardé tanto en despertar que le pidieron al médico que me revisara. Él ordenó una transfusión, vitaminas y demás. Oficialmente, tengo agotamiento por exceso de trabajo. Nadie me comenta nada ni pone abiertamente en duda el diagnóstico. Oficialmente, sólo es un accidente de trabajo.

Por obediencia, debo comer.

Ya buscaré otra manera de irme; más tarde lo haré. Por ahora, estoy demasiado cansada para resistir. Y obedecer, en más de un sentido, es morir. Sea así.

1975: DE VIRTUDES EXTREMAS

Cuelgo el teléfono, miro el reloj de la pared, el del carrillón desafinado. Si quiero llegar a Tlalpan con tiempo holgado, más me vale salir inmediatamente. La madre Gabriela, prefecta de estudios, me acaba de llamar. Quiere verme en la oficina de la madre Eugenia, la provincial. No tengo susto, sólo una presión suave en la boca del estómago, como un presagio doloroso o una curiosidad pesimista.

Paso con la ecónoma; le pido justito para los camiones. A dos calles está la parada del autobús que viaja por todo Insurgentes Sur hasta el corazón de Tlalpan. Quiero llegar temprano y, con calma, reaclimatarme en esa casota: que no me sorprenda su frío permanente ni su olor a eucalipto quemado, a higos tiernos y magnolias maduras.

Al término de un largo retiro de discernimiento y despedida, cité a Celine para vernos con la Provincial. No es mi mejor momento: con la fiebre intermitente, la fatiga continua y mis manos cada vez más inútiles. El dolor se ha enconado en los huesos y la hinchazón en las coyunturas. (Gabriela, en un diario que nadie leyó.)

Hago hora y media de viaje; llego con suficiente anticipación. Paseo por la huerta, visito el rosal trepador que compite con los jazmines y que lleva años tragándose un Juandiego bizco y contrahecho, del que ya sólo asoma un pie deforme. En esta casa hice el noviciado; me la conozco hasta de noche, mejor de noche que de día.

A las seis en punto, cuando empieza a pardear y el frío baja de no sé donde, llamo a la puerta de la provincial con los tres golpecitos rituales que ordena nuestra regla. La madre Eugenia responde: “Sea bendito y alabado”, y yo entro a la que es su oficina y celda. Gabriela está ya dentro, sentada al lado de la cama donde la Provincial se recupera de una cirugía, la sexta desde mi entrada al noviciado, hace tres años. No sé si acercarme a la cama o no. Saludo y creo que no me responden, o lo hacen tan quedito que no lo escucho. Simplemente porque nadie dice que haga otra cosa, me quedo de pie en el centro de la celda, a la vista de ambas.

Quisiera no pensar, pero estoy de buenas; debiera quizás estar nerviosa, pero no lo estoy. Y cuando estoy de buenas y sin nervios, me lanzo a pensar sin freno. La escena es interesante. La misma madre Eugenia, que tantos discursos tiene sobre la modestia, la que impone penitencias horribles por faltas chiquititas, está recibiendo en camisón. Un día mandó a Lupita que toda una semana anduviera con una piedra colgada del cuello por haber salido a los pasillos sin medias. Me acuerdo de cuando de veras yo creía, junto con todas mis compañeras —a los seis o siete, o tal vez ocho años—, que las monjas nunca iban al baño, que no cagaban ni orinaban, que eran puras y perfectas. Debería pensar cosas serias, pero ¿quién detiene a una cabeza encarrerada? Y ni Gabriela ni la madre Eugenia empiezan a hablar.

Otro día, ¿cómo olvidarlo?, la madre Eugenia le colgó a Carmen, creo que un mes entero, un espejito como penitencia por haberse mirado al espejo; por su vanidad y poca modestia. ¿A poco la madre Eugenia logra peinarse tan perfectamente sin mirarse al

espejo? Se ve sana a pesar de la cirugía; debe ser porque sólo come sardinas importadas. Lo sé de buena fuente. Y su salud rebosante contrasta con la facha de Gabriela, quien, pese a su actitud diligente o al menos erguida, se ve agotada: la piel tensa, las venillas de brazos, quijadas y cuello a punto de explotar, los ojos saltones, las ventanas de la nariz distendidas, los dedos azules. Tiene lupus avanzado; muy muy avanzado.

—Pero si es esta hermanita, ¿cómo se llama, Gabriela?, ¿cómo se llama?

Gabriela le dice al oído mi nombre y algo más que no oigo ni adivino.

—Celine, claro que sí; ¿ya cambió o sigue igual?

No entiendo el comentario. Respiro pausada, profundamente.

El dolor silba en mi pecho, lo desgarrá; esto es pleuresía. Y el frío, el frío, ¿nunca me dejará ya? ¿Moriré de frío, con frío o para el frío? Un poco más, sí puedo, sí puedo. La madre Eugenia ¿sabe bien lo que me pasa? ¿Se lo ocultó el doctor para no agitarla? (Gabriela, en su diario.)

—Gabriela, si no te sobrepones, no saldrás adelante. Sigue el ejemplo de tus superiores. Por algo Dios nos da el cargo. Lo tuyo no puede ser peor que lo mío. Y mírame a mí; me sobrepongo; en cambio tú, hasta das pereza.

Forcejeo con sentimientos, con dudas. Me alienta saber que quien obedece no se equivoca; Celine obedecerá: es mi regalo. Y yo obedezco también. Celine no se equivocará, ¿y yo? No puedo respirar, el silbido se oye afuera. Duele el frío, no puedo respirar (Gabriela, también.)

—Gabriela, no te oigo, ¿por qué haces así con la nariz? Eres irritante con esos gestos. Dime, ¿qué tenemos con la hermana Celine?

Gabriela le contesta al oído. Antes hacía temblar a muchas con su voz, pero esta tarde, a duras penas logra decirle a la madre Eugenia que se trata de decidir mi futuro académico. Mi corazón no salta ni se altera mi respiración; no se me anuda el estómago ni un retortijón me golpea el vientre. Nada. ¿Habré olvidado cómo hacerlo? La sensible caja de resonancia de mi cuerpo se ha quedado quieta. Estudiar o no estudiar, casi son lo mismo. ¿Habré logrado la santa indiferencia?

Me ilumina la virtud de mi cargo; no me equivoco. La intención es lo que cuenta y la intención es recta: lograr el máximo bien, para todas. Que se acabe esto pronto, para irme a tender en la cama de mi uso. Dolor, cuánto duele vivir cuando ya es hora de morir. ¿Cuánto más duraré? (Lo pensó Gabriela, pero nunca lo escribió en su diario.)

En otra época hubiera aullado de entusiasmo ante la posibilidad de estudiar, pero los diez meses transcurridos desde mis primeros votos lograron su cometido y me despojaron de entusiasmo e interés. Aquí, al lado de la cama de la Provincial, todos los futuros posibles son cosa fútil: espejitos, chaquiras, abalorios, bagatelas.

—Te estás poniendo feísima, Gabriela. Nuestro Señor nos quiere perfectas. Mírate la cara; gorda y manchada. Y trata de hablar bien. No como si estuvieras ahogándote. ¡Qué pruebas me impone el Señor! Eres desagradable; das náuseas. Te lo digo para que al menos ganes en humildad, porque en caridad se ve que no ganas nada. Si no te sobrepones pronto, creo que será mejor que no regreses a verme, ¿no ves que estoy convaleciente?

Nadie me lo quiere decir, pero sé que ayer convulsioné, en el refectorio. Yo sé que me muero; muchas lo saben. Lo sabe mi madre y mis hermanos. Mi padre lo sabe pero no quiere aceptarlo. ¿No lo sabe la madre Eugenia? Duele respirar, duele vivir; eso es lo que realmente duele (Gabriela, otra vez.)

Mientras un problema de tiroides empuja los ojos de Gabriela hacia fuera, los carrillos hinchados por la cortisona jalan las comisuras de su boca hacia atrás. La combinación le crea una expresión de susto permanente. Además, le tiembla la voz —¿de emoción, de dolor físico, de tristeza?— y la saliva amenaza con escaparse de su boca. ¿Será terminal lo suyo? Todo mundo dice que sí, pero, entonces, ¿por qué no se mete a la cama en la enfermería? Yo debería sentirme muy incómoda de estar frente a Gabriela, que parece agonizar de pie, y frente a la madre Eugenia que está tan sana, impertinente, intolerante y brusca como siempre, pero me siento bien básicamente porque, al parecer, no se espera nada de mí: ni que responda ni que asienta a lo que oiga ni tan siquiera que demuestre estar escuchando lo que dicen. Saboreo mi cómodo mutismo; me tienta alternar mi peso en un pie y en el otro. Pero soy más fuerte que eso, no muevo ni un músculo, aunque alguno empieza a doler. La verdad, lo que me duele es mi impotencia; si pudiera, si pudiera, sentiría todo el dolor de Gabriela, le prestaría mi cuerpo fuerte a su agonía, pero no puedo; esto es envidia y me pesa envidiarla.

—Entonces, Gabriela, ¿ya sabemos qué estudiará la hermana Celine?

Nuestra congregación estaba empeñada en que todas las recién profesas que “pudieran” hacerlo, estudiaran licenciaturas universitarias, en vez de la Normal, como lo habían hecho las generaciones preconciliares. Por eso diez meses atrás, Gabriela, en vísperas de viajar a Roma, me había preguntado qué quería estudiar. Lo pensé, leí, medité. Se trataba de discernir si también en esto debía rechazar lo que deseaba más profundamente. ¿O debía prevalecer la verdad? ¿Negación, humillación y dolor o verdad? ¿La verdad es virtud?

Gabriela me preguntó simplemente: “¿Qué quieres?” ¿Debía mentirle para negarme, o responderle con verdad aún a costa de complacerme?

Al fin, creí que debía seguir mi corazón, ser fiel a mi gusto genuino y decirle que quería estudiar para escribir, para comunicar; quizás hasta para recuperar el micrófono que dejé por el noviciado. Todo este forcejeo me tomó dos o tres semanas. Para entonces, Gabriela ya estaba en Roma y tuve que responderle por escrito. Le abrí el corazón; le conté de mis dudas y mis luces. Ella me respondió enseguida, entusiasmada por mi decisión y aceptándola plenamente. La correspondencia iba y venía con una rapidez increíble, gracias a que un par de ex alumnas y benefactoras de la congregación estaban casadas o tenían una relación cercanísima con las más altas autoridades del gobierno federal, con lo que nuestra correspondencia iba y venía en valija diplomática. Total, que yo escribía un día y en la misma semana recibía respuesta. Gabriela me mandó a buscar todos los planes de estudio que pudieran llevarme a lo que mi corazón quería; me ordenó averiguar precios, horarios y hasta bibliografías de las distintas carreras de periodismo, literatura, comunicación y demás, hasta estar segura de elegir “el mejor plan de todos, para mejor servir a Dios”. Buscar fue una delicia y encontrar lo mejor fue demasiado simple; nada era mejor que Comunicación en la Ibero. En cuanto reuní la información se la envié en un paquete gordo a Gabriela; imaginé que gozaría viendo que había elegido la misma universidad de la que ella había egresado. A vuelta de correo, dentro de un sobre que decía ¡Felicidades! en grandes letras, Gabriela me urgió a realizar todos los trámites para empezar a estudiar. Me apliqué y empecé a gozar anticipadamente la experiencia. En total le mandé cinco cartas, y ella, cuatro.

—Gabriela, vamos a aclarar dos o tres cosas. Lo que ha hecho esta hermanita es imperdonable; ha actuado por voluntad propia. Se le olvida que la puerta de ingreso a la congregación es muy estrecha, pero que la de salida es amplísima y siempre está abierta. Tan solo haber pensado en esa universidad tan cara, ya es romper el voto de pobreza, pero aún es peor burlarse de la hermana prefecta,

de ti, Gabriela, y pecar contra el voto de obediencia. ¿Cómo se le ocurre actuar a tus espaldas? ¿Y cómo puedes estar tan distraída que ni cuenta te diste? Los padres jesuitas creerán que estamos mendigando una beca. A ti te ayudaron, no sé porqué, pero van a pensar que somos limosneras. Esta hermanita ha dañado la buena imagen de la congregación. Eso es imperdonable. La modestia y la humildad se le olvidaron por completo. Y la prudencia ni la conoce. Gabriela, esta hermana es boba, bobísima. Y tú, no sé dónde tienes la cabeza.

La vanidad es casi imposible de vencer. Tuve que luchar contra ella en la universidad y no puedo imponer a nadie tal carga. Quebrar voluntades, además, es parte de mi misión; y contribuir a que se viva la pobreza, la humildad, la modestia, hasta sus últimas consecuencias. (Gabriela, quien piensa más de lo que llega a escribir.)

Gabriela intenta incorporarse, parece que quiere toser; se lleva la mano a la boca, le silba el pecho, no alcanza a enderezarse. Casi doblada, simplemente pasa de la cama al sillón que está al lado y en él se deja caer, como muñeca rota. Yo escucho a Eugenia, pero no puedo quitar la mirada de Gabriela. Eugenia, en cambio, parece no darse cuenta de que Gabriela casi se desmaya, sigue hablando; cada frase, cada palabra con más intensidad y en un tono ligeramente más alto que el anterior. Gabriela cierra los ojos y Eugenia critica como queriendo bromear, pero nadie ríe.

Estoy pensando a toda velocidad, repasando el pasado, leyéndolo con las claves que creo descubrir en este cuarto. Gabriela y yo cruzamos cartas; nueve en total. Ella me ordenó qué hacer, no dejó lugar a dudas; seguí sus indicaciones letra por letra.

Oscuridades y preguntas se empujan, se trenzan, se mezclan en mi interior. Hasta que, poquito a poco, una lucecita se abre paso en mi mente, por encima del caos que desatan las críticas de Eugenia frente a la derrota del cuerpo de Gabriela. Eugenia tiene

razón. Eugenia tiene razón. Eugenia tiene razón. La confusión de mi cabeza se apacigua. Es tiempo de obedecer, o sea, de creer que Eugenia dice la verdad; es la superiora, tiene la virtud del cargo; si no quiero equivocarme, debo obedecer; si quiero saber la verdad, debo oírla de su boca y abrazarla. Es cierto, lo mío fue un desacato; nadie me dijo nada.

A mí me pidió la obediencia que estudiara Psicología; la congregación pagó una parte y consiguió una beca. Pero la congregación no necesita escritoras; tampoco necesita universitarias de la Ibero; conmigo tiene de sobra. Tuvo de sobra, porque yo me voy; ya me estoy yendo. (Gabriela.)

—Jamás, jamás nadie autorizó a esta hermana a que visitara ninguna universidad. Nadie le sugirió que estudiara para escritora. ¿Quién se cree para pensar que las demás tenemos que mantenerla? ¿Y quién iba a querer leer lo que se le ocurriera escribir?

Es posible, quizás es cierto. Lo es, es absolutamente cierto, enloquecí de soberbia; la madre Eugenia tiene razón, nadie me autorizó.

—La actitud de esta hermanita es vergonzosa. Gabriela, no sé qué has hecho, pero era tu responsabilidad estar enterada y corregirla, detenerla a tiempo, porque...

La madre Eugenia se detuvo a mitad de la frase, se enderezó hasta quedar bien sentada en la cama; hasta ese momento había hablado reclinada sobre un par de almohadas. Ya incorporada, con el dedo le ordenó a Gabriela que me sacara del cuarto.

Celine no debe preocuparse, mientras obedezca estará a salvo; es lo más seguro. Le irá bien. Creo que yo le había dicho que sí; creo que ella seguía mis indicaciones, pero ¿para qué defenderla ante Eugenia? ¿Por qué hacerlo, si ya me voy? Celine seguirá viva; le hará bien obedecer y humillarse. Yo ya no necesito ganar más méritos; ya no los necesito. (Gabriela, posiblemente.)

Ella no pecará contra la modestia ni contra la pobreza. Tendrá lo que yo no tuve: un camino simple de silencio y humildad. Estudiará cualquier cosa, en cualquier lugar. Escribir es tan fatuo, tan poco humilde.

Gabriela se agarra de los brazos del sillón, pero no puede impulsarse hacia arriba para levantarse. Eugenia suelta una risa que más que burla parece desconcierto.

—Y, ahora, ¿qué te pasa, Gabriela? Además de fea, te estás poniendo vieja y torpe.

Gabriela inclina su cuerpo hacia delante con los pies firmes contra el piso, pero no endereza las piernas del todo; mantiene las rodillas tantito dobladas, las manos sobre los brazos del sillón y la espalda encorvada. Jala aire, levanta la cabeza, las ventanas de la nariz le vuelven a temblar, tensa los cachetes, enseña los dientes, aprieta la mandíbula; le cuesta respirar, le cuesta vivir. Gabriela está empezando a morir, lo sé; no tardará tanto en irse, también lo sé.

Al fin, Gabriela se endereza por completo. Hace ademán de que va a avanzar, pero lo único que logra es bambolearse hacia delante y hacia atrás. Ni un suspiro sale de su boca. Me volteo, le sonrío solidariamente; la quiero, de verdad la quiero; lo que me duele es no poder cargar su dolor. Al menos creo que puedo evitarle un poquitito, me adelanto a la puerta: “Gracias —digo—, con permiso”, y hago girar la manija de la puerta. Gabriela aclara la garganta e intenta decir, creo, Gracias por haber venido. No se le entiende, pero interpreto su mirada. Eugenia, en cambio, con la voz clarísima dice:

—Ya, Gabriela, haz que se vaya esta hermanita. ¡No sé tú, pero yo no tengo tiempo que perder!

Salgo, me echo a andar despacio, muy despacito, y camino sin parar durante casi cinco horas; un tramo larguísimo de Insurgentes, de sur a norte. La tarde cae, el frío envuelve la ciudad, y juntos, oscuridad y frío, van diluyendo el aturdimiento que aún quedaba

en mi cabeza y la pesadez de mi corazón. Diluidos aturdimiento y pesadez, nada estorba a la lucecita de mi interior; la que vislumbré cuando Eugenia hablaba y Gabriela caía. Esta luz es absolutamente cierta y potencialmente heroica. Ya no puedo envidiar martirios. Tengo uno, de oro, entre las manos. Tengo la oportunidad de vivir la obediencia ciega, ¡de morir por ella! Eugenia con su discurso y Gabriela con su silencio tenían razón; la suya es la verdad. Por otro lado, mis cartas —las que envié a Gabriela, de las cuales guardé borradores; y las que Gabriela me envió en valija diplomática— leídas y releídas, subrayadas y casi memorizadas, atentaban contra esa verdad.

La contundencia de esta revelación me cierra toda posibilidad de tristar; a casi tres kilómetros de la casa empiezo a alegrarme genuinamente, aprieto el paso. Lo absurdo es real; lo imposible se puede tocar.

Cuando llego a la puertita trasera de la casa conventual ya es de noche; demasiado tarde para lo que se acostumbra en esta comunidad. No he comido ni cenado, pero tampoco tengo hambre. La hermana que me abre la puerta, tiernísima, me dice que guardó algo de guisado, galletas y un vaso de leche para mí; lo puso en mi camarilla. Le doy las gracias y vuelo a buscar las cartas.

Las cartas, las cuatro que me mandó Gabriela, están más manoseadas de lo que pensaba. Las leo una tras otra. Las intercalo con los muchos párrafos de mis cinco cartas que memoricé de tanto repararlos y repensarlos. Aquí está la secuencia entera de las decisiones de Gabriela: de la renuencia inicial al entusiasmo final; del habrá que pensarlo, déjame que lo pase por el sagrario; al adelante, ésta es tu vocación, no te detengas por nada. Y, al final, sus mensajes de aliento y sus instrucciones explícitas para inscribirme en la Ibero: “No te autorizo, te lo ordeno; inscríbete y avanza. Éste es tu camino; sele fiel”.

Respiro profundamente; estoy emocionada. En lo que va del año he sido la única ocupante del enorme dormitorio colectivo; la mía es

la única camarilla ocupada. Aquí estoy sola. El resto de la comunidad ocupa celdas en otro edificio. Martirio y soledad se acompañan bien. Hoy la comunidad ya cenó; ya tuvo recreo y seguramente entonó a capella algún himno en Completas. Ahora, seguramente, ya no hay nadie en los pasillos. La noche vacía es sólo mía.

Las cartas ocupan todo espacio, toda mi atención y mis sensaciones. Las cartas: las veo, las huelo, las oigo, las leo, las cuento, las doblo. Cada una y todas juntas me exoneran de haber actuado por propia voluntad, lo cual es reprobable en la lógica conventual según dejó clarísimo la madre Eugenia. Pero las mismas cartas son también una tentación para justificarme, y esto es aún más reprobable. Las cartas, las mismísimas cuatro cartas, apretadas con la caligrafía firme de Gabriela y su redacción clara y elegante, son un pasaporte a mi satisfacción o a mi martirio. ¡Es cierto! Son la tentación de lucir mi miseria y la oportunidad de encumbrarme en la muerte a todo deseo; la oportunidad de dar cuerpo e historia al suicidio intelectual, que es como yo defino la fe y la obediencia.

Camino solemne, casi, casi entusiasta, el largo pasillo, oscurísimo, que atraviesa las camarillas y termina al pie de la escalera que sube a la azotea. Aprieto contra el pecho una cajita de cerillos y las cartas; las aprieto con fuerza para tratar de contener mi corazón desbocado. Subo las escaleras de dos en dos; no tan rápido como decidida. En la enorme plancha de la azotea busco la tapadera del bote de basura; la coloco en mi sitio favorito frente a los tinacos y, teniendo como testigos un cielo negro mugroso y las pálidas lucecitas de las casas vecinas, doblo cada carta en forma de barquito y le prendo fuego, una a una.

Tardan en arder los barquitos; naves quemadas. Uno a uno se levantan teas piramidales de colores: el rojo brasa está abajo, y encima bailotean las llamas azules, amarillas, grises. Segundos después brilla el manso gris plata, y enseguida el gris polvo se reparte en miles de hojuelas que mi respiración, mis lágrimas o el bailoteo del siguiente barquito avientan al aire. Al fin, casi no

quedan ni cenizas; sólo el olor picante del papel, de las tintas y de la obediencia ciega y milagrosa que ha cambiado la historia, ahora sí es verdad lo que Eugenia dijo y Gabriela aprobó: que ella, Gabriela, nunca me autorizó a estudiar lo que yo deseaba; que nunca existió una carta, ni menos cuatro, apoyando mis planes; que yo actué por puro capricho. Por tanto, tiene razón Eugenia: soy culpable. El martirio está consumado.

Tres semanas después la madre Eugenia me ordena estudiar Biología en la UNAM. Me manda recado. Yo esperaba que me lo dijera Gabriela, pero la misma hermana mensajera me dice en secreto que Gabriela entró en agonía la noche anterior.

En los rezos de la noche, la superiora nos pide encomendar el alma de la hermana Gabriela, que acaba de ser llamada a la casa del Padre.

1976: DE ARREBATOS MÍSTICOS QUE SÍ LO SON

Cumplo cinco años de que entré de monja; hice mis primeros votos hace dos, y en unas semanas los renovaré por segunda vez. La sensación casi física de haber atravesado una frontera entre luz y densa niebla, y avanzar en la niebla hacia ¿dónde?, me acompaña desde el mismísimo día de mi entrada. La niebla arropa mis días de absoluta desolación, los meses enteros de miedo deteriorante, los de desesperanza total, y los periodos inefables de energía desbordante y paz avasalladora. Desde mis primeros votos, el tono general ha sido de suave simplicidad; trabajo desbordante, jornadas triples que suman dieciocho a veinte horas diarias; cansancio y paz. “¿Dónde está la frontera entre la paz y el cansancio? El dolor que cuando nace hinca su agujón y despierta aullidos, luego tamborilea, desquicia y, al final, se torna cansancio. El cansancio sabe a paz; se trasmuta en paz, se confunde con ella.”

Voy a renovar mis votos con la certeza de estar avanzando, lenta, pero seguramente, hacia la meta. He madurado un sentido ascético; he logrado doblegar mi voluntad para explorar caminos hacia la mística a través de la ascética.

Hace tiempo, no sé ni importa cuánto, encontré primero una, luego otra y otra, hasta llegar a cinco biografías de religiosos y religiosas virtualmente desconocidos: un polaco, una yugoslava, dos francesas, un austriaco. No eran las vidas de santos que todo mundo conoce, sino detalladas descripciones de las prácticas que unos cuantos seres —no necesariamente reconocidos como “santos”— habían realizado para llegar a la mística comunión con Dios, que es la meta de todos nuestros esfuerzos.

Entiendo que las vidas de santos populares son para el pueblo común; estas biografías son para otro público: recogen las cuentas de confesores y testigos; sus protagonistas no buscaban la gloria de los altares, ni nadie en la Iglesia se vio tentado a incoar sus causas; estos seres no recibirán reconocimiento ni títulos hagiográficos. Buscaban la experiencia mística y la encontraron. No pueden ni quieren pedir nada más. Sus caminos parecen creíbles y eficaces, precisamente, por la dificultad que entrañan. Y el reto es de mi tamaño. Por eso, día a día intensifico las prácticas ascéticas, privaciones y penitencias, y multiplico mi tiempo de oración. Tengo copia de las llaves de la capilla y bajo cada madrugada a orar, yo sola, en el silencio absoluto. Arrodillada, pierdo noción del tiempo y también del espacio, de la realidad misma y del piso de mármol; las rodillas dejan de dolerme justo al empezar a sangrar, y el frío me arropa con suave tibieza.

He empezado a deslizarme, casi a voluntad, entre la cotidianidad “discreta” —tareas, minutos, días— y el fluir continuo del mundo místico. La multiplicidad y diversidad del mundo de las cosas contrasta con la unicidad de mi percepción mística.

Estas experiencias exultantes no cabalgan en el subibaja del resto de mi experiencia de bruma. Ésta es una valla de silencio

que me circunda y me mueve a otro plano, donde no tiene sentido hablar de la bruma, porque no tengo ojos que la perciban; donde la claridad absoluta no tiene que ver con la luz ni con el tiempo ni el espacio ni nada. Donde la percepción acabada, de realidades y relaciones, compite con la intensidad de la certeza y con la experiencia abrumadora de la absoluta fugacidad y del goce en la fugacidad.

Lucidez total, interioridad, verdad. Como si las circunstancias y mi propia reflexión, mi apertura, mi vulnerabilidad y sensibilidad, y todo, de pronto atrajeran una enorme luz interior. Y de pronto sé cosas que no sabía y la vacuidad, la fugacidad, la impermanencia, la levedad de mi existir me apabulla. No es triste, es absorbente; es gozoso, gaseoso, jubiloso. Mi entusiasmo característico, mi torbellino habitual se serena. Y también mi angustia, mi congoja. Es un remanso. Los sentidos se me aguzan, los recuerdos, lo importante toma el centro del escenario, se colorea, se lava, se ilumina; y las cosas, los afanes, palidecen. Todo se posiciona y dimensiona.

Éste es un estado "alterado" (aunque más alterado es el otro estado, el habitual) y lo más cercano a lo que se conoce como iluminación o fase mística. No son raros estos tiempos en mi vida; tampoco tan frecuentes que llegue a acostumbrarme. Es captar, más allá de todo entendimiento, la realidad y su esencia e incendiarme al captarlo a chispas, y gozar la fugacidad de esta percepción. Es estar enamorada de la vida, de la existencia, de mis opciones, de mis cariños. Y estar enamorada, lo sabemos bien, es un estado alterado.

1976: DE ARREBATOS

ASCÉTICOS QUE CASI SON ALGO MÁS

Ritmo, dolor y calor hacen de la flagelación una práctica entrañable, cachondísima, ruborosa y explosiva a fuerza de ser silenciada por el pudor, la ignorancia y la complicidad en el erotismo secreto.

La noche es de un viernes quizá, o lunes y miércoles si es cuaresma o adviento, o cualquier día si coincide con capítulo de faltas, vísperas de fiesta, triduo de preparación de fiestas o de renovación de votos. Las descaradas magnolias abren sus enormes pétalos y avientan sus olores: enormes también, también descarados, con los que nos lamen la cara y nos tapan la nariz y la boca. Termina la hora de estudio; la hermana campanera se encarga de comunicarlo. Camino, corro casi a mi camarilla. Me cruzo en el pasillo con Eva, con Ana, con Luz: “¿Tomas?” Me interrogan sus miradas. La complicidad se distribuye en sonrisas. “Yo sí, ¿y tú?” “No sé; se supone que no debo.” En silencio, más miradas, puros ojos que preguntan, pestañas que responden, muecas, hombros que se levantan. “No me toca hoy; estoy menstruando. Lo hago por ti con doble energía. Vamos.” Silencio. Cómplices.

A derecha e izquierda del galerón, cuarenta camarillas, veinte de cada lado; delimitadas con láminas en los costados y cortinas al frente. Por economía, quizá, pero más probablemente para supervisarnos “a la pasada”; las láminas divisorias y las cortinas terminan a buenos veinte centímetros del suelo.

El corazón se me agita con sólo abrir los saquitos de manta donde guardo mis joyas: un cilicio de fierro de diez centímetros de ancho y con el largo suficiente para abrazar mi muslo, y una disciplina de cuerdas blanquísimas para flagelarme ahora mismo. La desenrollo, la sacudo y pruebo la agilidad de mi muñeca. Estoy lista. La madre maestra antes —y ahora alguna hermana con dispensa, pero nunca yo ni Eva ni Luz ni Ana— apaga los focos desnudos del techo. Escucho las respiraciones de mis vecinas; las identifico. Estamos ansiosas, urgidas de dolor, de azotes, de rítmico calor.

Ya a oscuras, me arrodillo sobre el cemento; alzo mi falda, me la enrolla a la cintura, no vaya a caerse inoportuna; me bajo los calzones y el ligero hasta las rodillas.

Misericordia, Dios mío, por tu bondad,

El codo, la muñeca, el hombro. Derecha, izquierda; cae el primer fuetazo, el que sigue, una nalga, la otra

por tu inmensa compasión borra mi culpa;
lava del todo mi delito,
limpia mi pecado.

Pues yo reconozco mi culpa,
tengo siempre presente mi pecado:

silba al aire, se estrella en la carne; silba, choca, silba, choca

contra ti, contra ti solo pequé,

derecha, izquierda; derecha, izquierda; derechizquierda; derchz-
qrda; derchzqrda;

cometí la maldad que aborreces.

Mi corazón se entona, Ana suspira, Luz se agita apenitas; dere-
cha, izquierda; derecha, izquierda; derechizquierda; derechizquier-
da; silba, choca, silba.

En la sentencia tendrás razón,
en el juicio resultarás inocente.
Mira, en la culpa nací,
pecador me concibió mi madre.

Las camarillas de la izquierda recitamos los cuartetos nones; las de enfrente, los pares. No es posible azotarse con energía respetable mientras se recita con energía, según aprendimos desde hace años. Pero el reto, el mío al menos, es flagelarme con intensidad más que decorosa mientras recito el Miserere con energía; azotarme con rudeza despiadada, sin límites, sin que se me quiebre la voz.

No lo logro por mucho tiempo. Entonces redoblo la energía en flagelarme; que otras reciten con voz jadeante, con sospechas de gemidos que amenazan salpicar —¿salpimentar?— la ceremonia.

Te gusta un corazón sincero,
y en mi interior me inculcas sabiduría.
Rocíame con el hisopo: quedaré limpio;

silba, choca, derechizquierda, derechzqrd

lávame: quedaré más blanco que la nieve.

Duele, duele, duele. La sangre se agolpa, el corazón se aloca; jadea una y la otra; los ritmos se funden, pero se distinguen. Tras los primerísimos versos, el ritmo se estabiliza; no así la intensidad, la energía; derchzqrda, derchzqrda, derchzqrda, derchzqrda, derchzqrda, fuerte, más fuerte, mucho más fuerte.

Hazme oír el gozo y la alegría,

Frenesí de dolor. Las nalgas no sangran, no fácilmente; se hinchan, se calientan, arden. La virtud se evidencia en el contraste de cadencias; los azotes rápidos, pero no tanto; azotarse exige detenerse, cambiar velocidad, asegurarse de que lastime

que se alegren los huesos quebrantados.

El rezo es lento, muy lento. Hoy no hay amenaza de que alguna virtuosa hermana levante la voz y fuerce a lentificar la salmodia:

Aparta de mi pecado tu vista,
borra en mí toda culpa.

Ríos de ternura se mezclan con el sudor juvenil; ternura por mis queridísimas vecinas de camarilla, que respiran con mi mismo ritmo, forzosamente lento por fuera y con el corazón desbocado por dentro.

Oh, Dios, crea en mí un corazón puro,
renuévame por dentro con espíritu firme;
no me arrojes lejos de tu rostro,
no me quites tu santo espíritu.

Tras unos cuantos versos, la mística del dolor conjunto arrebató los corazones; el ritmo agita los sentimientos —¿o las hormonas?— y nos fusiona. Discurre de camarilla a camarilla una pasión colectiva, una urgencia, ritmo, calor, dolor:

Devuélveme la alegría de tu salvación,
afíanzame con espíritu generoso:
enseñaré a los malvados tus caminos,
los pecadores volverán a ti.

Alegría generosa, gozo, triunfo, casi adicción; cuerpo dominado, muerte que es vida, humillación que exalta, dolor que agita y enardece, que calienta y apasiona, que quema y enciende, y casi enseguida sosiega, libera, apacigua, adormece.

Líbrame de la sangre, oh Dios,
Dios, Salvador mío,
y cantará mi lengua tu justicia.

El silbido inicial de la disciplina al aire se va tornando rasposo tronido. La percusión inicial de cada choque en la nalga se torna aplastamiento sordo. El ritmo uniforme se torna caos. La sangre en la piel se amorata, se remuele; la lengua se tropieza con los dientes apretados, se hiere, se resiste a la voluntad que la dirige.

Señor, me abrirás los labios,
y mi boca proclamará tu alabanza.

Se abren mis labios y mi carne toda; toda yo abierta para proclamar pasiones compartidas, secretos y oscuros gozos dolorosos; cae la disciplina sobre la carne que, ahora así, quiere reventar, quiere estallar, quiere liberar su tensión provocada por la disciplina rítmica, por las voces unísonas, por la salmodia milenaria:

Los sacrificios no te satisfacen:
si te ofreciera un holocausto, no lo querrías.
Mi sacrificio es un espíritu quebrantado;
un corazón quebrantado y humillado,
Tú no lo desprecias.

La carne... quiere reventar... estallar... liberar su tensión...
rítmica... voces...

Señor, por tu bondad, favorece a Sión,
reconstruye las murallas de Jerusalén:
entonces aceptarás los sacrificios rituales,
ofrendas y holocaustos,
sobre tu altar se inmolarán novillos.

Un último esfuerzo; cerrar con una erupción de dolor, de intensidad, de entrega.

Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo.
Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo.

Más fuerte, más fuerte, que sangre, que reviente:

¡Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo!

Detengo mi mano derecha con la izquierda; temo que de no hacerlo mi derecha seguiría sin parar su encomienda. Me extiendo sobre el piso hasta quedar postrada. Hubiera bastado bajar la cabeza y besar el piso, pero prefiero, necesito, tenderme en el fresquísimo cemento. Los brazos abiertos hasta donde me lo permite el espacio, y beso y abrazo el piso, la nada, el dolor. Me incorporo enseguida; de rodillas, me subo calzones y liguero; desenrollo la falda.

Ana jadea aún, Luz jala aire, alguien suspira ruidosa; yo me muerdo los labios para forzar mi respiración a un ritmo suave, imposible de conseguir sin esfuerzo. El frío que esperaba agazapado en algún sitio se encuentra con el ardor de mi piel. Sonrisa enorme; la excitación se ha calmado. Estamos en gran silencio. Calla. Calla.

1976: DE UNA MAÑANA CUALQUIERA EN CUARESMA

¿No te duele, criatura de marfil? ¿No se te quiebra por dentro el gozo como a mí se me quiebra al verte? ¿No te marcan las lágrimas un surco, que corra parejo al surco que abre en mí el silencio?

Estás hincada, con los ojos vendados y un espejito colgado del cuello. Faltaste a la modestia, faltaste a morir; tropezaste con la tentación de ver, de respirar, de esponjar el alma; caíste, viviste. Todas desayunamos y tú, ciega a fuerzas y de rodillas, respiras tranquila.

¿Quién puede tragar un bocado? Estás postrada en el piso, atravesada en la entrada, umbral palpitante; al entrar te saltamos, te pisamos con la intención.

Comes de rodillas, con los ojos vendados, sin suéter y en el frío. Cargas una cruz enorme, las astillas se te clavan en hombros y espalda, a la mitad del refectorio.

¿Qué hiciste para merecerlo? ¿Me dejarías ayudarte?

Del silencio saltamos a tu voz de barro tierno, pides perdón en público. No te tiembla la voz. Sigo intentando desayunar; ¿quién puede tragar un bocado? Te acusas, te juzga la superiora, te asigna penitencia. Siempre de rodillas, pasas por el borde de la mesa en herradura y una a una nos besas los pies, los zapatos. Siento tu respiración, tus labios, tu frío, tu tristeza, tu decepción sin límite de ti misma.

Tú, mientras tanto, con los brazos en cruz desde hace muchos, muchísimos minutos.

¿Habías estado antes así? Los brazos duelen hasta querer salir corriendo, y las piernas hasta querer correr hacia el punto y el minuto que dejaste hace años, cuando entraste.

¿Alguien tragó un bocado? Yo, todos; los traigo anudados al alma, al llanto que no puede derramarse, al silencio y al frío.

Del desayuno a los oficios: barrer y trapear, tallar ropa que no se acaba, desyerbar la huerta, pelar la verdura, picar, moler, caminar, limpiar, limpiar, limpiar, lo que nunca va a ser limpio.

Para aflojar la tensión, al terminar los oficios alguien propone rezar la novena al Niño de Praga para que nos mande muchas y buenas vocaciones. Es un alto al dolor, a las penitencias, las confesiones, el regodeo con la culpa propia, que se traduce en dolor público y compartido. ¡Duele tanto intentar tragar con la garganta cerrada de dolor!

Para rezar la novena, todas —tú también, criatura de marfil— nos arrodillamos en la piedra rugosa y colocamos las puntas de los dedos bajo las rodillas. Duele, pero no humilla, no se parece al dolor del desayuno. Rezamos a una sola voz, quedito; remolemos las yemas de los dedos contra la piedra, con el peso entero de nuestros cuerpos. Más dolor, un poco más. Algún cielo se

enternecerá de vernos destrozarnos nuestros dedos y nos mandará más jovencitas, de marfil algunas, otras de cedro, otras de ébano, otras más de aire, de agua, de llanto, de noche, de nostalgia sin fronteras.

1977: DE UNA EXCURSIÓN AL OTRO PLANETA VARIOPINTO

México, Distrito Federal: cuando entré al convento olías aún a sangre fresca de Tlalolco, a caucho recién estrenado del Metro, a susto y bravura. Hoy soy casi defeña, casi chilanga. El casi se debe a que soy monja, y las monjas no somos ciudadanas; no sé si lo soy legalmente, pero no nos sentimos tales. Nos importan los pobres para ser buenas y generosas, nos importan los ricos para educar a sus hijas y vivir de ellas. Pero como tenemos los ojos en un horizonte eterno e infinito, poco o nada nos importa la ciudad y la política, la convivencia, los ciudadanos, la participación. Calladitas nos vemos bonitas; o al menos no nos vemos. Alimentamos la sospecha de que, al invisibilizarnos, nos espiritualizamos, nos perfeccionamos.

Pero la isla del convento no es autosuficiente; con frecuencia debemos asomar la nariz fuera de casa, viajar por un rato. Y así dejar que sabrosas bocanadas de fresco esmog oscuro, de fresca mierda dorada, diluyan un instante el denso aire interno: todo incienso, silencio, veladora, blanqueador y salmodia. Que se cuelen dos carcajadas, dos miradas socarronas, dos nalgadas, dos pellizcos en el metro, dos sobadas, dos vahos.

Hoy voy al dentista; clase de anatomía incluida, a cargo de los vecinillos. Son seis o siete; trabajan como mecánicos; siempre están negros de aceite. Son chavos de veintitantos o menos.

—La virgen, la virgen; ahí viene.

—¿Se viene? No será con tu verguita.

—Menos con tu dedalito.

—Virgencita, si dejas que este diablo te lama, te vuelvo diabla.

—¿Ya vas mojadita, hermana?

La mirada baja no mira, pero ¿cómo bajo las orejas para no oír?

Las carcajadas, sin saberlo, me protegen; casi no entiendo. Gritan y gritan impunes, me siguen por toda una calle que dura demasiados segundos. ¿Por qué me río? Hoy entendí otro poquito; cada día aprendo.

En la esquina paro el autobús; llevo las monedas en la mano. Ayudo a subir a una mujer con tres canastas.

—Gracias, madrecita. Dios la bendiga todo el día.

Me besa la mano. Saca de una canasta una penca de plátanos verdes, arranca con esfuerzo dos y me los da; vuelve a besarme la mano. El autobús ya arrancó, estoy a mitad del pasillo. Me vuelvo donde el chofer y le entrego las monedas; traigo el cambio exacto. Me mira con fastidio, eso parece.

—¿Qué le pasa? ¿Cómo cree?

Voltea mi mano extendida y en la palma me avienta tres monedas; yo mantengo el pasaje entre los dedos.

—Gracias, señor. Dios se lo pague.

—A ver si es cierto, carajo.

El dentista no me cobra tampoco, el portero me besa la mano. A los plátanos y los centavos se suma un pan; así nomás, me lo da una señora a la pasada. Una viejecita me pide limosna, me pide una medallita; quiere la mía, la de plata que traigo al cuello, intenta arrancármela. Le ofrezco el pan y los plátanos; los toma, los huele; aprovecho para alejarme. Me grita mientras hace ademanes para ilustrar su grito:

—No sirve ni pa' limpiarme una buena cagadera.

El camión de vuelta sí me cobra y me da mal el vuelto. Una señora me empuja del asiento para sentar a su niño casi dormido. Me duele la muela que me trabajó el dentista, en cuanto la anestesia deja de actuar.

De vuelta al vecindario del convento, los mecánicos, ya cansados, me chiflan al pasar; gritan con desgana sin salir del taller; no hay carcajadas.

Toco a la puerta; entro. La hermana portera no me saluda. Ha empezado el tiempo de silencio.

1977: DE EXSULTATES, SALMODIAS Y CANTARES

Calentamos las voces con escalas mayores, luego menores; con notas precisas sostenidas, con vocales abiertas, luego cerradas; musitando después y enseguida glisando desmayos, caídas libres de plumas en cascada. Entonces siempre, siempre, el acorde esperado y arrancamos con el Exsultate sanador, balsámico. Cantar es vocación y oficio; es el sello de la casa, del convento. Cuando dirige Marina, cantar es, además, alimento y sosiego, porque ella adiestra gargantas y cabezas tal como Lucha prepara milanesas: con pasión, compromiso, entrega y muchísimas horas más de las necesarias.

Corrijo: ya quisiera Marina parecerse en serio a Lucha. Entre ambas hay una diferencia enorme: todas apreciamos las milanesas, tan suaves y jugosas por dentro, y tan crujientes por fuera. En cambio, muy pocas aprecian las delicias de Marina. Salvo excepción, tenemos paladar entrenado, pero oído torpe y mal instruido, que digiere mal la música coral contemporánea; y Marina, salvo la concesión a Mozart y su Exsultate, sólo dirige, goza, enseña y dirige música coral contemporánea.

Marina, pues, tiene doble mérito al empeñarse en entrenar gargantas y, a la vez, educar oídos. Con ella aprendo a gozar la música difícil, la que entraña complejidad y reto; y a huir de compositores y géneros facilones que ocupan minutos de mi atención, pero no de mi inteligencia, y que llenan mis silencios con melodías olvidables, música de elevador, de supermercado,

new age y cancioncitas para coros sin ambición. Marina es implacable en su prédica del esfuerzo, en su exigencia. Si no gozamos la difícil musicalidad de las obras, al menos podemos disfrutar el sacrificio y los méritos de los ensayos, la disciplina en los tonos, la intensidad, la obediencia a su dirección y la precisión en el uso de otras lenguas.

En una casa donde la improvisación es regla y no excepción, donde la maestra de matemáticas nunca ha estudiado tal disciplina, la superiora no sabe nada de liderazgo, y quien, supuestamente, debería curar almas, en realidad las lacera, Marina está totalmente fuera de lugar: domina con exceso de calidad, precisión y práctica aquello a lo que se dedica. Marina es profesional de la música, tiene estudios formales y de perfeccionamiento en canto y dirección coral, y esconde un par de premios internacionales. Por alguna razón que nadie conoce, estudió en Europa doce años y pasó los siguientes diez dirigiendo un coro profesional en Praga. Su pasión es la música, su dios es la música; a ella sacrifica alguna que otra noche sin dormir, ensayos diarios tan extenuantes como resulte necesario, y todas sus posibilidades de agrandar y ser amada, de gustar, de ser querida.

La campana que llama a Vísperas interrumpe un intrincado salmo multitonal. Hay que terminar. Un acorde resignado retumba en la sala. Y, enseguida, sin mediar palabra ni reposo, los dedos artríticos de Marina inician la reconciliación con que sellamos cada ensayo. Por hoy la mutua tortura ha terminado, ¿podemos marchar en paz? No, en paz, jamás; en júbilo, exultando, con música corriendo con las lágrimas y el sudor.

Las muecas, el agobio, la impotencia ante las notas y las palabras, los acordes, los sostenutos, los glissandos, los bajos continuos, los altos formidables, las uñas filosas, los dientes feroces se despeñan y se pierden en catarata de voces casi sin esfuerzo, repetidas tantas veces; y el diablillo de Mozart, su genio, rebota de garganta en garganta, de pulmón en vientre.

Exsultate, jubilate,
O vos animae beatae
exsultate, jubilate,
dulcia cantica canendo.

¿Dulce canto? No. Ni Mozart lo planeó ni nosotras lo interpretamos así. No hay dulzura, a menos que sea dulzura de la sangre. Vampiros del planeta, exulten, la sangre bombea en nuestras sienas y pechos, golpea, lastima, ¡exulta!

cantui vestro
psallant aethera cum me

¿Qué el cielo cante con nosotros? No canta: ruge, grita, truena, cien relámpagos incendian aquí y allá sembradíos.

Fulget amica dies,
jam fugere et nubila et procellae;
exortus est justis inexpectata quies.

No hay nubes de tormenta; quizá huyeron por temor a nuestro canto: atemoriza nuestra afinación perfecta, la soltura de lo cotidiano, nuestra intensidad atronadora. Quietud no sólo esperada, sino creada nota a nota.

Undique obscura regnabat nox,
surgite tandem laeti qui timuistis adhuc

Forte, fortissimo, sin respeto a más moduladores que nuestros humores, glándulas y adrenalina:

et jucundi aurorae fortunatae.
frondes dextera plena et lilia date.

¿Temíamos? ¡Odiábamos! Sufríamos, nos torturábamos hace minutos, la semana entera, y ahora gozamos en esta aurora explosiva de frondas y de lirios, en manojos, ramos, selvas.

Tu virginum corona,
tu nobis pacem dona,
tu consolare affectus,
unde suspirat cor.

¿Corona de vírgenes? Sí, amenazante corona de vírgenes; sexos sellados, míticas fuerzas. Damos paz, repartimos bendiciones, secamos lágrimas, curamos heridas. Somos deseadas, siempre deseadas y jamás poseídas; bañadas en Mozart: Exsultate, exsultate, ¡exsultate!

1978: DE SANTAS INOCENTES,
QUE NO SON NI LO UNO NI LO OTRO

Parece que apenas ayer empezábamos cursos, y ya hoy estamos en diciembre. Empieza Adviento, el tiempo litúrgico más esperado del año, y no precisamente por ser la antesala de Navidad, fiesta tan agridulce en el convento, como en cualquier otro rincón del planeta. La nostalgia de algunas, la sobrecarga laboral de otras, y el cansancio de todas le comunican a esta fiesta intensidad emocional y densidad social apenas soportable. Además, está el frío que de noche quita el sueño y de día acentúa el cansancio. No, Navidad no es esperada con brazos y sonrisas abiertos; con prudencia, con sigilo, con resignación y deseos de virtud, quizá. Pero no contamos los días para que llegue, sino para que se vaya.

Adviento es esperado porque desemboca en los Santos Inocentes. Coincide con los ajetreos de la escuela: festival de fin de año, pastorela, misiones, brindis de papás, de maestros, regalitos, litur-

gias, celebraciones y paraliturgias; todo ello, perfecta excusa para pasar semanas enteras sin dormir o durmiendo apenas; y no por el frío insoportable, sino por estar creando, siempre creando algo. Al acabar clases, el Adviento avanza de la mano de las vacaciones, que si fueran festivas, estarían llenas de distracciones: alguna amable superiora inventaría un viajecito a la playa en busca de sol y calor y el ocio nos dejaría sin tiempo. Tampoco son vacaciones penitenciales como en Semana Santa, donde la culpa consume tiempo y energía. Estas vacaciones son de lo mejor: no estamos obligadas a demasiado silencio, espíritu compungido o autonegaciones, pero como no es tiempo festivo, se cancelan recreos y espacios de convivencia. Adviento es ideal para trabajar a escondidas y fraguar la megacelebración anual de los Santos Inocentes.

Llamo a la puerta de la superiora. "Ave, María purísima", dice. Entro. Le pido permiso para quedarme un poco más tarde todos estos días, para preparar muchos pendientes. Me dice que sí, sin indagar más. Sé que sabe que me ocuparé en asuntos tan relevantes como tomarle el pelo a ella misma.

Cómplices y mutuas víctimas, tres monjas jóvenes nos cruzamos en el pasillo que va de la capilla al comedor; nos sentamos en silencio a la misma mesa y fingimos total abstracción en asuntos santos. Algunas nos organizamos en pareja o trío para ejecutar planes complejos, pero siempre aseguramos un espacio de trabajo secreto que no compartimos con nadie. La meta es diáfana: superarnos respecto al año anterior, sentar precedente; ser recordadas por generaciones futuras más allá de nuestro paso por cierta comunidad, como las autoras de la broma más memorable del día de inocentes; la más elaborada, la más insólita e inesperada, la más atrevida o la que causó la peor reacción de las superiores y el resto de hermanas.

Anochece el 27, ¿quién habrá cantado en Completas? Yo no. Me retiré temprano. La noche es larga, el 28 puja por llegar y la lista de pendientes no se encoge todavía.

- 1) Gallo despertador para el Dios te salve, a las 3:40 de la mañana. Sin problema, justo una hora antes de la hora en que debiéramos levantarnos, correré con el gallo al patio central, prenderé los focos, el gallo cantará como bien sabe hacerlo, y la campanera no sabrá si correr a tocar o correr a disculparse.
- 2) Baño de flores para la campana, a la hora del Ángelus. Es la broma más sentida y tierna, la más cálida; un reconocimiento a Marina que se ha autoimpuesto la responsabilidad de llamar al Ángelus.
- 3) Pollo a la mexicana como “tercero” de la comida. Más me vale apurarme si quiero que esté listo; es lo que me tomará más tiempo esta noche.
- 4) Chiles capeados fingidos, para el postre de la merienda. Salvo preocuparme por coordinar a las muchas cómplices, no preveo problemas. La maestra de español horneará los pastelitos, para no despertar sospechas en casa; Elvia y la maestra los decorarán en los laboratorios; el modelo que decoramos ayer es totalmente creíble, engañoso; hasta olía a chiles capeados.
- 5) Caricaturas para los breviaros de Completas. Tengo algo avanzado, y el resto del día para idear cómo lograr que cada breviarío tenga un detalle bromista para cerrar el día.

Elsa intentará repetir lo del año pasado —¿cómo lo logró sin la complicidad de sus víctimas?, difícil de imaginar—: les pintó bigotes a tres ingenuas postulantes y a dos recién profesas, que nos hicieron reír a todas en las regaderas. Se los pintó mientras dormían. Todas dormían en camarillas separadas con cortinas. Pero aun así, ¿cómo hizo para que no se despertaran? Las pintó con plumón indeleble y las pobres no pudieron llegar a misa, porque no hallaban thinner o algo semejante para despintarse.

Martha, mi vecina de enfrente, debe estar ingeniando nuevas maneras de marcarnos con tinta y colorantes vegetales: no creo que este año lo intente en las regaderas. Nunca prevenimos a las nuevas, pero el susto de ver salir de la regadera agua roja como

la sangre, o negra, o verde, aunque no se quiera comentar fuera de la comunidad, se comenta. Las nuevas, entonces, ya se lo esperan; dejan correr el agua antes de meterse y no caen en la broma. Martha, incluso, ha pasado del sadismo bromista al miedo de la víctima; este año teme que las nuevas estén tramando algo en su contra. Por eso, precisamente, imagino que Martha se concentrará en la pila de agua bendita: una inocentada tan vieja que nadie se preocupa de reavivar y casi nadie recuerda; por eso puede tener éxito. Martha pondrá algún colorante en la pila, a la puerta de la capilla. Varios factores contribuyen a que una tras otra caigamos redonditas y nos entintemos la frente en complicidad involuntaria con la bromista: sucede que entramos a meditar a las cinco y media, todavía a oscuras, con el mandato de la pobreza de no encender más luces de las indispensables; la modestia nos ordena mantener los ojos bajos y no mironear alrededor ni cruzar miradas, lo cual no es difícil porque a esas horas estamos casi dormidas. Total, no será sino hasta que todas estemos en nuestros lugares y abramos los breviarios, cuando veamos nuestros dedos teñidos, levantemos los ojos para corroborar nuestra sospecha en la frente de la vecina, y empezemos a sonreír las unas y a enarcar cejas las otras: ¡Bienvenidas, santas inocentes!

Rafita repetirá sus camas chinas. No se da cuenta de que a nadie le importa una broma tan manida y tan tardía. Además, a esas horas casi todo mundo está sobre aviso y abre la cama antes de acostarse; descubre la cama china, la desbarata y punto.

Elvia va a intentar atar las puertas de celdas en lados opuestos del pasillo; no lo hará con la mía; me teme, me respeta, somos cómplices con la comida. Pero lo hará. Es absolutamente exasperante no poder salir a bañarse; habrá quien no duerma toda la noche para sorprender a Elvia y evitar el encierro. También la buena Conchita repetirá su inocentada; la misma que planea y emprende durante toda una semana, cada año, quizá desde hace cuarenta o más: nos cambia la ropa, hasta descose el número que

identifica a la dueña original y borda el número de otra monja. Es una anciana tan dulce y paciente, que todas nos esforzamos en llegar ese día a la oración con ropa obviamente ajena. Casi no es broma; si alguien no ve la ropa cambiada el 27, va con Conchita y se la reclama. Nuestra complicidad con ella es la oportunidad anual de decirle que la amamos. En mi armario ya vi un suetercito estrecho, muy estrecho y viejo; mañana lo usaré, no faltaba más. Concha y Pepa deben tener ya listos los botones para los bolillos del desayuno. Los hornearán tempranito; como casi cada año.

Yo, en cambio, tengo a orgullo no repetir bromas; y no estoy sola en esto. Ni una sola vez me he repetido ni he copiado bromas de otras, sin importar si me cambian de casa y nadie en la comunidad conoció personalmente lo que hice en otro lado. No repito. Cada año invento nuevas inocentadas, más insólitas, más sorprendentes, más espectaculares y en mayor número. Cada año, también, requiero más cómplices y aliadas: armo un equipo distinto para cada broma, de modo que aun mis propias aliadas acaben siendo sorprendidas por mí. Además, siempre guardo una broma especial que no comparto con nadie, que yo sola preparo, y en la que me esmero especialmente.

El Pollo a la mexicana está casi listo. Me ayudó LupeM, la encargada del refectorio; pero ni ella sabe en qué acabará mi ocurrencia. Ella me consiguió en el mercado un par de pollas vivas y gordas. Les puse nombres: la amarilla es Guevara —por el Che— y la abada Juárez. Las pobres temblaban porque —digo yo— no imaginaban más destino que el degüello o el tirón de pescuezo, y de ahí a la cazuela. Estoy cierta de que jamás imaginaron pasar tres días en mi celda, en una caja de huevo, con suficiente comida, agua, calorcito y oscuridad, ¡un paraíso! o casi.

Por cierto, en estos días ya encontré la manera de que no hagan ruido: las hipnotizo, las duermo. Serán el tercero de la comida, pero ni remotamente verán olla o cazuela; de la caja a la fuente de servicio. Voy a pasear por las mesas, a la hora del tercero, una

pareja de pollas vivas vestidas de charro y china, con música de mariachi de fondo. La broma se reforzará con la preocupación de las hermanas cocineras, porque no habré guisado nada ni las dejaré que ellas guisen, con lo que todas pensarán que las dejaré en ayunas. El menú ya está anotado en el pizarroncito del refectorio.

En unos minutos termino de bordar, en plateado, los alamares del saco de charro de terciopelo negro. Saco negro con vivos en plata, pechera que finge ser camisa blanca, corbatín tricolor, sarape rojo al hombro y un sombrero negro, en juego con el saco. Me inventé un corte; no hay patrones para hacer trajes para pollos. Así que medio hilvano el saquito, saco de su sueño y de la caja a una de las pollas y se lo pruebo. La polla ni repela; se deja vestir como si toda su corta vida la hubiera pasado jugando a la modista. Por pura prueba y error corto, coso, pruebo, descoso, corto, coso, pruebo. Al fin termino; el sombrero no le hace gracia ni a Juárez ni a Guevara, pero algo inventaré para mañana. La otra polla irá vestida de china poblana; camisa blanca con cuello de ojal y jareta; falda de satín verde y rojo con diamantina imitando bordados de lentejuela; y en la cabeza un moño tricolor que hace juego con el corbatín del charro.

LupeM toca la puerta para preguntar si necesito algo, si voy a cocinar durante la noche. Le digo que no se preocupe por esa parte y que no usará la cocina. Ella asume que mataré y cocinaré de algún modo a las pollas. ¡Si supiera! Le pido que me consiga dos fuentes grandes, en las que quepan sobradamente las pollas. Le pido, especialmente, que tengan tapa. “¿Vas a preparar algo asqueroso?”, y le noto cierto arrepentimiento de haberse unido a mi audacia, con lo cual se le atribuirá mañana algo que ni siquiera conoce. Sé que ella será la primera sorprendida y lo gozo desde ahora.

Al rato llega con dos soperas con tapa, enormes y estupendas.

Sola de nuevo en mi celda pruebo a meter una polla en cada sopera; con la tapa puesta se calman; apenas destapo, brincan

atarantadas. Sólo me restan los detalles de los disfraces y pensar en un calzón o pañal para cada polla, no sea que arruinen mi sorpresa con sorpresas de su parte.

Yo sola me río. Ya casi es la hora de ir a buscar al gallo, enseguida a bañarme, correr a la capilla, cuidarme de lo que pueda y divertirme con lo que caiga; luego construiré la trampa de flores en la campana y revisaré las pollas para la comida. Y, entre cosa y cosa, durante la misma mañana, en los laboratorios de química de la escuela, cocinaré pollito convencional, aunque también a la mexicana. ¡Dios me guarde de hacer ayunar a mis embromadas!

En la tarde dedicaré un rato a decorar los chiles y a preparar las caricaturas. Y esta misma noche, antes de caer como piedra para recuperarme de las desveladas, empezaré a planear las inocentadas del año entrante. Ésas sí que serán buenas; ésas serán inolvidables.

ENSAYO: LA VOZ DE QUIENES SÍ SABEN

En el siglo del internet y la información abundante, cuando de ningún tema hay escasez de textos, resulta extraño comprobar que nadie parece interesado en escribir sobre las monjas; y nadie parece necesitarlo. El asunto religioso, su periferia y sus sucedáneos venden mucho y bien, pero parece que la vida religiosa de mujeres no cabe ahí. En las librerías católicas, algún texto esmirriado y dulzón recoge polvo, pero no interés. En las librerías comunes, sólo he encontrado un par de textos. Me dicen que hay algunos otros, pero no los encuentro.

DE LOS DEMONIOS DE UN CONVENTO CASI ACTUAL

Magdalena Grajeda (1989), en su libro *¿Vale la pena ser monja?*, relata anécdotas de sus dieciséis años en el convento. En pequeño formato y sólo 182 páginas, Grajeda narra su experiencia en un convento del México de los años sesenta y setenta; describe, por ejemplo, la tristeza de sus padres al saber que ella había decidido hacerse monja, y su propia tristeza vencida a fuerza de repetirse que “dejaba todo para encontrarse con Dios. Si lo lograba, valían todas las penas ser monja”.

Magdalena Grajeda reconoce que en su “vocación” se mezcló cierto rechazo a la maternidad y su pesada carga, con sermones sobre el cielo y el infierno, y con la posibilidad de hacerse santa. Otros aspectos de su experiencia conventual, que también yo

experimenté, se refieren a la actitud de superioridad de varias monjas europeas frente a las mexicanas, el despotismo de algunas superiores y algunos casos en los que resultan patentes las patologías de personalidad, de percepción y de conducta.

Grajeda rezuma una decepción profunda y un gran tedio. Los días que narra fluyen pesadamente, somnolientos, carentes de emoción pese al desfile de monjas perfeccionistas que “querían ignorar que poseían un cuerpo humano”, páginas de por medio con monjas modelos de hedonismo y falta de escrúpulos en el manejo de los recursos económicos de la comunidad. En mi opinión, Grajeda nunca perdió lucidez, nunca se dejó atrapar por el enamoramiento con la vida religiosa, que colorea y suaviza las asperezas de rutinas y personas. Y su caso no es único, tal como me lo han hecho saber algunas de mis amigas monjas y ex monjas.

Ahora bien, las intenciones de la obra de Grajeda parecen opuestas a las mías, mismas que resumo diciendo que, para una joven hambrienta de intensidad, Sí vale la pena ser monja; que las experiencias, el dolor, el conocimiento de una misa, valen la pena. Y vale la pena vivirlo con la convicción de que es un viaje sin vuelta, una especie de suicidio, una decisión irrevocable, ya que incluso quien deja la vida religiosa y sale, no sale igual. En cierta medida, quien entra al convento ya nunca sale. Dentro solemos perdernos, disolvernó y morir. Quien sale, cuando sale, debe volver a nacer.

DE QUIENES SE ATREVIERON
A ROMPER EL GRAN SILENCIO

Hasta cierto punto, se reconoce que entre los mundos de lesbianas y monjas hay conexiones. No extraña, por ejemplo, que Monika Kehoe (1989), en su encuesta pionera a lesbianas estadounidenses mayores de sesenta años, incluyera la pregunta: “¿Es usted una

ex monja?" La pregunta parece natural para quien conoce un poco el mundo de las ex monjas. Sin embargo, esta conexión, no por reconocida menos secreta, se hizo realmente visible en 1985, cuando apareció en las librerías feministas de Estados Unidos una auténtica bomba firmada por Nancy Manahan y Rosemary Curb: *Monjas lesbianas: rompiendo el silencio*, ¡y vaya que lo rompió!

Las autoras eligieron un nombre de muchos significados. Se trata ciertamente de romper el silencio milenario que ha rodeado a las amistades particulares y relaciones propiamente lésbicas dentro de los conventos católicos. Pero el nombre evoca también la regla del silencio que obliga a muchas religiosas, durante buena parte del día, a callar siempre que la necesidad o la caridad no exijan lo contrario. Esto lleva a pensar que las autoras, ex monjas las dos, consideraron que era una exigencia de la caridad hablar de los factores lésbicos en la vida religiosa.

Rompiendo el silencio no pretende generalizar, pero sí señalar que hay muchas monjas y ex monjas que reconocen ser lesbianas y muchas más que ni siquiera lo saben y sólo lo sufren. El libro ni condena ni exalta las relaciones lésbicas en los conventos; se limita a sumar anécdotas que construyen una especie de comunidad sin muros de mujeres que, en los conventos, o tras haber salido de ellos, se atreven a describir lo que sienten y lo que vivieron.

Curb y Manahan asumen su papel histórico de escribir un libro peligroso. El peligro que entraña la obra nace de romper el silencio y decir la verdad, su verdad; ésta es una acción liberadora y, por lo mismo, desestabilizadora del statu quo; además, el texto invita a que muchas más hablemos. Las autoras son feministas, y una y otra vez recurren a presentar puntos comunes entre las monjas y las lesbianas: ambas constituyen culturas anómalas para aquellos que definen la normalidad en términos de las relaciones con varones y con valores y experiencias masculinas. Al menos desde cierto punto de vista, la comunidad de monjas desafía y amenaza la arrogancia patriarcal, ya que, junto con las lesbianas,

“resultan emocionalmente inaccesibles a la coerción masculina. El tiempo y la energía que las mujeres heterosexuales dedican a agradar a los varones, se puede dedicar a proyectos personales o comunitarios” (p. xx).

En las reflexiones de una de las entrevistadas puede apreciarse el tono de la obra:

En retrospectiva, veo ahora que el convento fue una versión temprana del movimiento separatista de mujeres. Nosotras, las monjas, éramos mujeres que habíamos dejado el mundo en el que las mujeres eran entregadas a hombres por otros hombres. Todas nosotras éramos lesbianas, en grado diverso, dependiendo de la conciencia que teníamos de nosotras mismas como mujeres identificadas con otras mujeres. El convento, sin embargo, estaba lejos de constituir la utópica sociedad de mujeres para mujeres. Este importantísimo nicho, que debió haber fomentado el amor de las mujeres entre sí, prohibió el más fuerte de sus lazos. Podríamos haber tenido la energía de las mujeres juntas, pero la grieta en la estructura que impidió a los conventos la plena manifestación de su potencial como una sociedad separatista era el [terror, la negación del] sexo. La homofobia actuaba en el convento con más fuerza aún que en la sociedad en su conjunto.

Se nos instruía en los peligros de las “amistades particulares”. Nadie usó el término lesbiana. La prohibición de mantener una estrecha amistad entre dos mujeres se basaba en la supremacía de la vida comunitaria: si destinabas más de la cuenta tu tiempo y atención a una sola persona, limitarás tu disponibilidad hacia la comunidad entera. No entendí jamás que esta prohibición estaba también —y quizá principalmente— destinada a prohibir la intimidad física. Se suponía que uno sublimaba “las pulsiones de la carne”, pero jamás sentí nada de ellas porque jamás había explorado mi propio cuerpo. Se nos prohibía incluso usar tampones. La castidad, un voto que se percibía sólo en términos heterosexuales, era algo fácil; nunca extrañé lo que ni conocía ni podía imaginar (p. 69; trad. por C. Armenta).

De las cuarenta y nueve entrevistadas, nueve eran aún monjas al momento de la entrevista y ocho de ellas dijeron estar contentas y sin interés por dejar la vida religiosa. En total, los cincuenta y un testimonios, incluidos los de las autoras, suman quinientos cuarenta y dos años de vida consagrada, con un máximo individual de cincuenta años y un mínimo de uno solo; la media es de diez años y siete meses, aunque casi la mitad de las entrevistadas estuvo en el convento entre cinco y nueve años, y salieron antes de su profesión perpetua.

Entre las entrevistadas hay mujeres que no habían cumplido treinta años y mujeres maduras en sus sesenta y tantos, aunque casi la mitad del total se hallaba entre los treinta y ocho y cuarenta y cinco años. Asimismo, más de la mitad entró al convento a los diecisiete, dieciocho, diecinueve años, a fines de los años cincuenta y durante la década de los sesenta. En las dos décadas siguientes, sin embargo, cuando soplaron los aires renovadores del Concilio Vaticano II, casi todas las ex monjas reseñadas dejaron el convento.

Quizás el punto crucial de todo el libro se resume en esta reflexión:

He estado preguntándome si mi elección de hace veinticinco años, de vivir en una comunidad religiosa de mujeres, partió de mi entonces desconocido lesbianismo. ¿Cuántas mujeres de mi generación se hicieron monjas debido a que ya eran lesbianas [...] y entraron al convento no sólo en respuesta a la llamada de Dios, sino para refugiarse de la cultura heterosexual, del matrimonio católico y de una maternidad agotadora?

Éramos abismalmente ignorantes de nuestra sexualidad; era tan densa la cortina del silencio homofóbico, que tanto las monjas como los sacerdotes simplemente nos prevenían de evitar las ocasiones de pecados heterosexuales y evitar los pensamientos impuros. Sólo un puñado de nosotras sabía que era lesbiana antes de ingresar a la vida religiosa, pero sin excepción todas nosotras tratamos de ser castas en el convento. Cerca de la mitad de nosotras había escuchado las

palabras lesbiana, homosexual, maricón, marimacho a medida que crecíamos, pero sólo ahora reconocemos que nuestra devoción a nuestras amigas y a las monjas junto con nuestra incomodidad para salir con muchachos no era, como creímos un tiempo, signo inequívoco de vocación religiosa, sino una premonición de nuestro lesbianismo de florecimiento tardío (p. xxii; trad. por Armenta).

Poco después de su publicación en inglés, este libro apareció traducido al español editado por Seix Barral. Aunque parecía haber merecido mayor circulación, es claro que los contextos mexicanos, latinoamericanos y españoles no son similares a los norteamericanos. Pero, ¿no habrá acaso posibilidades de escribir algo similar desde nuestros países? Quizá sí, quizá sí.

LUCIDEZ Y ESQUIZOFRENIA

1988: DE DECIRES EN LAS PÁGINAS DE DIARIOS VIEJOS

Me abochorna releer lo que escribí cuando monja. Casi puedo entender la resistencia de Octavio Paz para reconocer la actualidad de las experiencias de sor Juana. Mis propias experiencias, de las que tengo recuerdos y documentos, me parecen irreales; y lo mismo pasa con las relaciones interpersonales y mis escritos sobre ellas. Escritos viejos, páginas amarillentas y sin fechas:

Mi “una vez”, una larga vez, amada amiga:

Nuestra ruptura definitiva no admite ya muchas conjeturas. He estudiado, meditado, analizado y orado años enteros acerca de lo mismo: lo nuestro.

Nació fresco y fuerte, inocente y decidido. Y así creció. Nos amamos con toda la intensidad y la ternura posibles. Crecimos juntas, maduramos al calor de la misma búsqueda. Yo te leía y tú a mí, mejor de como tú te leías a ti y yo a mí. Y el resto de nosotras, nuestras manos y el resto del cuerpo, siempre dentro de los estrechos límites que la castidad nos permitió, saltaba de contento noche y día.

El lenguaje es otro, ¿o es algo más?

Lo que es diferente es la dimensión de quien escribe, la realidad. La diferencia abismal entre el mundo de “dentro” y el de fuera es el ámbito real en que se desenvuelven. Para el común de los mortales, la realidad es cuanto nos rodea; nuestras preocupaciones tienen el nombre de las personas, los objetos y las circunstancias cuya frontera de acceso es el límite de nosotros mismos. En cambio, para el convento, esa diminuta minoría que vive y muere como

monja, la realidad es básicamente el mundo interno. Nuestras preocupaciones se referían a cataclismos intimistas, y la fuente de toda congoja o gozo estaba en el corazón de nuestra esencia y, a la vez, absolutamente fuera y lejano de nosotras. Esa fuente era Dios: el interlocutor primario e inmediato; el que llenaba resquicios y silencios, espacios, miradas.

Sin perder jamás el elemental contacto contigo, esta noche te sé —la necesidad me proporciona la firme certeza— cercana.

No puedo decir que temo. He de leer mi visceral miedo de otra manera: ¿una prueba? o ¿la emoción de quien corre alborozado al infinito vacío para encontrarse con la presencia? Paz, paz. Si lloro, no es sino por la urgente necesidad de lavarme por fuera y por dentro. No te preocupe mi llanto. No llores tú también. No, porque es pobreza pura. Tengo un cansancio superior a cualquier esfuerzo posible...

No va a pasar nada. Nada más doloroso; nada menos amable. Anclada en el dolor mi juego de palabras: juego a que oro y juego a que juego... Orar es difícil. No sé lo que sea orar. Es un poco morir y un poco llamar a alguien. Un poco negarme y un poco atraerlo. Un poco dejar de ser y un poco ser en la dimensión absoluta. Perder el tiempo y la noción del tiempo. Orar es tan simple como respirar y tan complejo como vivir. Tan inocente como un "te quiero" y tan atrevido como el siguiente "te quiero". Tan frágil, tan simple.

Esto duele porque es soledad pura, solísima. No se trata de reflexionar. Eso sé hacerlo. Es aceptar, es acoger. No es actividad, sino receptividad. Pero esta experiencia es incomunicable y por eso revienta.

Para el mundo secular Dios es, cuando mucho, un interlocutor semanal. Para el mundo conventual es una obsesión, una presencia permanente e inundante. El lenguaje se vuelve ampuloso y los sentimientos desbordantes. Y no puede ser de otra manera.

La distorsión que yo quería evitar al describir la experiencia "desde dentro" es, según he caído en la cuenta, inevitable. No se trata de lenguajes diferentes. El problema no es la carencia de palabras, sino la carencia de puentes de experiencia.

Yo misma, muchos años después de haber salido, me encuentro atrapada en las distorsiones. Yo misma leo con mi cultura “de fuera” lo que escribí y grabé en el alma “adentro”, y lo hallo ininteligible, grotesco, irreal, increíble. Lo leo hoy y creo ver una fuerte dosis de imaginación, neurosis, baja autoestima, depresión y demás términos de “nuestra realidad”, la realidad del común de los mortales que nos partimos el lomo por la supervivencia. Pero sé que entonces no era así; era diferente. No había ni imaginación ni neurosis ni depresión. Había fe, y no hallo puentes para traducir la fe a la realidad en que hoy estoy inmersa. La fe daba sentido a los sinsentidos y generaba una tensión dolorosa hacia la perfección. Una perfección claramente inaccesible, pero eficaz como tensora. Órdenes absolutas, metas que no se vislumbran, caminos que prometen llegar, pero ni siquiera acercan:

El mandato es uno y múltiple. Uno en lo múltiple. Al darme el ser me ordenas: “Sé fiel a ti”. Al abrir los ojos: “Sé fiel a ellos” y, al besarme: “Sé fiel a Mí”.

Preferiría huir. Miento. Se repite el ciclo tenebroso del absurdo y la impotencia. Sola. Es una realidad tan áspera y tan seca que acaso no haya quien pueda tragarla. Sola.

El secreto es contemplar. Entonces me vuelvo dócil, serena, plástica y simple. Getsemaní se funde con Galilea y la noche se trenza indisoluble con el día. Contemplar de rodillas siempre. Reconciliarme con mi cuerpo y rehacer las relaciones con mi tiempo. Tiempo y cuerpo; lo mío unido al espíritu, que niega todo cuerpo y todo tiempo...

La paz no emparenta con la mentira, y quien no traga su verdad —tan dolorosa como sea, tan humillante—, no recibirá el beso apaciguador de la noche, del silencio. Porque la presencia de Dios no sería posible sin una soledad absoluta, fabricada a base de negarme a todo y a todos y todas; pero, sobre todo, negarme a mí misma de manera consistente.

La soledad sin fondo —caída libre infinita—, gime, aúlla. El alma preñada de presencia divina no puede parir. No sabe. La soledad la ha invadido.

Aquí, hambrienta de presencia, apenas puedo quejarme. ¿Cuánta soledad puede sostenerse en un solo par de hombros? ¿Hasta dónde se puede resistir el vacío sin resquebrajarse? ¿Cuál es el límite para vaciarse sin colapsarse?

El convento nubla algunas capacidades y aguza otras. Los seres humanos, otrora “normales”, se guían por una lógica aberrante para la “normalidad”. A la distancia se ven ñoñas las escenas que en el convento brillaban de bravura.

Dichosos son los que encuentran la dicha suma que no reside en los tradicionales instrumentos de alegría.

Dichosos los que crean la dicha en los hondos precipicios de la existencia y obligan a germinar al gozo en la aridez de la monotonía.

Dichosos los que suturan con sonrisas los desgarrones del cotidiano quehacer y dichosos los que humedecen con su llanto tibio la resequead del corazón abandonado.

Dichosos los borrachos de gozo, los ebrios de sencillez, los ahítos de paz.

Dichosos los que han apostado su intelección a la ruleta de la fe, y al hórrido vacío del amor, sus aspiraciones.

Dichosos los que se evaden del mundo, de la dictadura de lo que se “estila”; los suicidas por un beso de labios sin piel y sin saliva; los idiotas, los idealistas, los enamorados del amor, los misericordiosos.

Dichosos los originales que circulan sobre el alambre de sí mismos, resueltos a jamás dejarse caer en la autotraición.

Dichosos los que encienden su lámpara cada vez que se les apaga, y se la pasan encendiéndola cada minuto, cada suspiro.

Dichosas y dichosos, mujeres y hombres de fe, dichosos tan locos, locos tan dichosos: porque tenemos hambre que jamás será saciada y sed que nadie apagará, y soledad que sólo se ahonda y memoria sin

recuerdos y dicha tan pura que nadie reconoce como tal. Y tenemos también, quizá y tal vez, un diagnóstico psiquiátrico, un réquiem permanente por el suicidio de la razón, por el pecado de habernos sacado los ojos y caminar voluntariamente ciegos.

1991: DE LOS MISMOS CAFECITOS

PRESENTADOS EN EL INTROITO

En la extraña tarde en que tres ex monjas —ex hermanas, ex cómplices y ex copartícipes del mismo exaltado y extraño estilo de vida— nos tomamos varios cafés en fila, mi grabadora recogió todas nuestras palabras, suspiros y varios ruidos que interpreto como qué fastidio, qué miedo, qué tristeza, qué vergüenza, yo estaba ahí, mientes mientes, yo mejor ni cuento, ya vámonos, ya vámonos.

Hoy me pregunto por qué a nadie se le ocurrió pedir una copa. Corrijo: me pregunto por qué a todas se nos ocurrió evitar pedir la copa que hiciera fluir memorias; por qué todas, al unísono, callamos tanto.

¿Qué se grabó? Un presente que difícilmente puedo atar al pasado. ¿Somos las mismas que coincidimos hace veinte años en la misma comunidad? Lo dudo en serio. Intentamos durante horas apretar años en palabras para re-anudar algo que no fue amistad; algo que se niega a tener nombre siquiera; fue martirio y gozo compartido, pero con poco afecto a fuerza de mantener los corazones a raya. O quizá con muchísimo afecto silenciado.

Sin la presencia abundante de los cuerpos tibios —sin sus olores ni su peso, sin sus carnes, sus ruidos, su calor, su humedad, su sombra—, las voces de mi grabadora son apenas ecos huesudos, secos. En la grabación suena mi voz con la primera pregunta: “¿Por qué te metiste de monja?” Hace veinte años la respondíamos a la menor provocación. Al conocernos era tema obligado apenas saludarnos. Cuéntame tu vocación. Cuéntanos tu vocación. Parecía

no cansarnos jamás el tema; nunca eran demasiados los detalles. ¿Tu mamá dijo que le daba gusto? ¿O sea que tu novio no se las olía? ¿Te escapaste a medianoche? ¿Hasta la fecha no te perdonan? ¿Tu mamá se desmayó? ¿Desde tan chiquita querías ser monja? ¿Nomás así, un día se te ocurrió? ¿De veras se te apareció?

Hoy los años han filtrado nuestras historias. La parte anecdótica no tiene problemas. Podemos narrar sin titubeos la escena en que pedimos permiso para entrar al convento; las lágrimas de las mamás, los entripados de los papás, la contrariedad de todo el mundo. Y luego, las escenas del día en que entramos, las vestimentas, las ceremonias y las despedidas. Pero las motivaciones internas, las causas profundas por las que decidimos a los dieciséis, dieciocho, diecinueve, veintitrés años cometer un suicidio social y abrazar la vida religiosa, se niegan a ser simples; se han vuelto plurales, múltiples, incongruentes y muy distintas de lo que solíamos contar hace veinte años. Laura reconstruye:

Yo estudié en un colegio de monjas y ellas para mí eran lo peor del universo; me hicieron todo tipo de injusticias: me humillaron, me enseñaron cómo opera la injusticia, que yo no conocía en mi casa. La discriminación era ostensible por el lado del dinero; quien tenía dinero arrasaba con los privilegios.

En cuarto año dejé de estar con monjas y tuve la oportunidad de estar en un colegio sin privilegios ni discriminaciones sistemáticas. En esa escuela laica los flojos sufrían, pero no había discriminaciones contra grupos y menos aún contra grupos de poder.

Al terminar la primaria entré a una secundaria de monjas, como interna. Me tocó una madre muy feíta; se le metió en la cabeza que me echaría a perder si sacaba puros dieces y se propuso humillarme para “probarme”.

Pero, por otro lado, yo era muy mística; así de simple. Mi enchufe con Dios era muy importante; lo de ser monja significaba casarme con Dios. Yo era mística de nacimiento, y un día en la capilla me vino la inspiración de que lo que me tocaba era ser monja; pero no

me interesaba ser monja por serlo, sino porque no veía ninguna otra posibilidad de vivir para Dios, de desposarme con Él.

Primero pensé en entrar a una congregación contemplativa, pero iba a la capilla de las contemplativas y algo me decía: aquí no es. Yo eso sentía. Y entonces iba a la capilla del noviciado de las monjas de mi secundaria, y aunque no quería dedicarme a las escuelas porque lo veía como siempre privilegiar a los ricos, pues me sentía bien ahí, rezando.

Luego pensé que lo que quería era ser misionera; eso sí me convencía, y en la congregación de mi escuela me prometieron que me enviarían a misiones si yo entraba con ellas. Yo les creí, pero en los veinte que duré con ellas nunca cumplieron.

Ernestina recuerda por su parte:

Nadie me convenció de entrar. Yo sentí que eso debía ser; fue una buena idea, lo mejor que tenía delante. Llámale una inspiración, y luego una terquedad.

En mi casa había más dinero del suficiente y yo me sentía mal por eso. Se me metió lo de la conciencia social. Entonces quería ser hermana ayudante, o trabajar en zonas marginadas, pero por más que lo expuse, no lo logré. Me dijeron que la voluntad de Dios era estar en la escuela; eso era una “prueba”, me dijeron, y tuve que hacerlo.

Inmaculada casi se disculpa. Dice tener sólo jirones de memoria; le dolería mentirnos, pero no sabe con certeza si lo que recuerda es lo que pasó:

A los diecisiete años yo estaba convencida de que debía ser buena, que el sacrificio garantizaba el cielo o, más bien, que garantizaría el ser buena, ¡y mejor aún si no tenía el premio de un cielo, porque el sacrificio era más puro!

De entre las muchas corrientes de la religión, yo “compré” las deformaciones masoquistas del catolicismo “vergonzante”, o sea, esta larga etapa que la Iglesia ha vivido desde que se acabó su etapa

heroica de conquistas y martirios. Esta etapa no es triunfadora sino sórdida, deprimente, de resignación silenciosa, con santas tuberculosas agonizando por años en catres piojosos y helados, y hechas santas a base de méritos negativos: no hacer, no hablar, no quejarse y demás.

Pues bien, a los diecisiete años decidí hacerme monja, con una devoción al martirio que yo y todos los que supieron de ella entendimos como vocación. Yo juraba que Dios mismo necesitaba mi sacrificio para dejar de sufrir. Esas imágenes, tú sabes, de un Cristo sangrante que no moría del todo para sufrir un poco más, me animaban a decidirme. Y yo tenía la fortaleza necesaria para enterrarme viva y nadie se daba cuenta de que esa fortaleza era consecuencia neurótica de mis fanatismos; todos creíamos que era la confirmación divina de mi vocación.

Por eso entré a la congregación que me pareció más estricta y, desde el primer día, traté de vivir en ella por el lado más difícil y ahí duré prácticamente once años.

Total, salí cuando en un momento de lucidez pude ver que estaba poniendo en peligro algo más importante que mi vida. Pero en el fondo creo que no perdí la "vocación", o sea, ese embelesamiento con lo heroico y las causas perdidas, y no tomar el dolor en serio ni a mí misma; y ciertos fanatismos, ¿para qué negarlo?

Aunque lo que sí cancelé conscientemente fue la fe. Conscientemente, que quede claro. Por eso me da coraje cuando alguien dice que la perdí. No la perdí: la destruí, la evaporé, la aniquilé con decisión gozosa.

El café se agota y con él nuestras certezas; cada recuerdo empañado al pasado, lo recrea, generalmente lo afea. Hace veinte años era hermoso, heroico; sí, lo era.

1991: DE CONCIENCIA SOCIAL Y ACCIÓN INCONSCIENTE

El mismo día de los cafecitos con tres ex monjas, me entregaron un par de cuartillas mal redactadas, pero bien impresas; impersonales

en apariencia, pero íntimas y confesionales. Aquí reescribo —más que transcribo— lo que yo digo que decían:

Educar, dice Samuel Ruiz, “es una tarea que comienza por abrir a la persona a la conciencia de su propia dignidad y la de los demás; es despertar en ella el hambre por la justicia, la solidaridad y el respeto por la vida de cualquier ser humano”.¹ Y si la educación es honesta, la primera persona que se abre a esta conciencia es la educadora misma.

De esta manera, tarde o temprano, la educadora sincera, la que empeña el alma, la vida, el tiempo, la salud y la juventud en educar, despierta a la conciencia social. Y las monjas educadoras no son excepción a esta apertura y despertar. Así, una mañana cualquiera, amanecemos devastadas por la verdad: vivimos una gran traición, o una dolorosa esquizofrenia. Decimos que optamos preferencialmente por los pobres, nos decimos pobres, pero dedicamos la vida entera a cuidar, proteger, educar y perpetuar la clase de los ricos. Porque los ricos, en México y en muchos otros países, confían la educación de sus retoños a las monjas.

Tarde o temprano, las monjas nos damos cuenta de que somos una sirvienta más del ejército de servidumbre de los ricos: junto al chofer, la nana, la cocinera, la puericultora, la mayordoma, el estilista. Algunas monjas, poquitas, vienen de las mismas cunas de oro y sedas de los ricos a los que sirven, pero la gran mayoría llegamos de hogares mucho más sencillos. La vocación de servicio brota en los hogares de servidores.

También caemos en cuenta de algo más: si quisiéramos sacar de su centenaria marginación a los pobres, a los indígenas, nadie mejor que las monjas para lograrlo: vivimos bajo un voto de pobreza que nos permitiría educar de balde, o hacerlo por mucho menos del salario que se ofrece oficialmente a los educadores de zonas rurales, indígenas y otros enclaves excluidos. No tenemos dependientes económicos y vivimos en comunidad, lo cual aligera aún más los gastos.

¹ Samuel Ruiza García (2003), “¿Educar para el individualismo o para la responsabilidad social?”, *Sinéctica*, ITESO, núm. 23, pp. 3-10.

Pero no optamos por los pobres sino en el discurso. Vivimos sirviendo a los ricos.

¿Qué hacen las monjas con el dinero que cobran en sus escuelas para niñas ricas? Es una pregunta interesante. Así como es interesante, para cada monja en particular, percatarse de que su voto de pobreza beneficia primeramente a quien tiene, por decirlo de alguna manera, un voto de riqueza, de explotación del miserable, de injusticia social, de ambición desmedida, de enriquecimiento a costillas de la ignorancia y de la violación de derechos fundamentales, además de la marginación, la exclusión, la discriminación. Pero así es.

Muchas, muchísimas monjas viven un cúmulo de incongruencias de este tipo. Así como sirven desde la pobreza a las clases dominantes, también suelen beneficiarse de privilegios, prebendas y excepciones de todo tipo, comúnmente negadas al ciudadano común. Y, junto con ello, la inequidad en relaciones laborales ventajosas para las monjas, con salarios bajos para su personal y con exigencias de trabajo que exceden lo legal. No es raro el caso de la maestra seglar a quien se pide que, además de su labor docente, se haga cargo de trabajos apostólicos, que acompañe a los alumnos a actividades piadosas, que dedique los fines de semana a algo extraordinario, que esté siempre disponible, generosamente abierta a comprometer su tiempo libre sin esperar remuneración alguna; y, con frecuencia, que renuncie a prestaciones básicas, como una jubilación justa, gastos médicos de calidad o becas para sus hijos en la misma escuela en que trabaja.

Varias acciones parecen marcadas por la traición a lo que se cree, se predica y se vive. Pocas estructuras perpetúan con tal claridad e intensidad la dominación social, la subordinación de la mujer, la explotación de los pobres, como algunas escuelas católicas dirigidas por congregaciones religiosas. Ahí el conservadurismo tiene asegurada su sana supervivencia, su multiplicación; su reproducción. Las escuelas que actúan con un sentido moderno de relación laboral, con prestaciones justas y hasta generosas, no son tan pocas como para considerarlas excepción, pero sí son insuficientes.

Y aunque quizá no es la causa más común por la que se cuelgan los hábitos, creo firmemente que es una de las razones que más nos

empujan a salir de la congregación. La conciencia social aflora en quienquiera que abra los ojos y se dé tiempo para reflexionar acerca de la realidad que nos rodea. Las monjas tienen en su horario cotidiano ratos largos para reflexionar, y la realidad les golpea los ojos también cotidianamente. Las asimetrías sociales y los privilegios inesperados contribuyen asimismo a crear un malestar en muchas; aunque, ciertamente, en muchas otras —muchas de las que se quedan, naturalmente— sólo causan tranquilidad. Optan por la abierta complicidad con los miembros de las clases dominantes, se asumen como reproductoras del sistema de injusticia social vigente, de los antivalores que lo sustentan y de la comodidad personal que ello les proporciona por su complicidad con quienes acumulan poder de todo tipo.

¿Esto pasa en todas las congregaciones? Quizá no, pero aunque pasara en pocas, sería importante denunciarlo.

Las monjas no sólo alimentan y mantienen las asimetrías sociales de la gran sociedad, sino que, con relativa frecuencia, reproducen en sus comunidades las mismas polarizaciones: una sola persona concentra demasiado poder político, económico, total. Los privilegios se multiplican para la superiora, que tiene el aura de ser la voz audible de Dios mismo, la representante de la Iglesia, y todo parece poco para honrarla.

Pero la conciencia se abre paso, y un día u otro, con dolorosa fuerza, irrumpe en la vida y exige actuar en consecuencia. No sé con qué frecuencia esto desemboca en la salida del convento. Sólo sé de mi caso, y ni siquiera lo sabía cuando salí; entonces sólo sentía que perdía piso, enloquecía. Hoy sé porqué.

ENSAYO: RESPUESTA A MARCELA Y SUS MONJAS

DE MONJAS SIN TIEMPO NI LUGAR, PERO CON DISTANCIA

Sin flechas de tiempo ni agujas de brújula —¿inconsciente o consciente alejamiento de símbolos fálicos?—, Marcela Lagarde busca en *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*, describir —¡denunciar!— en un solo plano, atemporal y atópico, a la mujer atrapada en un patriarcado que ha regido demasiados siglos en demasiados sitios. Tal descripción, por su misma naturaleza, prescinde de matices históricos y geográficos, pero debe pagar un precio por ello: el lector con experiencia personal —por ejemplo, las mujeres todas, las monjas y, seguramente, las presas— no leemos dos renglones seguidos sin que se nos ocurran dos que tres peros.

La continuidad que Marcela establece entre las monjas del México colonial, Teresa del Niño Jesús de fines del siglo XIX, y las monjas de fines del siglo XX, tiene sus virtudes, pero también sus límites. En algunos aspectos pueden ser semejantes las motivaciones de quienes portaban miriñaques y quienes usábamos minifaldas, pero en otros, es relevante haber vivido en la Francia de hace cien años o haber participado en los movimientos del 68.

Marcela generaliza con demasiada frecuencia y, precisamente por ello, quiero dialogar con su texto en este espacio. Frente a su antropología sin nombres, sin matices y con pretensiones de objetividad, quiero oponer mis recuerdos totalmente subjetivos. Ante su interés científico de decantar y volver simple la realidad

múltiple, quiero ofrecer mi experiencia sin intenciones de desbrozarla en su complejidad y confusión. En el texto de Marcela percibo distorsiones debidas a la distancia que ella requiere para presentar toda la geografía y toda la historia de los cautiverios. En cambio, mis apreciaciones se deben a lo contrario: veo las escenas de cerca, con una geografía muy limitada y una brevísima historia.

En *Los cautiverios*, la autora también se presenta distante, ajena, remota de las mujeres cautivas de su texto. Es claro el abismo que separa a Marcela —la académica, científica, inteligente, mujer secular de su tiempo— de las monjas —poco cultas, místicas, escapistas—. La distancia duele. En más de una ocasión he querido gritar: “Mira bien, en los conventos hay mujeres tan cultas y tan pensantes como tú, Marcela”. Porque es verdad: hay monjas universitarias, con posgrados, con pensamiento muy complejo; y aunque quizá la mayoría de las monjas y congregaciones de México parezcan cultivar la ignorancia, también es cierto que lo opuesto no es simple excepción.

DE VOTOS QUE OPRIMEN Y LIBERAN

El capítulo X de *Los cautiverios* inicia con la definición: “La monja es mujer con-sagrada: mujer sagrada”, lo cual bastaría para hacer comprensibles las excentricidades de la vida religiosa. La mujer sagrada vive en otra dimensión, donde el tiempo discurre en sentido opuesto y el espacio está poblado de presencia divina. El creyente promedio difícilmente podría imaginar esta perspectiva en la que lo visible es apariencia, y los objetos de la fe —invisibles, improbables— adquieren solidez, permanencia, definitividad. Los ángeles tras las puertas y los demonios de los espejos son tangibles: respiran, palpitan, se tropiezan. En cambio las injusticias, las humillaciones, los anacronismos y las estructuras patriarcales son invisibles dentro del propio convento.

Marcela Lagarde apunta su lógica feminista –lógica externa al convento— y visibiliza una serie de opresiones causadas por la estructura patriarcal. Mi experiencia confirma esta visión y la amplía. Por ejemplo, creo que el voto de pobreza tiene una función opresiva central, en la que no abunda la autora de *Los cautiverios*, pese a que hacia ello apunta su descripción: “La monja es expropiada por la iglesia de todos o de una parte importante de sus bienes [...] En algunas organizaciones no significa más que la inexistencia de la propiedad privada individual; sin embargo, las religiosas viven lujosamente, al mejor estilo burgués”.

El voto de pobreza significa carencias, sujeción, dependencia. Cierto. Pero el real poder de este voto radica en la inseguridad psicológica que permea la existencia toda, pese a que el pensamiento racional —el sentido común, las evidencias— señala que la vida comunitaria y la estructura de las congregaciones proveerán todo lo necesario. La seguridad de la joven que ingresa en el convento se quiebra ante el pensamiento reiterado, machacón, de que nada le pertenece; que el peine que usa hoy, mañana puede desaparecer; que la camisa en buen estado que lleva hoy, mañana puede ser cambiada por una pieza zurcida y parchada; que los zapatos de su talla, mañana pueden ceder su sitio a un par de zapatones desgastados, o a unas chanclas que le aprieten. Es la sensación de estar permanentemente en vilo, sin las seguridades conocidas en la vida previa al convento: mi almohada con el tufo de mi aliento, mis medias que me gusta cuidar tanto, mi cepillo, mi cuchara. Nada de esto existe; para probarnos, la madre maestra revisaba nuestros cajones y cambiaba o desaparecía sus contenidos.

Aunada a esta inseguridad está la disolución de los pareceres, los gustos y las preferencias. ¿Me gusta el azul, el amarillo o el blanco? Pronto dejábamos de saberlo. Al no poder elegir jamás, la identidad se diluye. Incluso las sensaciones y las necesidades se van borrando: ¿tengo frío?, ¿quiero un abrigo más grueso, una cobija que me permita dormir tibia? Al cabo de un rato, no siento frío

en medio de la lluvia helada y tampoco sudo con la ropa oscura y gruesa bajo el sol. La pobreza desdibuja a la persona, debilita su arraigo, subyuga, somete, aniquila.

Ahora bien, estos efectos de la pobreza tienen una contraparte deliciosa: liberan, fuerzan a la monja a reconocer la impermanencia y relatividad de todo. Eliminan necesidades y, al hacerlo, eliminan la insatisfacción que parasita la vida de casi todo occidental moderno y le chupa el jugo del gozo vital. Debe vivirse el voto de pobreza para saborear sus mieles. Para quien cierra el ciclo formativo en la pobreza, quien logra sobrepasar la amargura del despojo y probar la paz del desasimiento, no hay rencor alguno hacia este voto, que marca a quien lo profesa con dignidad, libertad y mesura de por vida.

Los cautiverios exploran el voto de castidad con especial inteligencia, intuición y claridad en su enfoque de género. Marcela habla, por ejemplo, de las contradicciones que encierra la identificación de las monjas con María, la virgen madre. Por un lado, se espera que la monja sea imagen viva de María, pero por otro, cada minuto se le recuerda que tiene cercenada la posibilidad de género que hace tan visible y grande a María: la maternidad. Esta maternidad —señala acertadamente Los cautiverios— es lo que “otorga a María su papel en el drama constitutivo del cristianismo”.

Lo que Marcela Lagarde no descubre es que, precisamente, esta situación dolorosa es la que orilla a las monjas a adoptar una función perpetuamente filial. La monja se acerca a María de manera natural, por la afinidad de una misma naturaleza femenina en una religión esencialmente misógina. Sin embargo, ante la imposibilidad de emularla, la monja se coloca ante la Virgen como hija, como menor de edad, como dependiente e impotente. La búsqueda de una congruencia elemental lleva a la monja a elegir ser hija de María por encima y en vez de hermana, imitadora o incluso nuera de María. Cualquier relación con María que no se limite a la filiación, exacerbaría en la monja el recordatorio

constante de que ella no será madre, pudiendo serlo. De ahí que se aliente el sentimiento filial y se consientan los rasgos infantiles a la vez que se evitan los rasgos genéricos que, como bien señala Marcela, están eminentemente relacionados con el sexo. En cierta medida, María no es modelo de castidad; con más frecuencia se le muestra como modelo de obediencia.

Ahora bien, me resulta extraña, muy extraña, la afirmación de Lagarde: “En las normas de represión del erotismo y la sexualidad no se hace alusión al resto de las posibilidades eróticas”, y una nota de pie de página en que narra su participación en un retiro previo a los primeros votos de un grupo de novicias: “En este encuentro, señalé que debido a la definición tan limitada de erotismo, el voto de castidad no involucra ni el autoerotismo, ni el lesbianismo, entre otras tantas posibilidades. Por omisión, no están prohibidos”.

Me extraña que, en sus investigaciones, Marcela no hubiera descubierto las constituciones de los institutos religiosos, con sus prohibiciones explícitas de toda expresión de homoerotismo y homosensualidad. La prevención de amistades particulares suele estar más detallada y explícita que la prevención de contactos sentimentales con varones.

Respecto al autoerotismo, ciertamente no se prohíbe explícitamente; tampoco se le previene, e incluso —según averigüé personalmente, y según otras monjas y ex monjas me han comentado—, se llega a recomendar con sabiduría no resistir demasiado a la tentación; más bien masturbarse rapidito, sin darle demasiada importancia.

La realidad es que en la cotidianeidad, las monjas viven entre mujeres. Para cuidar la castidad heterosexual, se confía en la distancia física y en el miedo. Pero prevenir las amistades románticas con otras monjas es mucho más difícil. Teresa de Jesús, reformadora de las carmelitas descalzas y creadora de la vida monacal “moderna”, hace más de cuatro siglos ya prevenía contra

las amistades sensuales entre religiosas. Al respecto hay todo tipo de políticas, normas y costumbres que previenen y corrigen los enamoramientos, la cercanía, las amistades. Las religiosas formadoras y las superiores vigilan atentas, violan privacidad, hurgan cajones y conciencias en busca de cualquier rasgo o sospecha de lesbianismo. Y recurren a estimular la delación; hay informantes potenciales en cada hermana, joven o mayor.

Sobre todo en las etapas de formación, en que las jóvenes tienen escaso contacto con el mundo exterior y nulo con los varones, se asume que una de las peores amenazas y tentaciones es, precisamente, la atracción lésbica. Pareciera que todas son lesbianas potenciales, o al menos seducibles por lesbianas. Como es de imaginar, en un ambiente tan cargado de prohibición, alusiones, medidas preventivas y claras recomendaciones para mantener a raya a la lesbiana que llevamos dentro, lo lésbico suele andar bien alborotado. La prohibición crea antojos; y a ellos se suma el ginafecto, que comento en ensayo aparte y que, al menos en cierto modo, es constitutivo de toda “vocación” de monja.

La propia Lagarde reconoce: “el erotismo está presente de manera más generalizada y permanente en [...] el contacto íntimo derivado de la convivencia con mujeres [...] El objeto de la mujer deseante que vive en cautiverio de convivencia cotidiana exclusiva con mujeres, es la mujer”.

La investigación e intuición de Lagarde aciertan al describir un entorno cargado de erotismo que, a fuerza de ser reprimido, parece estallar a cada paso. Al erotismo hay que recurrir para explicar los odios, los celos, las crisis emocionales, las atracciones y repulsas, la energía que parece inacabable, el gozo y el dolor.

Es posible descubrir el grado de ignorancia —¿inocencia?— de cualquier par de amigas monjas respecto a la cuestión lésbica, por el grado de acercamiento que guardan entre ellas. Mientras priva una ignorancia más o menos completa, las monjas se tocan, se apapachan, se toman de la mano. A medida que reflexionan

sobre su mutua atracción —sea que alguien más lo perciba y les llame la atención, o sea que ellas mismas empiecen a descifrar los crueles, pero crípticos, discursos antilésbicos—, irán haciendo esa distancia exageradamente amplia y artificial. Tiempo después, si digieren su propia atracción —la asumen, la subliman o la disfrutan—, y siguen adelante, pueden volver, retadoras, a su cercanía de la etapa ignorante, o bien conducirse con prudencia y así “guardar las formas”, lo cual supone no llamar la atención ni por exceso de cercanía ni por una distancia artificial.

Hasta aquí, confío en que sea evidente que mis desacuerdos con Los cautiverios de las mujeres son tácita aceptación del diálogo que Marcela Lagarde inició, y al cual parece convocar a todas las mujeres. Por ello, acompañó mi encomio hacia el enfoque general y el tratamiento particular de cada cautiverio, con algunas precisiones, ampliaciones, críticas y dudas.

Pregunto, por ejemplo, ¿en qué se basa la siguiente afirmación?: “Es notable que la mayoría de las monjas que abandonan la vida conventual lo hacen para casarse y fundar una familia. Es decir, para experimentar su sexualidad: el erotismo, la maternidad y la conyugalidad”.

¿Acaso alguien sabe cuántas monjas cuelgan los hábitos, para poder hablar de lo que hace la mayoría? No sería de admirar que la mayoría de ex monjas se casara, simplemente, porque la mayoría de las mujeres se casa. Pero yo dudo que la proporción de ex monjas casadas fuera equiparable a la proporción de mujeres que, sin haber sido nunca monjas, están casadas. En otras palabras, estimo que entre las ex monjas el matrimonio es menos popular que en el resto de la población femenina. Conozco personalmente casi un centenar de ex monjas, y entre ellas no llegan a cincuenta las casadas. La edad en que salen del convento seguramente es factor importante, pero de todos modos no se mantiene el juicio de Marcela.

Igualmente cuestionable me parece el juicio: “La mayoría de las religiosas sienten o han sentido amor por algún cura. En sus

historias personales, en algún momento de su vida aparece un señor cura que permanece en su corazón y en su erotismo fantasioso durante años”.

Este juicio me extraña porque, mirando nuevamente mi muestra de ex monjas —que pese a ser nada representativa, no por ello es inválida—, veo muy poco amor por algún cura. Maira,¹ cuatro años después de salir del convento se hizo amante de un cura, al que ni siquiera había visto durante su vida de monja; Rita y Blanca se casaron con ex religiosos; fuera de ellas, no sé de ninguna otra que guardara amor más o menos platónico por curas; veneración y afición en varios casos, pero nada que pudiera confundirse con amor y erotismo fantasioso.

Me niego a reconocer como amor por un cura el enamoramiento colectivo de las adolescentes, algunas de las cuales fueron monjas primero y ex monjas después. En la escuela de mujeres, cualquier varón joven —profesor de química o cura— conseguía suspiros y enamoramientos. Pero esos no cuentan. En todo caso, las futuras monjas eran las que menos seguían el juego de los suspiros.

En cambio, podría ofrecer muchos testimonios y recuerdos sobre lo que Lagarde describe como una expresión del erotismo conventual: el amor a Dios y, en particular, a Cristo. Hay una rica tradición de poesía y cantos místicos; con textos inconfundiblemente eróticos, atrevidos, ardientes. El estado alterado al que llamamos “enamoramiento” quizá sea consustancial al ser humano, a ciertas etapas de la vida, a ciertos niveles hormonales; y si no hay un objeto de amor convencional, se manifiesta en enamoramiento del amor mismo. Yo misma escribí más de una vez: “Estoy enamorada del amor”. El estado exaltado, maniaco casi, del enamorado, no requiere un ser de carne y hueso para medrar. Y el amor a un ser que se cree que existe, pero no da muestras de existir; que, por lo

¹ Todos los nombres son fingidos, inventados. Pero existe esta mujer, y existen sus niñas y su cura amante.

tanto, genera pocos roces, pocos enfrentamientos... simplemente es fácil de convertirse en pasión arrolladora y fecunda. Todo tipo de frutos pueden nacer de esta exaltación: noches insomnes de rodillas ante una imagen, un símbolo, una luz; accesos de ascetismo extremo, autoinmolación, sobreesfuerzo, y ¿por qué no?, fenómenos mucho menos comunes: trances, insensibilidad al dolor, capacidad para ayunar permanentemente; y también llagas en el cuerpo, levitaciones y milagros. Sí, el amor es extraño, milagrero, patológico.

DESEROTIZADAS, DESDIBUJADAS, DESIDENTIFICADAS

La mujer es cuerpo en tal medida, que toda su consagración se sintetiza en la consagración de su cuerpo. El noviciado tiene entre sus tareas, en palabras de Marcela Lagarde, "desdibujar hasta su desaparición, las características físicas y formales del cuerpo, así como los atuendos, adornos, y tratamientos que permitan su identificación con cuerpo de las mujeres".

Del noviciado salen mujeres que, por fuera, no lo parecen. La transformación profunda, la renuncia y el doblegamiento de la voluntad, que son tan feas, acaban conformando un ser que por fuera es feo. Almudena Grandes también ve así a las monjas y pinta a dos de ellas, de cuerpo entero:

Monjas. El pelo corto, canoso una, castaño la otra, gafas de montura metálica ambas, sendas camisas blancas abrochadas hasta el penúltimo botón y faldas informes, azul marino la mayor, gris la menor, los preceptivos jerséis de lana fina a juego, zapatones negros sin tacón y el abrigo enganchado en el brazo. Monjas. Una expresión de humildad impostada sobre el incendiario centelleo de la soberbia, las manos ásperas, descuidadas, para sugerir la dureza de un trabajo ficticio, una complacencia morbosa en una fealdad cultivada con más mimo que el maquillaje de una adolescente, y esa impaciencia

histórica, en sentido literal, que surge de la aberrante tortura que la castidad impone a las hormonas.

El entrenamiento del noviciado no es sencillo y la perfección del producto —la fealdad refinada— lo certifica. Los cambios se gestan en días largos; los días de reclusión en el convento son inacabables, sin reposos; de aprendizaje por inmersión total. Al profesar, la joven normal culmina una metamorfosis violenta de la cual emerge la monja. Pero este proceso, parecen aclarar Almudena Grandes y Marcela Lagarde, no remeda la metamorfosis de gusanos gordos en gráciles mariposas, sino la pesadilla del nacimiento de alien de las entrañas —y con las entrañas— de la oficial Ellen Ripley: “Poco a poco las monjas desaprenden a mover las caderas, los gestos coquetos, el manejo seductor de la voz o de la risa. Los van trocando por movimientos rígidos y por voces infantiles o masculinizadas. Cada músculo, cada movimiento, cada entonación de la voz, aun la mirada, deben dejar de ser femeninos”.

Lo que Marcela Lagarde no llega a apreciar es que este ser feo es más cercano a la mujer real que la chica normal. Lo que Marcela no llega a ver, pese a sus convicciones feministas y a su mirada de género, es que la mujer común por siglos se ha moldeado a sí misma —y se ha dejado moldear por la sociedad— como un ser esencialmente para el hombre, incluso para preservar sólo para el hombre las habilidades consideradas propias de él, como la fortaleza, la agilidad, la velocidad, poder correr sin caerse y sin preocuparse por el ancho de la falda ni lo alto de los tacones. Los zapatones son insolentes; desafían las usanzas, las solencias. Pero lo cierto es que son endemoniadamente cómodos; permiten correr, saltar charcos, brincar al interior del camión en marcha. La horrible facha monjil libera; también libera. El pelo corto, que según Marcela Lagarde es “mutilación real, y simbólica muestra de la muerte de la mujer”, es liberador. Sin duda alguna.

Por otra parte, habrá que aceptar que nuestros estándares de belleza están condicionados de modo definitivo por las costumbres. Porque hay monjas bellísimas, a pesar de los atuendos. Quien no lo crea deberá mirar con más cuidado y menos prejuicio.

Como he escrito en otro sitio, no creo que sean fruto del azar las similitudes entre los colectivos de monjas en México y los colectivos de lesbianas. Ambos grupos proclaman con su vida, apariencia incluida, que no desean ni necesitan plegarse al cautiverio de las costumbres ni sujetarse al patriarcado ubicuo y perenne. La monja no es mujer para el hombre. Esto podría ser absolutamente liberador, pero, la monja tampoco es mujer para sí, y eso resta posibilidades liberadoras.

La monja es mujer, pero otra mujer. No muere la mujer al convertirse en monja; se trastrueca en otra mujer; una que, al eliminar convenciones, supuestamente muere, pero en verdad alcanza una comodidad, una ligereza y unos referentes inimaginables para el resto de las mujeres. Esto es, lo que emerge del proceso despersonalizador del noviciado no es una no persona, es otra persona. Con el cerebro lavado de diferente manera a como lava los cerebros la cultura patriarcal vigente. Los cuerpos pasan de ser dóciles, tibios, apetecibles y listos para ser poseídos por un hombre, a ser “fríos, duros, rígidos” —dice Marcela Lagarde—, lo cual puede verse como otro cautiverio, o bien como una situación inédita en la que coinciden sujeción y liberación.

DE LA OBEDIENCIA CIEGA Y CEGADORA

Quizá no logre convencer a ninguna mujer del siglo XXI del potencial liberador de los votos de pobreza y castidad, pero confío en que al menos algunas de nosotras, las ex monjas, confesemos estar de acuerdo, aunque sea políticamente incorrecto; aunque se interprete como antifeminista, traidor, entreguista y reaccionario.

Por otra parte, estimo que el potencial liberador dependerá de cuán estrictamente se hayan vivido los votos, cuán radical haya sido la formación del noviciado y cuánta voluntad personal se haya invertido en cooperar a este lavado de cerebro.

Por otra parte, el voto en que yo hubiera esperado páginas sin fin en *Los cautiverios* es el voto de obediencia; y Marcela Lagarde ahonda en él menos que en los otros dos votos. La obediencia es el sustrato de todo el cautiverio monjil, su reforzamiento. La obediencia posibilita el cautiverio demoledor del voto de castidad y, además, de manera preeminente, directa y abierta, nulifica el propio juicio, la subjetividad, el valor de la persona, el propio sentido común.

El voto de obediencia se apoya en la aceptación no cuestionada de que la sabiduría y la razón son atributos del cargo: superiores, confesores y la curia ejercen autoridad incuestionable y despótica, apoyados en la certeza de que no se equivocan, que saben más y deciden mejor.

La monja no obedece a la manera del soldado en el ejército. En el convento católico de mujeres, la obediencia suele ser de orden suicida, expropiadora de esencias y conciencias, de diversidad, principios, razones y razón. Las dolencias psiquiátricas medran en la docilidad, la autodestrucción y el manto gris de la despersonalización. La obediencia religiosa que de tal manera aniquila la voluntad, la percepción y el juicio no es tan lejana — como nos gustaría creer— del suicidio colectivo de los creyentes de la *Heaven's Gate*. ¿Qué los separa? Un *Applewhite* exaltado y convincente; y poquitito más. ¿Es aterrador mi juicio? Quizá, pero más aterrador resulta la coincidencia evidente, descrita por Lagarde en una impecable imagen orwelliana: “La interiorización acrítica del estado coercitivo —asimilado al amor a Dios— evoca la red de mecanismos de control externa a los individuos que los conduce a convertirse, casi sin darse cuenta, en su propia ‘policía del pensamiento’”.

El convento es un cautiverio cuyas cerraduras se aseguran con la dócil cooperación de sus cautivas. O bien, un sistema total² donde la indispensable separación —y definición identitaria— entre guardián y cautivo se da en la conciencia y el cuerpo de cada una de las monjas. La superiora no se ubica solamente afuera y arriba de la monja promedio, también ocupa un lugar señalado en el corazón y la mente de cada monja. La sumisión internalizada alcanza heroicidades y martirios mucho más radicales y aniquiladores de lo que la pura sujeción externa pudiera lograr.

Finalmente, y aunque muy pocos parecen haberse dado cuenta, creo que el cautiverio del convento se alimenta de algo más y diferente: el infantilismo, que ya mencioné como rasgo marginal de la castidad. El infantilismo se ve y escucha especialmente en los recreos, cuya mera existencia puede juzgarse infantilizadora.

—¿Quién quiere un caramelo?

—Yo, yo, yo.

—A usted no; no le daré.

Mohín de disgusto y resentimiento de un lado, y la inconfundible arrogancia del poder, construido a base de otorgar y negar favores, dulces favores.

—A ti sí; a ti también. Uno más, sólo uno.

El ejercicio del poder y el culto a la autoridad jugaban en los recreos impúdicamente. Los tantos que anotaban intensificaban el infantilismo, desde ambos bandos.

Diez años después —veinte, treinta—, las reflexiones compartidas con otras ex monjas siguen confirmando mis luces: la mezcla de religión extrema, represión, mandatos de género e irresponsabilidad en las relaciones, suelen crear un estado de sujeción, una regresión a etapas supuestamente superadas. Con “irresponsabilidad” no

² En 1961, el sociólogo Erving Goffman define estas instituciones, cuyo prototipo son los asilos para enfermos psiquiátricos, y otros cautiverios.

quiero decir que las monjas sean o actúen irresponsablemente, sino que las relaciones que mantienen habitual y abiertamente no exigen el grado de responsabilidad —ni de complejidad, tolerancia, generosidad y demás— que requieren las relaciones de pareja, la maternidad, la filiación adulta y hasta las responsabilidades laborales.

Sin generalizar —seguramente hay no una, sino muchas que escapan a este modelo— y sin interés de estereotipar o simplificar acríticamente, lo cierto es que, sin importar si la monja tiene estudios superiores o está apenas alfabetizada, si vive y trabaja en el seno de su comunidad o en ámbitos lejanos, si es joven o vieja, de todos modos su rigidez, su simplicidad moral y de criterios, su intolerancia a la complejidad y su situación de protección y seguridad desusada, se expresan en actitudes, juicios y acciones infantiles o infantiloides.

A lo anterior hay que añadir el culto a la superiora y la fe en su infalibilidad. El estado filial permanente se cimienta en una cultura plagada de “permisos”. Así la responsabilidad, el mérito y la madurez que podrían nacer de los otros dos votos, se minimizan: no hay mérito ni responsabilidad ni madurez en una pobreza asumida por obediencia, ni en una castidad ignorante y sumisa.

Ignoro si Marcela Lagarde escribirá algún día sobre este cautiverio de la obediencia, que da lugar al cautiverio aún más definitivo del infantilismo. Quizá no sea importante que lo haga, pues su obra ya ha iniciado un diálogo para hablar de cautiverios. Aunque, por otro lado, pocas voces se sumarán a este diálogo desde dentro de los conventos debido a otro cautiverio del cual tampoco se ocupó Lagarde: la culpa que silencia y vuelve aberrante cualquier deseo.

EL FINAL DE LA AVENTURA

1979: DEL DIAGNÓSTICO
PSIQUIÁTRICO QUE ABRIÓ PASO A LA LUZ

Apenas son las seis de la tarde. En la sala de espera tres mujeres maduras —se ven tan sanas— hojean revistas nuevitas de cubiertas brillantes.

—Señorita —digo casi sin voz, casi callada—, tengo una cita con la doctora.

—Espéreme tantito —sigue tecleando, termina de llenar un formato y sólo entonces me mira—: ¿decía?

Pero yo ya no puedo decir nada. Creo que voy a llorar, pero tampoco lloro. Sospecho desde hace días que me he secado.

—¿Diga? —y yo no digo nada. La miro con cansancio, con miedo, pero sin intención alguna de escapar; ya no.

—Siéntese; no tarda la doctora —y no tarda; apenas dura cinco o diez minutos con cada una de las señoras, las que se ven tan sanas, tan sonrientes.

—Pase, hermana.

Lo de hermana me sobrecoge. Entro; si pudiera, diría gracias. Celeste Martiles, psiquiatra de la primera dama del país y de más de tres actrices conocidísimas, aplasta una colilla con determinación.

—Ocho es mi límite. Debía ser; éste es el diecinueve.

Pregunta poco, anota mucho; mide, cuenta, observa. Todo lo que pregunta puedo responderlo con puros síes y noes, a veces y casi nunca, siempre y jamases. Enseguida, sin preámbulos ni explicaciones me diagnostica desorden bipolar.

—Te vas a curar, hermana.

Del bolsillo de su bata saca un paquete de chicles. Se mete un pedacito en la boca, lo masca un par de minutos, se lo saca y lo coloca junto a las colillas. Toma su recetario y anota la fecha: 24 de octubre de 1979. Abajito, la doctora Martiles escribe: Stelapar, Valium, vitamina B-12 y Tofranil. Tres pastillas por la mañana; una más, doce horas después.

—¿Tienes con qué comprarlas? Ve aquí a la vuelta; dile a quien te atienda que me llame; que te surtan todo.

El 25 empiezo el tratamiento.

Mi vocación, la inercia para vestirme de monja cada día, ¿está atada de alguna manera a la depresión? Nunca lo sabré.

Día a día y pastilla a pastilla, la cortina de bruma pegajosa se adelgaza, las lagañas se diluyen; por primera vez desde hace casi nueve años la luz se cuele; al principio, tímida y parpadeante.

Días después, exactamente el primer domingo de Adviento, sano; sano por completo. En un solo momento el pasado queda atrás; sin brecha de por medio, irrumpe el presente. Son las siete de la mañana. La densa niebla que me envolvió el día de mi entrada al noviciado, justo en el pasillo de piedra y hiedras, hacia las siete de la noche, se diluye en cuestión de segundos. La realidad desnuda entra por mis ojos, por mi nariz, por mis oídos. Una tromba de realidad, de certezas, me inunda, me tumba, me convierte. Ahora, toda yo, soy certeza.

El negro pasa de pardo húmedo a charol; lo blanco se vuelve claridad limpísima. Todo destaca con bordes bien separados del contexto. Primero lo de ayer, lo de antier; lo del verano que apenas pasó y enseguida la Semana Santa anterior. Y así hacia atrás, hacia atrás. Hasta llegar al pasillo de piedra, con siete puertas, pero ninguna verdadera; y con treinta ventanas, pero ninguna que se abata. El pasillo de piedra donde el follaje medra: con helechos, musgos resbalosos y yedras. El pasillo por el que ingresé a la bruma donde las lagañas me robaron la claridad; el pasillo del día de mi entrada al convento.

Entre lo más inmediato, entre lo primero que se libra de su envoltura, está el consultorio de Celeste Martiles: su mirada gris vibrante, su voz nasal de quien se crió en otra lengua, salta nítida en mi conciencia. Tengo cita con ella tres días después de mi sanación:

—Veamos, hermana, empezaré por llamarte por tu nombre. Celine: ya estás lista; o, como diría tu dios: levántate y anda.

Entonces sí que quería yo hablar, pero una explosión de lágrimas me quitó toda oportunidad.

—Llora, si quieres llora. No tengo soluciones para tu tristeza. Siéntela, no sublimes nada. Estás saliendo del sepulcro; y si quieres, puedes vivir. Tu superiora general diría que no soy humilde y tiene razón. ¿Por qué iba a serlo? Si la ves, saludamela. Nos queremos, aunque no soy ni creyente. Pero soy buena. Yo la respeto, ella me respeta. Y creo que te aprecia.

¿Quién es mi superiora general? No creo haberla visto nunca; si cruzara la puerta, no lo sabría. Lloro sin querer y sin poder parar.

—Quiérete lo más que puedas. Cuídate.

Dejo de llorar mientras Celeste me platica como si fuera yo su amiga; o quizá como si yo necesitara de su información para entender mi momento.

Celeste Martiles se toma en serio a las monjas, pero no la vida religiosa. Las monjas le caemos bien, ha rescatado a varias, pero otras le llegan muy dañadas. No cree en terapias, sino en pastillas. Al menos eso le funciona con las monjas, que tocamos su puerta años después de lo conveniente. No siempre acierta; por ejemplo, no sabe cómo mejorar a Herminia, suicida de alta letalidad a quien ha sedado durante semanas, le ha puesto guardianas que la vigilan las veinticuatro horas, y no mejora. Herminia no ha cumplido treinta, pero Celeste no cree que mejore.

Celeste es vieja; más de sesenta. Estudió filosofía después de medicina; cuando hacía el posgrado en Barcelona, conoció a la madre general. A mí me cae bien o, mejor dicho, se me clava en

el alma cuando me cuenta detalles de una escena de la que yo apenas si me enteré. Herminia bañada en sangre y Celeste gritándole impotente:

—Niña, niña, ¿qué te has hecho? Niña, niña.

Hoy propongo guardarla en el corazón mientras tenga memoria, y que sus palabras con que me dio de alta aligeren mis caminos:

—Resucitaste, niña. Ahora te toca vivir. Ni te preocupes de doblar la mortaja; vive, vive.

La realidad golpea contundente cada uno de mis sentidos. No hay razón que me obligue a nada, no “debo” creer en nada ni violentarme en nada. Nada me fuerza a creer lo que no convence a mi razón o a mis sentidos, no tengo que amar fantasmas, espíritus, nada. Nada me fuerza a trascender ni a esforzarme ni a sacrificar.

No tengo obligación de acumular méritos, de poner caras largas, de vivir para siempre. Sólo quiero vivir.

Me he obligado a creer por tanto tiempo, que esta libertad me hace reír y cantar. Puedo no creer. Puedo y tengo que no creer por pura lealtad a quien tanto le debo: a mí.

Puedo abrazar la pacífica levedad del ser; gozar su sabrosa intrascendencia, su incertidumbre: feria aleatoria, carrusel, trino, garganta de mil voces. Puedo gastar mi tiempo, sorberlo a traguitos, verterlo, desleírlo hasta que, imperceptible, se pierda. Puedo morir: ligera, levísima, irrelevante, fugaz, olvidable.

El arrojo y la osadía, el miedo, las lágrimas con mocos, con cólicos, con insomnio y con frío; todo se va con la bruma. Y las monjas también se desvanecen. Quedan sombras. Y casi nada de amistad y afecto. Casi, casi nada. Los corazones secos y disciplinados me olvidarán con ciega obediencia, en cuanto la superiora lo sugiera.

Al asombro ante la luz siguió el gozo de abrir los ojos y mirar la realidad nítida; y al asombro ante el descubrimiento de la posibilidad de libertad siguió el gozo de constatar que la posibilidad era realidad. No tengo que creer. Puedo renunciar al suicidio de

la razón que me ataba tras la bruma. Puedo creerme y quererme; puedo mirar y confiar en mi mirada.

El gozo se transformó en serenidad, en paz. No necesité discernimientos para dejar el convento. Simplemente caí en la cuenta de que era posible no seguir ahí. Y que podía actuar en consecuencia.

No había prisa para dejar lo que ya no me encadenaba. Entonces sí, libre y consciente, movida por mi lealtad hacia mis colegas maestras, mis alumnas y al proyecto que juntas habíamos planeado para el curso que estaba a punto de empezar, decidí informar a mi superiora que estaba decidida a salir, pero que trabajaría intensamente un año más.

En los doce meses siguientes dejé a un lado cuanto no fuera trabajo puro. Trabajé de lunes a domingo, de las 4:40 de cada madrugada hasta la una o dos de la madrugada siguiente; de lunes a domingo. Lo hice también por gratitud y por amistad.

1980: DE MI SALIDA

Lennon, ya muerto, insiste mañana y tarde, noche y madrugada: Imagine... You may say I'm a dreamer, But I'm not the only one. Esperanza y elegía, Lennon y yo juntos otra vez, como hace diez años, cuando me despedí de él la víspera de meterme de monja, la noche entera que pasé tocando sus discos de cuarenta y cinco revoluciones antes de cerrar los oídos a toda música mundana; antes de enterrarme en vida.

Lennon, tibio aún, entona hoy un largo responso, sus propias exequias; y yo, que morí hace diez años al entrar al convento, hoy me atraganto de futuro. Yo estoy viva, y él ya no. En la misma percha en que cuelgo los hábitos dejo diez años intensos; dejo también los votos de pobreza, castidad y obediencia; el Ángelus y la Salve, los Laudes, Vísperas y Completas; el cilicio, la disciplina

y los Misereres; dejo también los Exsultates, el canto al alba, las certezas, las estructuras, la verdad. Imagine... Nothing to kill or die for. And no religion too.

¿Quién es Gloria Gaynor, quién Donna Summer? ¿Quién es Pink Floyd? ¿Qué deidad encarnada es Freddy Mercury? Los oigo una, dos, tres, once veces. De ajenos y distantes, pasan pronto a ser íntimos; duelen, acarician, mueven a aullar. Hace diez años no existían. En el convento no los extrañé jamás, pero hoy necesito que sangren sus gargantas: otra vez, otra vez, otra vez. El radio me conecta de nuevo con la vida; a todo volumen y todo el día el helicóptero de Monitor, las noticias y las canciones. Todo el cuadrante me penetra, mientras yo perforo de nuevo mis orejas, reabro sus heridas, les cuelgo aretitos de plástico. Hoy tengo prisa por reanudarme con mi tiempo, con la vida, con su música.

Hace tres meses salí del convento con una maleta y cuidando que nadie me viera; justo a la hora en que todas estaban ¿rezando quizá? ¿Lamentando mi perdición? ¿Gozando librarse de la cizaña?

A quienes habían entregado una dote al ingresar al convento, al momento de salir se les devolvió esa cantidad “actualizada”. Naturalmente, tras quince, veinte o más años de crisis y devaluaciones, la “actualización” quedaba a criterio de las superiores. Algunas recibieron lo suficiente para sobrevivir unos meses; a otras sólo les bastó para algunos días.

A quienes no dimos dote, en principio, no se nos debía nada. A algunas se les “ayudó” para transportarse al sitio del que salieron para entrar al convento. A otras, ni eso.

Estuve en una misma comunidad nueve años y no pude despedirme de nadie. Ni siquiera pude decírselo a las demás hermanas. Como despedida la provincial me dijo: “Si no hubieras decidido marcharte, te hubiéramos pedido que te fueras”, y ordenó a mi superiora que me diera media semana de salario mínimo, pese a que yo había trabajado —legalmente, en nómina—, en uno de los

más caros colegios del país; y que como simple trabajadora tenía, o al menos creía tener, derecho al pago de vacaciones.

Para salir, dos maestras seculares del colegio me recogieron por la puerta trasera del convento. Me escurrí hacia fuera. Con el dinero que me dieron las monjas compramos flores y las fuimos regando por la calles. Nomás porque sí. Las maestras me prestaron diez veces más, mi hermana me recibió en su casa; al día siguiente conseguí trabajo y, entre el ajeteo del metro, las nuevas rutinas, los compañeros de trabajo, los vecinos y las multitudes defeñas, fui reingresando a la otra realidad; a la común, simple y cotidiana.

2001: DE SUEÑOS LIBRES Y VESTIDOS AMARILLOS

Tuvieron que pasar ocho años desde mi salida del convento para que desaparecieran de mis muslos, especialmente del derecho, las cicatrices del cilicio; tuvieron que pasar nueve años para que me sintiera cómoda hablando de mi pasado de monja; pero tuvieron que pasar diez años para que mi subconsciente pudiera vagar libremente en sueños por los escenarios conventuales. La ascética, la represión o la continencia radical de afectos y deseos, pensamientos e inclinaciones, juicios, iniciativas e independencia intelectual y moral, me marcaron, me moldearon, me regeneraron, me cautivaron.

Hoy sueño los pasillos de las casas en que viví con las hermanas que dejé: la que se escapó, la que intentó suicidarse, la que lloró mi partida, la que se burló de mí, la que me evitó con terror en la mirada. Sueño con las que reí y lloré y con las muchas más que nunca conocí aunque comí con ellas a diario. Todas bailan en mis sueños, y cantan, cantamos, y comen y vuelan y volamos. Soñar no cuesta, dicen por ahí, pero a mí me ha costado diez años, terapias, pastillas, trabajos. A veces, soñar sí cuesta.

Diez años tardé en colgar los hábitos. Porque colgarlos no es un acto ni una decisión, sino un proceso con sobresaltos e intensidad

desgastante; he pasado, una y otra vez, de un pacífico alivio a una liberación jubilosa y a una profunda tristeza; o bien, del orgullo de ser leal a mí misma, a la culpa por traicionar un destino, y al cansancio del fracaso. Al menos así lo viví yo.

Quizás esto explique por qué me suelto a reír llorando —¿o a llorar riendo?— cuando, a mitad de la calle, en una llamada de apenas un minuto por el celular, Ana me anuncia que la semana entrante deja el convento. Los que me ven al pasar no saben si responder sonriendo a mi risa o mirar hacia otro lado cuando notan que estoy llorando.

En fin: para guardar el teléfono, buscar un klínex en mi mochila y secarme nariz y ojos, me arrimo al pie del aparador de una tiendita que vende ropa muy cara y, según mi pragmatismo posmonjil y feminista, ni práctica ni duradera; aunque linda, de veras linda. Cuatro maniqués, en dorado, naranja, ocre y amarillo, me miran con estudiada altanería. Superpongo al aparador la imagen de Ana sonriendo en mi memoria, desde el patio de su escuela. Los maniqués brillantes y quietos, y Ana gris y siempre en movimiento. El vestido amarillo, en particular, ilumina el aparador. En contraste, Ana viste el desgarrado disfraz de seglar de las monjas mexicanas: su eterna falda amplia y oscura bien abajo de la rodilla; su camisa gris de cuello ancho, cuando los almacenes han dejado de vender ese modelo hace diez o más años. Sobre la camisa su chaleco largo y oscuro; y sus zapatones nunca nuevos, sus medias gruesas y el pelo cortado artesanalmente por la misma Ana o por alguna hermanita no por inexperta menos osada.

Imagino que las monjas siguen vistiendo tan mal y tan feo por inercia, o porque el voto de pobreza les exige gastarse las prendas que adquirieron en el México de las prohibiciones, cuando el hábito de la congregación, con toca, velo y escapulario estaba reservado para las ceremonias en el interior de la clausura; o para emular a ese santo del que no recuerdo ni el nombre, que se untaba excremento y actuaba como demente para espantar toda

tentación de vanidad. O porque sí, nomás porque sí: porque es cómodo y despreocupante tener sólo tres mudas de ropa, las tres iguales de feas.

Entro a la tienda, pregunto el precio del vestido amarillo y colijo, tanto por los modotes de la dependienta como por el precio que me suelta, que no me lo quieren vender. Mis fachas no me acreditan como posible compradora; suele suceder.

Hace treinta años que Ana no se viste de amarillo; su color amigo, decía en la prepa. ¿Por qué estoy tan sensible? Los ojos se me congestionan de nuevo. Para espantar las lágrimas me echo a caminar. Un mansísimo llanto me gana la partida y lo dejo ganar. Ni siquiera sabía que quería llorar en algún minuto por el convento que Ana deja atrás; por el que yo misma dejé atrás hace años.

Minutos después vuelvo a la tienda. La dependienta me mira como a una loca: además de fachuda, estoy llorosa. Calculo la talla, lo pido y, sin pensarlo, doy un tarjetazo. Yo nunca me compraría algo de este precio, pero no tiene precio el placer de arropar de amarillo a la última sobreviviente de una aventura extrema.

A bordo de un taxi llamo a Lulú, la mamá de Ana, para felicitarla. Más de cien tazas de café y otros tantos panqués míos y natillas de ella humedecieron y endulzaron las tardes en que hablábamos de un solo tema: Ana. Cómo se encogía en el convento, cómo se había apagado su energía adolescente, la juvenil, la madura, para dejar sólo el cansancio.

Lulú está emocionada, pero no feliz; asustada sí, y ansiosa porque llegue el martes y viaje a recoger a Ana. La traerá a vivir con ella al menos una temporada. Mal debe estar Ana si accedió a estar tan cerca de Lulú.

Lulú me espera fuera de su casa, a mitad de la calle. Ve el vestido y se echa a reír. Su color amigo, recuerda. Ni ella ni yo confiamos en la audacia de Ana para cruzar la frontera de su pasado vestida del mismo color con el que, todavía adolescente y también del brazo de su mamá, la cruzó en sentido opuesto. Pero al menos

es un signo; si no se atreve a ponérselo, al menos lo llevará entre sus cosas.

Yo salí a los veintiocho y casi me escabullí hacia el mundo exterior. Pero Ana, a sus cuarenta y nueve y dejando atrás toda una vida, no puede estar tan sola al salir. Para acompañarla, y con pretexto de explicarle mi regalo amarillo, le escribo un mail.

Estoy triste por tu salida. No sé si triste contigo o por ti. Imagino que en este momento, el ajetreo impide que la tristeza acapare tu atención. En cambio yo, como no tengo que empacar ni planear el futuro, despedirme o vaciar los cajones, borrar presencias ni buscar trabajo, tengo harto lugar para la tristeza.

Aunque lo creas innecesario, quiero estar a tu lado y acompañar tu salida. Te quiero sostener en tu duelo, aunque ahora no creas que ya estás de duelo. Vívelo atenta a no perder ni lucidez ni entereza; a no alienarte con los quehaceres ni hundirte en tu soledad. Te prevengo que te espera una soledad absoluta, impenetrable, incompartible. Otros creerán que tu salida es motivo de fiesta y no entenderán que clausuras sueños, planes y futuro e inauguras la orfandad de ti misma. La mujer que por treinta años te nutrió, la que día a día se hizo cargo de ti, la monja, ha muerto. Sin ella estás sola y te prevengo que no sabrás quién eres durante un largo rato.

Vive tu duelo intensamente. Embárcate en un rito de despedida, en una liturgia de adiós. Para ello te sugiero un retiro largo y en silencio. No lo hagas en las cuarenta y ocho horas antes de salir; suelen ser caóticas, demasiado emotivas o demasiado largas o demasiado cortas. En la última noche del retiro lleva flores a tu celda, enciende una veladora y tiende en la cama tu hábito. Debe estar impecable; fue tu traje de bodas, de tus votos y compromisos; iba a ser también tu mortaja.

Esa noche despídete de todo: lo que sabes que dejas, lo que temes dejar, lo que descubrirás con el paso de los años que también dejaste y creías que te llevabas.

Al concluir tu retiro y tu duelo, la celebración de tu renacimiento y tu salida, arrodíllate en tu celda y besa el suelo. Dudo que puedas

hacerlo al último momento, y no debes obviarlo. Besa el suelo como solíamos hacerlo cada viernes, al terminar de tomar “disciplina”. Bésalo dos veces; una por ti y otra por mí, que olvidé hacerlo en mi salida. Hazlo despacio, con ternura, con resolución y con lágrimas. Luego descansa. Está bien morir de vez en cuando.

Como imaginarás, estoy llorando. Si me necesitas, sabes donde estoy y, aunque no me necesites, estaré pendiente de tu salida. Tu mamá te lleva un regalo; si puedes, úsalo al salir; si no, al menos ponlo en tu maleta, para que desde ella te ilumine.

Finalmente, quiero decirte: ¡bienvenida al club! La membresía de ex monja dura mientras te dure el vacío. Eso significa generalmente toda la vida, lo que nos resta de ella al menos. ¿Tienes idea si dure más allá?

Deseo para Ana, a sus casi cincuenta, que tenga el entusiasmo para empezar de nuevo. Para acompañarla, sólo tengo mi experiencia: atrás dejé un estilo de vida, una realidad y una lógica comprensibles sólo para los iniciados. Delante hallé un futuro teñido para siempre con mi pasado. No me costó ambientarme al exterior, pero sé de más de dos que simplemente hallaron traumático el encuentro con la vida cotidiana “de fuera”. Algunas, por ejemplo, no recordaban cómo manejar dinero o tomar decisiones simples.

Pese a todo, las ex monjas suelen adaptarse al tolerante mundo seglar. Y aunque el tráfago cotidiano nos envuelva, y la lucha por sobrevivir ocupe cada uno de nuestros minutos, la gran pregunta nos acosa mientras no le demos respuesta: ¿valió la pena ser monja?

Yo digo que sí. Sí valió la pena ser monja. Y muy poco importa lo que diga alguien más.

Alleluia, miserere, exsultate, miserere, jubilate,
o vos animae beatae
exsultate, miserere, jubilate,
alleluia.

GLOSARIO

ABSTINENCIA: práctica ascética consistente en no consumir carnes rojas ni de ave con fines de mortificación o penitencia. La abstinencia se “guarda” o cumple determinados días del año litúrgico —ciclo anual de festividades— y en otras celebraciones propias de cada congregación.

ACTIVA, VIDA: se dice que una congregación o comunidad llevan o “son de” vida activa cuando se dedican preferentemente a apostolados externos o de servicio, en centros como hospitales, escuelas, “obras sociales”, orfanatos, asilos, catequesis y evangelización.

AMISTAD PARTICULAR: se refiere a la amistad “privada” entre dos religiosas, que excluye a otras; explícitamente se condena porque atenta contra la unión de toda la comunidad, pero su violenta satanización y rechazo sólo se explica porque se considera sinónimo de relaciones lésbicas, un atentado contra la vida comunitaria y es continuamente desalentada, condenada y anatematizada en las constituciones y enseñanzas de la vida religiosa. Es una de las prohibiciones más explícitas y reiteradas aunque, salvo excepción, jamás se menciona abiertamente su relación con el lesbianismo.

ÁNGELUS: pausa diaria al mediodía, para decir o cantar una oración en recuerdo del saludo del ángel a la Virgen María. Es la ocasión diaria para entonar el Salve Regina u otro canto mariano.

APOSTOLADO: ocupación específica de una congregación religiosa, una comunidad o una religiosa (monja) en particular.

ASCETISMO: medio para alcanzar la “unión con Dios” a través de la negación personal, mortificación, autodisciplina, austeridad, desasimiento y actos piadosos.

ASPIRANTE: joven que cree tener vocación (véase) y que para aclarar dudas al respecto y ser observada por la congregación a la que pretende ser admitida, vive en una comunidad religiosa y participa

en algunas de sus actividades. Suele ser la primera etapa formativa, previa al postulamiento (véase) y noviciado. La aspirante sigue siendo seglar, no la liga ningún compromiso con la congregación y suele vestir como lo ha hecho regularmente, aunque de hecho imita buena parte de las conductas, obligaciones y rutinas de las religiosas profesas (véase).

CANÓNICO, DERECHO, LEY: reglas o normas que rigen la Iglesia católica como institución y a las congregaciones religiosas como partes de ella. La violación de algunas secciones de este derecho amerita la excomunión.

CAPÍTULO DE FALTAS: práctica muy común antes del Vaticano II y aún vigente en muchas congregaciones. Es una reunión de la comunidad en la cual las religiosas confiesan públicamente sus faltas en el cumplimiento de las reglas; asimismo, las religiosas pueden pedir a sus hermanas en religión —o sea a las otras religiosas— que las acusen de las faltas que las hayan visto cometer. La superiora suele imponer penitencias (véase) a las infractoras. Es, o era, costumbre celebrarlo semanalmente, en viernes, excepto en temporada de Pascua.

CAPÍTULO GENERAL (PROVINCIAL): congreso o concilio de las religiosas que ostentan algún puesto de autoridad general —en toda la congregación— o provincial para tratar sobre asuntos de normatividad, economía, etc., de su circunscripción. En estas reuniones se pueden decidir, asimismo, las aprobaciones para las profesiones, los ingresos, traslados, permisos de ausencia, expulsiones y exclaustaciones de las religiosas.

CARISMA: se emplea como sinónimo de apostolado (véase), pero en un sentido más estricto es la función especial de cada congregación dentro de la Iglesia católica.

CASTIDAD: uno de los tres votos religiosos, simples o solemnes, que profesan las religiosas; implica continencia sexual absoluta y encauzar el amor hacia Dios en forma exclusiva y a los demás en forma “general”, como una forma de caridad.

CATECISMO: libro que en preguntas y respuestas condensa la doctrina religiosa, teología, liturgia, legislación y tradición católica. Su forma más común es la dedicada a niños, quienes deben memorizar

su contenido antes de recibir el sacramento de la Eucaristía. Su enseñanza se llama catequesis y constituye una parte importante del apostolado (véase) de las religiosas (véase).

CELDA: dormitorio individual de una monja. En ciertas comunidades existen celdas para dos o más religiosas, o bien dormitorios comunes para un número mayor. En el caso de una celda individual, es la zona de privacidad individual y generalmente se prohíbe que alguien diferente a su ocupante entre en ella, tanto si la ocupante está presente como si no lo está. Su austeridad, dimensiones y demás características varían de congregación a congregación, comunidad a comunidad, y aun de religiosa a religiosa en una misma casa, donde pueden coexistir celdas extremadamente austeras y desnudas, con auténticos departamentos con suficientes comodidades y hasta lujos.

CILICIO: brazalete o cinturón, generalmente tejido con fibras ásperas o con alambre con púas, que se coloca alrededor de la piel desnuda del brazo, la pierna o la cintura a manera de mortificación o penitencia (véase). Algunas comunidades los fabrican para venderlos.

CLAUSURA: régimen de encierro y aislamiento incluso físico en que viven ciertas congregaciones, dedicadas principalmente a la vida contemplativa (véase). Se llama también con este nombre a la zona de cada casa religiosa o convento (véase) en la que está prohibido el acceso a los seglares y donde se ubican las celdas (véase).

COMPLETAS: última de las horas del oficio divino (véase), de menor importancia que los Laudes y Vísperas. Se suele rezar comunitariamente antes de retirarse a descansar. Por muchos años incluyó himnos y plegarias que relacionaban el sueño con la muerte y el himno “Salve reina de los cielos y señora de los ángeles, salve raíz, salve puerta que dio paso a nuestra luz”.

COMUNIDAD: conjunto de religiosas que habitan una misma casa religiosa o convento bajo el mando de una misma superiora. En muchos casos, también comparten un mismo apostolado.

CONGREGACIÓN: instituto religioso en su conjunto. Existen cientos de congregaciones, algunas reconocidas por el Vaticano o de derecho pontificio, otras reconocidas por la diócesis local, de derecho diocesano, y otras más cuyos reconocimientos están en trámite. Cada

congregación se diferencia del resto por contar con una constitución propia, fundador o fundadora, hábito, carisma y apostolado.

CONSAGRADA, VIDA: es sinónimo de vida religiosa.

CONSEJO: grupo de religiosas que asesoran y comparten ciertas responsabilidades con la superiora (véase), bien sea localmente o de la comunidad, provincia/país o general/internacional.

CONSTITUCIÓN: conjunto de reglas y ordenamientos de cada congregación.

CONTEMPLATIVA, VIDA: se dice que una congregación o comunidad tiene —o es de— vida contemplativa cuando su apostolado principal es la oración o “contemplación”, aunque en forma secundaria se dediquen a apostolados de servicio. En la práctica este término es sinónimo de régimen o congregación de clausura (véase).

CONVENTO: aunque originalmente se refiere a la casa que habitan las monjas o monjes de clausura, en la práctica se le llama así a toda casa habitada por religiosas. Por extensión, se le llama “el convento” a la vida religiosa, y “entrar al convento” a ingresar a una congregación religiosa.

DESASIMIENTO: actitud o acto de desprendimiento de las cosas, afectos e intereses personales, como parte del camino ascético.

DESTINAR: enviar a una religiosa a una casa u obra determinada. A esta casa u obra se le llama “destino”. El destino de una religiosa suele decidirse sin tomar en cuenta a la religiosa misma, quien lo acepta en aras de la obediencia.

DISCIPLINA: instrumento para la flagelación o azote, con fines de mortificación o para cumplir una penitencia. En los conventos suelen usarse disciplinas de cuerda, de fibras ásperas, de cuero con puntas metálicas, o de cadenas. Aunque muchas congregaciones no lo acostumbran, la flagelación o “tomar disciplina” se sigue practicando en algunas de ellas. Se realiza comunitaria o aisladamente, como autoflagelación sobre la piel desnuda de los hombros, los muslos o las nalgas, al tiempo que se recita alguno de los salmos penitenciales como el Miserere.

DISPENSA DE LOS VOTOS: permiso extendido por la autoridad competente para liberar a una religiosa de los votos religiosos que había profesado. En ciertos casos, el permiso debe venir del Vaticano.

DOGMA: punto doctrinario básico de la Iglesia católica, que debe ser aceptado como verdadero por todos los católicos.

NOTE: cantidad de dinero, fijada y actualizada periódicamente por cada congregación, que debe entregar la familia de quien ingresa a la vida religiosa y que debe ser devuelta a la propia religiosa si decide salirse. En caso de que la religiosa lo sea hasta la muerte, la dote pasa a formar parte del patrimonio de la congregación.

ECÓNOMA (O PROCURADORA): religiosa que se encarga de la administración de los recursos económicos en una comunidad, provincia o congregación. Está bajo las órdenes de la superiora.

ESCRÚPULOS: inquietud de conciencia, generalmente excesiva, respecto a la falta que los produce.

EXAMEN DE CONCIENCIA: práctica cotidiana, en muchos conventos, que se lleva a cabo al terminar el día. Consiste en revisar las conductas personales a la luz de las reglas, constituciones y virtudes.

EXCLAUSTRACIÓN: permiso otorgado a una religiosa para que viva, sin faltar a sus votos, fuera de su comunidad, bajo la jurisdicción del obispo local o autoridad similar, en vez de estar bajo la de su superiora inmediata.

FLAGELACIÓN: véase disciplina.

GENERAL, CASA: casa o convento donde radica la superiora o madre (véase general, junto con el Consejo General).

GUARDA DE LO SENTIDOS: práctica que consiste en evitar los estímulos sensoriales, con énfasis en los visuales, a fin de contribuir a la concentración para la oración. A ella se debe que en buena parte de las casas de formación se acostumbre llevar los ojos bajos, las manos recogidas y que se eviten los espejos.

HÁBITO: traje o vestido distintivo de las y los religiosos. En México, a resultas de la legislación liberal del siglo XIX, quedó proscrito su uso; por ello muchas congregaciones fundadas en este país en épocas posteriores carecen por completo de hábito. Al reconocerse en México, un siglo después, la existencia legal de los institutos religiosos, se permitió el uso público de los hábitos.

HERMANA: sinónimo de religiosa en la época contemporánea. Hasta los años sesenta, el término designaba a las religiosas, generalmente con

pocos estudios y provenientes de familias de escasos recursos, que se dedicaban a los trabajos manuales y domésticos, al servicio de las madres (véase), quienes realizaban el apostolado de la congregación.

JERARQUÍA: también llamada "orden", es la organización de rangos dentro de las congregaciones religiosas, por medio de la cual se asignan ciertos privilegios, lugares en sitios de oración y vida común y responsabilidades según cierto orden. Generalmente encabeza la precedencia la superiora, su consejo y luego las hermanas según el orden en que ingresaron a la congregación. Este orden de entrada a menudo se preserva por la asignación de un número único e irrepetible al momento de ser admitida al noviciado o al profesar cada hermana.

JUNIORADO: tercera etapa formativa de la religiosa, y primera tras la profesión (véase). Tiene una duración variable entre uno y tres años que, generalmente, se dedican a ejercitarse en lo que será su apostolado al tiempo que adquieren conocimientos teóricos al respecto o completan su formación profesional. A las religiosas en esta etapa, ya profesas, se les llama junioras.

LAUDES: hora canónica o parte del Santo Oficio, que se reza comunitariamente en las primeras horas de la mañana.

MADRE: comúnmente es sinónimo de religiosa. Dentro de una congregación, en años anteriores a las reformas del Vaticano II, se llamaba así a las religiosas con mayor preparación y recursos económicos, que se encargaban propiamente del apostolado de la congregación, por contraste con las hermanas o legas, que eran las religiosas encargadas de los trabajos domésticos. Actualmente es un nombre reservado a las superiores locales, provinciales, regionales o generales, así como a la instructora del noviciado o madre maestra.

MAITINES: conocida también como vigilia, es la primera de las horas canónicas u Oficio Divino; se recita a primera hora de la madrugada o a medianoche.

MISERERE: salmo 50, que en latín empieza con la palabra miserere.

MISTICISMO: estado de unión con Dios, en una especie de contemplación extática, que puede ser continua u ocasional. Se le considera un estado de perfección al que puede llegarse por caminos de ascetismo y práctica de la meditación y de la oración contemplativa.

MODESTIA: actitud considerada virtuosa, consistente en negar sistemáticamente todo lo bueno de una misma y aceptar las críticas sobre todo lo malo. Asimismo, se emplea como sinónimo de “guarda de los sentidos” (véase).

MONJA: aunque estrictamente se refiere a las mujeres que profesan votos solemnes, en la práctica se emplea como un sinónimo, algo despectivo, de religiosa.

MORTIFICACIÓN: acción encaminada a moderar o “dominar” los gustos y tendencias físicas o sensoriales; las mortificaciones pueden ser asignadas por la superiora o confesor o elegidas por la propia religiosa; se practican especialmente en algunas épocas del ciclo litúrgico, como Cuaresma. Son mortificaciones propias de las comunidades religiosas: tomar la disciplina (véase), usar cilicio, dormir sobre una tabla o en el suelo desnudo, privarse de dulces, postres y otros gustos en la comida, comer de rodillas, pedir perdón públicamente por las propias faltas, recitar alguna oración arrodillada sobre las puntas de los dedos de las manos, postrarse en un sitio de paso para que las demás hermanas la “pisen”, cargar una cruz, y privarse de actividades, visitas, correspondencia y cualquier contacto o actividad agradable.

NEGACIÓN: práctica ascética conocida también como vencimiento y consiste en actuar en contra de las propias y legítimas inclinaciones, deseos, intereses, gustos, etc., a fin de fortalecer la voluntad, e incluso anularla para actuar, así, con obediencia ciega (véase).

NOVIADO: segunda etapa de la formación de una religiosa, inmediatamente anterior a la primera profesión temporal. Dura entre uno y tres años, en los cuales las novicias visten el hábito de la congregación con algunas diferencias, como puede ser el velo blanco en vez del oscuro de las profesas. El noviciado está generalmente bajo la dirección de una religiosa experimentada a quien se le llama madre maestra o maestra de novicias.

OBEDIENCIA: uno de los tres votos, simples o solemnes, hechos por las religiosas, y por el cual se obligan a sí mismas, bajo pena de cometer pecado mortal, a seguir la constitución y reglamentos de la congregación y a obedecer las órdenes de sus superiores.

OBEDIENCIA CIEGA: llevar a cabo una tarea o aceptar un juicio, una idea o una orden, negando el propio juicio, raciocinio y crítica, sin cuestionar, preguntar, pedir explicaciones, ni aun en lo más íntimo de la propia conciencia. Se considera una forma perfecta del voto religioso de la obediencia.

OFICIO DIVINO: también conocido como horas canónicas, es la oración pública y muchas veces comunitaria de la Iglesia católica, en la que se recitan en voz alta o se cantan salmos, fragmentos bíblicos, himnos y textos de los Padres de la Iglesia. Las principales horas son Laudes, Vísperas y Completas. Están escritas en el Libro de las Horas.

PENITENCIA: prácticas ascéticas generalmente impuestas por la superiora o confesor para pagar culpas o hacer méritos. Pueden consistir en rezos, tiempo de meditación, realizar una obra de caridad, flagelarse o hacer cualquier mortificación (véase).

PERMISO DE AUSENCIA: permiso otorgado a una religiosa para que se ausente de la casa religiosa o convento por un tiempo limitado y con un fin específico.

POBREZA: uno de los tres votos, solemnes o simples, que profesan las religiosas. Implica la renuncia a cualquier tipo de propiedad privada, tanto de bienes de valor considerable como de objetos cotidianos, que se consideran, por lo tanto, "otorgados para el uso" de cada religiosa o puestos a su cuidado, más no de su propiedad.

POSTRACIÓN: acción de acostarse boca abajo en el piso con fines rituales diversos. Se le usa como demostración de reverencia extrema; asimismo, la postración previa a la profesión es signo de que se está muriendo al "mundo"; otra variante es postrarse en un pasillo o puerta a fin de que el resto de las religiosas pasen sobre ella y, simbólicamente, la pisen y humillen.

POSTULANTADO, POSTULANTE: primera etapa de formación, previa al noviciado. Actualmente ha tomado diferentes formas en diferentes congregaciones, fundiéndose con el aspirantado, prenoviciado, etcétera.

PROFESA: religiosa que ha terminado la etapa del noviciado y ha emitido sus votos.

PROFESIÓN: ceremonia en la que la novicia se compromete mediante votos (véase) hechos a Dios a guardar la castidad, pobreza y obediencia según

las reglas de determinada constitución. En algunas congregaciones esa ceremonia contiene aún elementos de tipo nupcial —como el vestido que luce la novicia al principio de la ceremonia y que es cambiado por el hábito— y ceremonias mortuorias, como el propio cambio de ropa, postraciones, etc. La profesión perpetua, final o definitiva es aquella en que la religiosa se compromete a guardar perpetuamente los votos y reglas mencionadas. Generalmente esta ceremonia se significa por la entrega de un anillo nupcial, que indica el matrimonio o alianza de la religiosa con Jesucristo.

PROVINCIA (PROVINCIAL): sección de una congregación, formada por varias comunidades, casas o conventos, comúnmente en una misma zona geográfica y regidas por una superiora y consejo provincial.

RECOGIMIENTO: sinónimo de modestia (véase).

RECREO: tiempo de esparcimiento que originalmente tenía la función de amortiguar el rigor de la regla del silencio en congregaciones de vida contemplativa o muy estrictas.

REFECTORIO: comedor comunitario en las casas religiosas o conventos.

RELIGIOSA: mujer que ha ingresado a una congregación religiosa. Comúnmente se le llama monja (véase), término que implica cierto desprecio. En el trato común se les dice madre, hermana (véase) o “sor”.

RETIRO: práctica ascética que consiste en dejar por uno o más días las actividades regulares para dedicarse exclusivamente a prácticas piadosas: oraciones, meditación, lecturas piadosas, exámenes de conciencia, etc., generalmente guardando silencio solemne. En fechas determinadas la totalidad de religiosas de un convento suele tener estos retiros; estas fechas suelen ser el día último del año civil, la Semana Santa y en la víspera de alguna celebración señalada.

SEMINARIO: en algunas congregaciones se emplea como sinónimo de noviciado (véase).

SILENCIO: antigua práctica monástica de evitar la conversación en todo tiempo y lugar a excepción de los sitios y tiempos señalados, con el fin de favorecer la oración y presencia continua de Dios. Como regla, el silencio debe ser extremado en la capilla, dormitorio y la zona de clausura; en ocasiones también en el refectorio y, en menor grado, en las zonas de trabajo, donde, sin embargo, también se

recomienda sólo hablar lo estrictamente necesario. Se llama Gran Silencio, Silencio Sagrado, Solemne o Profundo al tiempo que media entre los últimos rezos de la noche y el desayuno del día siguiente, cuando la plática está especialmente prohibida. Muchas comunidades dedicadas a la vida activa han mitigado en mayor o menor grado la regla del silencio, que sin embargo suele seguir viva en las casas de formación o noviciados.

SUPERIORA: religiosa encargada de la dirección de una comunidad (véase), provincia o congregación (véase), a quienes se les llama superiora local, provincial o general, respectivamente. En la mayoría de los casos, las superiores son nombradas por una instancia o autoridad superior, que en ocasiones es un obispo, superiora o consejo (véase); el cargo puede recaer automáticamente en quien reúne determinados requisitos o bien ser un puesto rotatorio entre varias religiosas que cumplen con los requisitos que para ello fija cada congregación, pero otras veces la superiora es elegida por votación entre los miembros de la congregación, comunidad o provincia que reúnen los derechos para votar o designada por una autoridad superior.

SUPERIORA LOCAL: (véase superiora) religiosa que dirige una comunidad (véase) o casa religiosa, con un número variable de religiosas a su mando y cuidado. Entre sus atributos está dirigir la economía, ritmo de vida, horarios y actividades de la comunidad, servir de guía espiritual a cada una de las religiosas a su cuidado, interpretar las constituciones y adaptarlas a la realidad local e incluso interpretar los lineamientos de la Iglesia, dogmas y demás. En la práctica, la monja o religiosa común debe obedecer a su superiora local con obediencia ciega (véase) y considerarla como la portavoz de la voluntad divina.

TANDA: grupo de jóvenes que ingresan a la vida religiosa en la misma época y que van pasando las diversas etapas: postulante, noviciado, juniorado, profesión, etc., simultáneamente. Equivale a "generación" o cohorte.

TOCA: parte del hábito, generalmente de color blanco, que se usa sobre la cabeza y por debajo del velo.

VELO: pieza del hábito que simboliza la virginidad consagrada; su color suele identificar las etapas de formación de la religiosa.

VOCACIÓN: en la tradición de la vida religiosa se cree que si bien Dios encomienda a todos una "misión", sólo llama "personalmente" a algunos hombres y mujeres para decirles que es su voluntad que se dediquen a la vida religiosa. En las congregaciones de mujeres se le considera una declaración de amor de Dios a una mujer para que sea su esposa; tiene algo de invitación y algo de obligación; quien se niega, comete una traición y se expone a una vida de frustraciones por haberse atrevido a desobedecer a Dios. Quien obedece y "sigue su vocación", podrá ser buena monja, en tanto que quien se engaña y sin vocación entra al convento, estará abocada al fracaso.

VOTOS: promesas públicas hechas a Dios y sancionadas por su jerarquía, para realizar acciones o mantener conductas tendientes a la perfección y más esforzadas que aquellas que se exigen a la generalidad de los creyentes. Al profesar los votos, el religioso promete cumplir ciertas reglas bajo pena de cometer pecado. Los votos comunes en las congregaciones religiosas son los de pobreza, castidad y obediencia. Los votos pueden ser simples o solemnes. Los votos solemnes corresponden a las órdenes religiosas generalmente de clausura, en tanto que la mayoría de las religiosas emiten votos simples. Los votos pueden ser perpetuos, si la promesa es para toda la vida, y temporales, si es por un tiempo definido.

BIBLIOGRAFÍA

- Boswell, J., *Cristianismo, tolerancia social y homosexualidad*, Barcelona, Muchnik, 1992.
- Brown, G., *El nuevo celibato: un ensayo sobre la abstinencia sexual*, Barcelona, Grijalbo, 1982.
- Curb, R. y N. Manahan, *Lesbian nuns: Breaking silence*, Tallahassee, FL, Naiad, 1985.
- Gaspar de Alba, A., *El segundo sueño: cuando la pasión triunfa sobre la razón*, Barcelona, Grijalbo-Mondadori, 2001.
- Grajeda, M. M., *¿Vale la pena ser monja?*, México, Posada, 1989.
- Grandes, Almudena, "Las cuentas de Valentina", *El País Semanal*, 11 de diciembre de 2005, p. 100.
- Goffman, E., *Asylums: Essays on the social Situation of Mental Patients and other Inmates*, Nueva York, Anchor, 1961.
- Hite, S., *Mujeres y amor: nuevo informe Hite*, Barcelona, Plaza & Janes, 1988.
- , *Mujeres sobre mujeres*, Madrid, Punto de Lectura, 2001, pp. 246-251.
- , *El orgasmo femenino*, Madrid, Punto de Lectura, 2003, pp. 246-255.
- Informe del Departamento de Estado sobre Libertad Religiosa Internacional 2006, Embajada de los Estados Unidos, 15 de septiembre de 2006, disponible en internet: <http://www.usembassy-mexico.gov/textos/st060915_religiosa.html>.
- Kehoe, M. (comp.), *Lesbians over 60 speak for themselves*, Nueva York, Harrington Park, 1989.
- Lagarde, M., *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*, México, UNAM-Dirección General de Estudios de Posgrado, 1997.

- Masferrer Kan, E., La formulación del campo religioso mexicano al inicio del milenio, <<http://www.filosofia.buap.mx/Graffylia/2/61.pdf>> [consultado el 5 de marzo de 2007].
- Paz, O., Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe, 2a. ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1983.
- Porter, E., "Mujeres y amistades: pedagogías de la atención personal y las relaciones", en C. Luke (comp.), *Feminismos y pedagogías en la vida cotidiana*, Madrid, Morata, 1999, pp. 66-86.
- Raymond, J.G., *A passion for friends: Toward a philosophy of female affection*, Boston, Beacon, 1986.
- Revueltas, J., *Los muros de agua*, México, Era, 1978.
- Ruiz Abreu A., "La sor Juana de Octavio Paz", "Dominical", núm. 208, *El Nacional*, México, 15 de mayo de 1994.
- Sánchez Visal, A., *Dalí*, Madrid, Alianza Editorial, 1994.

Graciela Enríquez Enríquez
coordinó esta edición de 1 000 ejemplares

El cuidado de la obra estuvo a cargo de
Yvette Couturier

Se terminó de imprimir en agosto de 2009

Diseño de portada
Retorno Tassier, S.A. de C.V.
Río Churubusco núm. 353-1
Col. General Anaya
03340, México, D.F.

Diseño gráfico editorial
Solar, Servicios Editoriales, S.A. de C.V.
Calle 2 núm. 21, San Pedro de los Pinos
03800, México, D.F.
55 15 16 57

En la composición se utilizaron tipos
Baskerville en tamaños
9, 10, 11, 12, 15, 16 y 22 puntos

Editado por
DEMAC